

Joan LLarch



LOS DÍAS ROJINEGROS

Joan Llach, escritor autodidacta, vivió los días de la guerra civil y la revolución española en su barrio obrero barcelonés.

Este barrio, el Clot (el Agujero en su traducción al castellano), era el emplazamiento de fábricas en cuyas naves animaron su pasión de dirigentes, libertarios como Durruti, García Oliver, Ascaso, Sanz, Aurelio Fernández o Escartín y mujeres militantes como pepita Not, Ramona Berni y María Rius entre otras.

A la vuelta del tiempo, y en su búsqueda, esta entrañable novela autobiográfica, nos muestra la revolución libertaria a través de los ojos de un niño adolescente.

LOS DÍAS ROJINEGROS

Recuerdos de un niño obrero. 1936



JOAN LLARCH

Joan Llarch

LOS DÍAS ROJINEGROS

RECUERDOS DE UN NIÑO OBRERO. 1936

LIBROS RÍO NUEVO

Primera edición: Abril, 1975

Cubierta Original: Fermi Carré

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Primera Parte: LA FÁBRICA. 1936

I. Temprana la mañana

II. Por aquellos días

III. En verano, cuando los obreros

IV. Cuando «El Chinito»

V. Los días eran

VI. A diario, como de costumbre

Segunda Parte: LOS DÍAS ROJINEGROS

VII. Fueron los toques

EPÍLOGO

NOTICIAS DE PRENSA

*A mis editores, Alfredo y Ramón,
con la esperanza de encontrarnos en el camino.*

Primera parte

1936

LA FÁBRICA

I

Temprana la mañana, los obreros iban despertando a los toques de las sirenas de las fábricas que, a diario y desde siempre, les llamaban a sus puestos de trabajo.

El barrio obrero cobraba vida y movimiento. Los hombres aparecían en las calles, con andares apresurados, calzados los pies con alpargatas y el paquete del desayuno apretado en el sobaco. Todavía las tiendas estaban cerradas; sin embargo, las panaderías y las tabernas habían abierto sus puertas.

En las frías mañanas de invierno, los obreros, encogido el pecho, plegadas como alerones las espaldas a causa del frío, andaban con las manos hundidas en los fondillos del pantalón para desentumecer los dedos con el calor del cuerpo como si éste fuera el único hornillo de su propiedad.

Se apremiaban para llegar cuanto antes a la fábrica.

Les importaba hallarse bajo techado, aunque las naves estuvieran heladas por la baja temperatura habida durante la noche. Sólo se libraban del frío trabajando.

Durante el recorrido que mediaba desde su hogar hasta la fábrica, se orientaban del tiempo que iba transcurriendo, no por el reloj –que los más no lo llevaban–, sino por las sirenas que, en la atmósfera, resonaban graves, desgarrando a jirones el despertar de la mañana.

Las sirenas estremecían el aire con distintos sonos: unas próximas, potentes y resonantes; otras, más lejanas. Cada sirena o silbato tenía un sonido peculiar y era como la voz de la fábrica a la que pertenecía: la sirena de la fábrica de cerveza «Damm», de la «Rius», «Quera», «Casas» o «Parsos», en el vecino Pueblo Nuevo; el agudo silbato, estridente, con su plumero de vapor a cada toque, de la casa «Mercader, Tintes y Aprestos», de San Martín (Clot), en la calle Dos de Mayo.

Parecía lo mismo que si el espacio estuviera poblado de un bosque invisible formado de tubos grandes y pequeños, cortos y largos; como si fuesen las voces de un órgano potente que, a diario, pulsada la clave de su teclado, elevaba un himno al trabajo cotidiano que impulsaba el progreso de toda la Tierra.

Cuando el himno terminaba con el estertor del bramido poderoso de la última sirena, ya todos los obreros estaban

en sus puestos de trabajo: en las máquinas, en las barcas del tinte, en la nave del cloro o en las salas de estampados.

Al callar las sirenas, millares de manos, en todo el barrio obrero, se ponían en inteligente movimiento, trabajando en silencio como los hombres a las que pertenecían.

Giraban veloces las poleas en los embarrados; las correas, en su camino sin fin, transmitían actividad y energía. Los tintoreros iban arriba y abajo con los grandes tazones de cobre y largo mango de madera, removiendo el baño de color contenido en las barcas, en cuyo líquido iban a sumergirse las madejas de algodón. Calzaban zuecos rellenos de paja para acolchonar las plantas de los pies desnudos y volver más muelle y tolerable la dureza del interior del zueco de madera.

Las madejas, metidas en los ejes cuadrangulares de madera muy recia, se iban entintando en el baño; giraban un cuarto de vuelta a cada vaivén de la cinta cremallera accionada por el piñón acoplado en el extremo de cada uno de los ejes.

La cremallera metálica, de múltiples dientes, era una larga dentadura horizontal ennegrecida por el sebo, riéndose monótona en su infatigable vaivén, de continuo repetido: «¡Ziz-zaz... ziz-zaz... ziz-zaz... ziz-zaz...!», todo el día, todas las semanas, todos los meses y, hasta años.

La fábrica trepidaba; se apoderaba de ella un temblor de actividad febril que vibraba en los vidrios sucios de las ventanas rejonas, protegidos sus cristales por finos tejidos de alambre, oxidado y ennegrecido por el polvo.

La fábrica semejaba un organismo con todas sus secciones articuladas, dependiendo del cerebro regulador cobijado en el cráneo que eran las antiguas oficinas de elevados pupitres e inclinada superficie barnizada, sobre la que, el escribiente, con manguitos y camisa de cuello duro, almidonado y brillante, trabajaba acogotada la cabeza peinada con fijapelo y el trazo de una raya en su peinado, tan correcta como su impecable caligrafía inglesa.

Todo cumplía su función y estaba subordinado a un plan de producción condicionado: accionaban las máquinas de cepillar, se deslizaban las pesadas carretillas de madera con ruedas de hierro; demostraba, por centésima vez, la prensa hidráulica, el poder hercúleo de su costillaje de hierro fundido; su velocidad, la centrifugadora de enorme escurridera de cobre perforado, escupiendo en su rotación el agua de las madejas hasta su secado y, en el interior de la nave de las barcas del tinte, de vez en cuando, una vaharada de vapor se extendía por el aire, o llegaba del cuarto de evaporación el soplo irritante del ácido que, como mordiente, fijaba los colores estampados en las fibras de algodón.

Los hombres, en tanto, iban de aquí para allá, lo mismo que

si la fábrica fuese un colosal laberinto de piedra y maquinaria, en cuyo interior los trabajadores discurrieran más de la tercera parte del tiempo de toda su vida.

A la llegada del crepúsculo, cuando moría la tarde, el cielo sobre el barrio obrero, estallaba en rojos esplendores, creciendo y extendiéndose sobre los tejados y las abiertas galerías con las humildes banderas de sus ropas tendidas al oreo y emergían por encima de todos los hogares las columnas verticales de las chimeneas de las fábricas.

Comenzaba a anochecer y, al mismo tiempo, el espacio se impregnaba de un rojo cada vez más intenso y profundo, casi sangriento, en su tránsito fugitivo hacia el azul oscuro, el violeta, y el lila profundo, hasta alcanzar el azul definitivo de las tinieblas de la noche en la que centelleaba el triunfal e indiferente esplendor de las estrellas.

Pero, aquellos rojos cendales, antecesores de cada crepúsculo, sobre el barrio obrero y la ciudad entera, eran, sin que nadie lo sospechara, lo presintiera ni adivinara, un signo, un aviso, una premonición y la advertencia del gran dolor de un inmediato futuro: el anuncio de la trágica hoguera de la guerra que se avecinaba: la señal anticipada y profética de un gran fuego que asolaría a la nación.

Desde tiempo, el fuego yacía soterrado, mas existente; faltaba, empero, un leve soplo más de ira, para que las cenizas que cubrían las chispas de los tizones de la discordia, ya

encendidos, se aventaran y brotasen de ellos las llamaradas de la furia y la violencia desatada, transformándose en banderas y estandartes de violencia y exterminio, enfrentando a todos los hijos del pueblo a una lucha abocada a todas las grandezas, humillaciones y sacrificios de las épicas tragedias que eslabonan la evolución y sacrificio de los hombres de nuestro pueblo.

* * *

Las calles del barrio obrero en el que yo vivía, eran humildes como sus moradores.

Delante de mi casa estaba la del herrero. Cuando regresaba de la escuela, con la cartera de los libros en una de mis manos, solía detenerme en la puerta de la herrería. Me sentía atraído por su interior oscuro donde relumbraba el fulgor de la fragua encendida.

El herrero era un hombre alto, fuerte, de brazos poderosos; pelo rizado y negro que en brillantes caracoles o vivientes áspides se derramaba sobre su frente sudorosa y obstinada con frunce natural.

Cuando se daba cuenta de mi presencia, para complacerme, tiraba de la soga del fuelle y brotaba de la fragua un bufido que abrillantaba los carbones encendidos. Me parecía que, en la fragua, cada una de las brasas de carbón era una joya, un puñado de rubíes centelleantes en los que el hierro,

al rojo vivo, en la mano fuerte del herrero brillaba en las tinieblas de la herrería lo mismo que una varilla mágica descansada sobre el yunque. El martillo, agarrado con firmeza, comenzaba a golpearla.

A cada martillazo saltaban chispas en el aire. La oscuridad de la herrería se llenaba de sonoridades y de luces fugitivas que se desvanecían y borraban con igual prontitud como nacían. Cantaba el yunque del herrero a su martillo; vibraba la herrería repleta de sonoridades metálicas y armoniosas en sus altos y bajos repetidos y escalonados y, los sones, volando, se iban por la puerta de la calle.

En la entrada de la herrería, yo, escuchaba todo ojos con la atención prendida.

Al terminar, el herrero me miraba con satisfecho orgullo de la admiración que resplandecía en mi rostro de chiquillo.

Jamás se cruzaba palabra alguna entre nosotros. Éramos amigos sin habernos hablado. Después, me iba; cruzaba la calzada de la calle y entraba en mi escalera por la que subía hasta el piso donde vivía con mis padres.

Algunas veces, desde el balcón de mi casa, veía a la anciana madre del herrero, apostada detrás de los vidrios del suyo, sentada mirando a la calle, siguiendo distraídamente el paso de un caballo tirando del carro lento y traqueteante o el paso de algún camión de transporte.

A la llegada del invierno desaparecía del lugar acostumbrado. Sobreentendía, con ello, que estaba indispuesta y en cama. Cuando la madre del herrero estaba enferma, su hijo asomaba al balconcillo y, con un bote de agua de la cocina, regaba el geranio de su madre con solícito cuidado.

Me causaba una alegre y secreta complacencia el solícito esmero del vecino por el contraste entre su corpulencia y aparente adustez de carácter y el sencillo menester de regar las flores de su madre con tanto mimo.

Junto a la casa del herrero estaba la tienda de comestibles de las dos hermanas solteronas.

Fueron ellas las que, cuando mi pobre madre cayó enferma de la grave enfermedad que me la quitó para siempre, cuidaron a diario, sin olvidarse una sola vez, de aplicarle las inyecciones de morfina con las que acallar las mordeduras del implacable dolor que la recomía uno de los senos. A la hora exacta, la más joven, dejaba la tienda y sus clientes al cuidado de su hermana. Piadosamente, acudía a aplicarle a mi madre la inyección que la adormecía el dolor.

Mi padre, ya por aquel entonces, era de avanzada edad, pues aventajaba a su esposa en unos veinte años. Desde uno de los lados del comedor, a veces, le sorprendía mirando con reflexivo y apenado silencio a su compañera, a la que sabía que no podía salvar de la muerte. El día en que el doctor Serrat que la asistía sin cobramos la visita, le dijo a mi padre

que su esposa no podría curarse, cuando el doctor se hubo marchado, mi padre, en el recibidor, murmuró con la voz rota de pesar: «Se morirá!...» y, echándose las manos al rostro –sus fuertes manos de hombre originario del campo–, comenzó a sollozar desconsolado como un niño.

En el fondo del piso, junto a los cristales de uno de los balcones, mi madre, sentada en el silloncito de mimbre, permanecía inmóvil, pálida, con su hermoso pelo negro vuelto grisáceo durante aquellos últimos meses de sufrimiento físico; resignada, con la mirada ausente, el perfil tornado afilado y sus ojos alumbrados siempre por aquella luz misteriosa que parecía el destello y reflejo de aquella otra del más allá que presentía pero, cuyo descubrimiento y aviso, para no causarnos dolor, nos ocultaba.

Al lado de la tienda de comestibles se hallaba la antigua lechería, con vacas en su establo que extendían hasta la atmósfera de la calle el penetrante olor del estiércol. A su otro lado estaba la mercería y, frente a ésta, en la orilla opuesta de la calle, casi junto a mi casa, el portal del estrecho pasaje interior en el que se alineaban, a cada lado, unas casitas de planta baja y reducidas proporciones.

En una de ellas vivía la madre de Andrés, «el tonto», del que ella cuidaba. A diario, después de la comida del mediodía, sacaba a su hijo a la acera exterior para que tomase el sol. Lo sentaba en una silla baja, de enea y, el muchacho, con gesto torpón, doblado el cuerpo de lado, manoteaba de

continuo y expresaba mudables visajes en su rostro, doblando grotescamente la boca. A veces, se quedaba como alelado, inmóvil algún tiempo, como encantado, mientras, mansamente, recibía la caricia del sol con mansedumbre complacida y apacible, dilataba con expresión maravillada las flores negras de sus ojos.

La mercera, figoneando desde detrás de los cristales de la puerta vidriera de su tienda, en las horas muertas, lo curioseaba todo y desde su mirador advertía los ademanes del disminuido que batía el aire con las palmas de sus manos, agitando los brazos, bañado por el sol reconfortador, y ella comentaba cuando había ocasión, con alguna de sus clientes: –«No es tan lerdo como parece, el hijo de la señora Martirio. Vea usted cómo se quita las moscas que le incomodan.» Mas no era así, como en su torpeza o malicia suponía. Andrés, el pobre disminuido, sentía todo el oro luminoso del sol, cálido y amigo, acariciándole con piedad más generosa que las palabras huera y los temerarios juicios humanos. Agradecido, Andrés, inocentemente, adelantaba y tendía las manos como si entre sus dedos quisiera retener la luz de oro, el dulce calor del astro que, por igual, generosamente, se prodiga a todos los seres humanos, a jóvenes y ancianos, a las bestezuelas, al aire y los árboles, a la gota de agua del mar, al césped, a las flores y a los bosques, así como a todos los seres de la Tierra.

Al mediodía, sonaban de nuevo las sirenas de las fábricas.

Por los grandes portones de las factorías salían los trabajadores a puñados, disparados por las perdigonadas de la prisa. Los lugares de trabajo parecían antros de castigo de los que escapar.

De regreso a sus hogares o en dirección a las casas de comidas, pasaban lo mismo que un valioso caudal de agua por la calle donde yo vivía; lo mismo que si ésta fuese el cauce de uno de los múltiples ríos del diario esfuerzo humano. Se les veía transcurrir, a muchos de ellos, con las ropas de faena, formando animados grupos que hablaban entre sí o bien en solitario, desperdigados y presurosos.

Mientras aguardaba la comida, a veces, me entretenía mirando desde el balcón a la calle. Un día, descubrí algo que espoleó mi natural curiosidad y, a la vez me movió a la más reservada discreción. La casa donde estaba la lechería quedaba situada enfrente de la mía, en la acera opuesta. En lejanos años, el inmueble había sido una casa de campo y, sobre el portalón de arco con clave, se abría un pequeño balcón de baranda recomida por oxidada. En el piso único, habitaba una chica que se llamaba María. Sus ojos eran tristes e intensamente sombreados. Miraba siempre las cosas con poca ilusión, como avergonzada de no ser tan linda como otras muchachas de su misma edad. Salía poco de su casa. Veía el mundo de la calle por entre los visillos del balcón. Se apostaba a un lado y recogía levemente el visillo blanco para

mirar discretamente al exterior, como si el visillo se hubiese transformado en el párpado de su curiosidad. Sorprendí que cuando, al mediodía, los obreros desfilaban por las aceras, el visillo se movía ladeándose un poco en el cristal. El rostro de María, con los ojos crecidos por la impaciencia y la inquietud, buscaba entre los obreros que transcurrían por las aceras. Luego, el visillo volvía de nuevo a cubrir el vidrio del balcón y María desaparecía en las interioridades del piso.

Días después adiviné el secreto de María: seguía con la mirada luminosa de ilusión, el paso de un muchacho de rostro alegre y el pelo rizado, prieto y negro que, vestido con un mono azul mecánico, pasaba a diario ante los ojos maravillados de la joven. Sin que él lo sospechara, la mirada de la jovencita le seguía alumbrada de ilusión. Ladeaba el rostro, poco a poco, prendidos sus ojos en el muchacho hasta que la cara de María quedaba totalmente de perfil en su seguimiento y el motivo personal, tan caro a sus ojos, desaparecía definitivamente del alcance de los mismos. Después, los dedos soltaban el visillo blanco y María quedaba oculta de nuevo dentro del piso.

Nadie más, probablemente, conocía su delicado y hermoso secreto; solamente yo que, a mi vez, observaba desde mi balcón a ella y al muchacho cuando éste transitaba fugaz con el paso recio y firme de su pisada, camino de su hogar.

En la esquina con la calle Rogent, vivía en una planta baja el zapatero remendón con sus tres hijos. Era viudo y su

carácter casi siempre malhumorado. Cuando transitaba de paso ante la puerta abierta de su vivienda, le advertía fugazmente, doblado sobre sí mismo reparando zapatos, sentado en el bajo escabel de su improvisado y mísero taller de remendón: la cara replegada por incontables frunces; el pelo despeinado, revuelto como su humor, caído en espesos mechones sobre la frente contraída con hostilidad, mientras con la cuchilla en una mano, recortaba el sobrante del reborde de cuero de la suela.

La vivienda era oscura y la puerta de la entrada, alta y estrecha, dividida en dos hojas de madera pintada color de chocolate, cuando nuevas y picaporte pintado de negro.

El taller del remendón quedaba en penumbra y, por lo mismo, trabajaba casi pegado a la entrada de la calle. En el fondo del corredor, que daba acceso a las demás habitaciones de que constaba la vivienda, se recortaba un delantal de luz que alumbraba suficientemente para darse cuenta del abandono y penuria en que vivían el remendón con su familia.

Con frecuencia, al pasar de calle ante la puerta, que estaba casi siempre abierta, se oían los gritos airados del remendón que arremetía con voces y los latigazos de sus retorcidas blasfemias, desatada su cólera sobre sus hijos. En realidad, el zapatero estaba recomido de ira exasperada y se mostraba, sin reservas, resentido contra todo, a causa de las

muchas dificultades que tenía que sobrellevar para alimentar a sus hijos. Sólo el mayor de los tres le trabajaba y, éste, había adquirido, como ante un espejo, idéntico carácter y comportamiento, mostrando igual malhumor y tan poco sentido de convivencia como su padre. Era un mocetón robusto, ceñudo, con el pelo rebelde, encrespado y pelirrojo como una llama de fuego.

Cuando para ayudar a mis padres tuve que buscarme trabajo, el dependiente de la barbería de la calle Montaña, que era vegetariano y nudista los días festivos, así como entusiasta lector de la revista «Pentalfa» que publicaba el profesor Nicolás Capo, se interesó en encontrarme una ocupación entre sus clientes.

José, el dependiente de la barbería, se alimentaba con naranjas y pan integral que remojaba en un vaso de agua. Me recomendó a uno de los clientes que se afeitaban en la barbería, el cual tenía la oficina de su negocio en unos bajos de la calle Fomento, donde acudí para hacer una prueba. Con gran sorpresa de mi parte fui aceptado. La paga era mensual y de 75 pesetas.

Corrí a decírselo a mi madre pero, ésta, aún alegrándose de que me hubiesen aceptado y de que el trabajo de meritorio era limpio y hasta cierto punto considerado distinguido y rebosante de hipotéticas promesas, respecto un futuro todavía más hipotético, lamentó que treinta días eran muchos para esperar el cobro de las 75 pesetas mensuales y

consideró, aconsejándome, que mejor sería encontrar una ocupación en la que la retribución fuese semanal.

Fue la señora Josefa, nuestra vecina de rellano, obesa y blanda de carnes, que tenía tres hijos, dos muchachas y un chico de mi edad, la que me avisó de que en la casa «Mercader, Tintes y Aprestos», de la calle Dos de Mayo, alquilaban chiquillos para trabajar.

La señora Josefa estaba casada con un guardia de Asalto tan gordo y flácido de carnes como ella. Algunas veces le encontraba subiendo la escalera y, al dejarle paso, advertía la fatiga con que se apoyaba en el pasamano mientras en la mano siniestra llevaba la gorra de plato de la que una vez dentro de la escalera se había destocado. Era poco hablador, hasta en su casa, y todavía menos con los vecinos de la calle. Hay oficios que parecen aislar de los demás a los que los ejercen. Su esposa, desinteresadamente, era la que lavaba cada semana la ropa sucia de mi casa, desde que mi madre –por la que demostraba sentir gran afecto y piedad ya que no podía valerse en los menesteres del hogar–, cayó enferma.

Aquella misma tarde me dirigí a la fábrica Mercader. Se trataba de un edificio viejo y destartado que en sus orígenes había sido una masía o casa de campo, cuando aquella zona era huertos y campos de cultivo.

El edificio de la fábrica estaba formado por un solo cuerpo

cuadrado y en cada uno de sus ángulos se elevaba una torre circular con ventanucos que habían sido aspilleras, dándole a su factura un aspecto externo de castillo rural.

En su fachada tenía un amplio soportal corrido a lo largo de toda ella que sostenía una larga terraza superior con baranda de balaustres de alfarería rojiza. Varias grandes puertas daban a la terraza.

Todo estaba descuidado; algunos de los balaustres rotos, el color rojizo del edificio decolorado por los años de sol y las lluvias sufridas; la lepra del tiempo formaba, extendida por toda la superficie de los muros, extensos desconchados. En el interior del cuerpo del edificio sólo se conservaban, de su primitivo destino, las paredes maestras. Las columnas y pilares que sostenían la planta superior, algunos de ellos estaban reforzados por complementos de hierro para evitar el peligro de que la nave de arriba se viniera abajo.

Las antiguas paredes habían sido derribadas para aprovechar la superficie del edificio y, todo éste se había transformado en una carcasa o capuchón que cubría las distintas dependencias de la fábrica. En uno de los ángulos posteriores del edificio habían sido colocadas las máquinas de cepillar madejas; cerca de la entrada que daba al patio de la fábrica, en un gran lavadero, la sección del cloro; al otro lado, la oficina de cristales blancos con ribetes grabados al fluorhídrico, las mesas barnizadas de oscuro y el silencio del escribiente que, en su trabajo, parecía una hormiga.

El escribiente miraba de soslayo a los obreros manuales de la fábrica. Era flaco, con el pelo engomado; calzaba zapatos brillantes y sólo hablaba, muy humilde y guardando las distancias debidas y respeto, con don Pablo, el yerno del dueño de la fábrica, el señor Domingo.

El dueño de la fábrica era un hombre lleno de grasa y prominente barriga, abrigada en invierno con un chaleco oscuro del que pendía, de uno de los ojales al bolsillo, la cadena de su reloj. Vestía pantalón gris listado y chaqueta oscura. Era pausado en sus movimientos, apacible de rostro y mirada escrutadora y reflexiva. De vez en cuando, al hablar con alguno de los obreros, sonreía condescendiente y paternal.

Junto al cuerpo de la factoría se había añadido un ala lateral, cubierta, donde estaba el cuarto de los colores y, aparte, las barcas del tinte alineadas. En otra sala estaban las máquinas de estampar madejas a mano. Disponía de una puerta doble, de cristales en su parte superior, que comunicaba con el patio de la fábrica, donde se encontraba el cuartucho que servía de laboratorio al sobrino del dueño. Y, cerca de los estampados, el pozo, donde la máquina funcionaba todo el día bombeando agua con monótono y metálico ruido.

Cuando fui a la casa Mercader en busca de trabajo, el portero, un viejo obrero, ya inútil para el trabajo, guardaba la puerta con fidelidad de mastín y me cerró el paso con

bruscos modales, muy contrastados con los serviles que empleaba en su trato con el dueño. Tuve que insistir con firmeza en mi propósito de hablarle al dueño de la industria para que, al fin, accediera a dejarme paso.

Encontré al señor Mercader en el patio, a pocos pasos del pórtico que daba entrada a la oficina. Paseaba lentamente al calor suave de aquella tarde de sol, y había en su porte un aire ausente o pensativo. Al verme avanzar hacia él y desconociéndome, se detuvo mirándome con curiosidad, en tanto metía los dedos pulgares en los bolsillos del chaleco cruzado por la cadena del reloj. Estuvo escuchándome con la misma postura mientras le hablé pidiéndole trabajo y, a la vez, exponiendo la situación de mis padres que urgían de mi ayuda. Escuchaba con curiosidad e interés sin despegar los labios finos y delgados. Luego de hablar, me preguntó suave: «¿Cuántos años tienes?» «Quince, pero dentro de unos meses cumpliré los dieciséis» –le expuse. «Está bien–, accedió–; ven el lunes a las ocho de la mañana» Y con gran sorpresa de mi parte, condicionó: «No olvides que cuando cumplas los diecisiete años te despediremos.» «¿Por qué?» –quise saber. Y me aclaró sin parpadear: «Al cumplir los diecisiete años habría que aumentarte tres pesetas el salario semanal. Hasta entonces y desde el lunes que comenzarás a trabajar tu semanada será de dieciocho pesetas. Ya lo sabes: el lunes, a las ocho de la mañana puedes comenzar a trabajar en la fábrica.»

Regresé a mi casa muy contento, sin pensar en el cumplimiento del despido cuando alcanzara la edad advertida. Un año, en edad temprana, suele parecer una medida de tiempo de larga duración. Mi madre, al comunicárselo se alegró conmigo pero noté en sus ojos una chispa de tristeza, porque nadie mejor que los padres conocen el corazón de sus hijos y, advierten, por propia experiencia de la vida, cuán dura filosofía encierra la frase tan repetida de «ya ha comenzado a ganarse la vida».

II

Por aquellos días me encontré con mi ex compañero de clase, Santiago Pasanau quien todavía seguía asistiendo a la escuela.

Cuando le conté que había hallado trabajo en la fábrica Mercader y le dije el sueldo que me pagarían, observó que era muy poco, que su padre, que trabajaba en la fábrica de cerveza «Damm» y tenía buenos compañeros en el sindicato, podría colocarme, aunque fuese como temporero en la importante factoría de cerveza y ganaría mucho más dinero. Él hablaría con su padre para que me colocase en ella tan pronto hubiese una oportunidad.

La señora Rosa, que era muy católica y amiga de mi madre, cuando en una de sus visitas se enteró del interés de mi

compañero de escuela, al punto exclamó escandalizada y temerosa: «¡Cuidado! ¡Mucho cuidado, Juan! ¡La fábrica de cerveza "Damm" es un nido de anarquistas!» aclaró con el espanto en sus ojos.

La señora Rosa estaba casada con un químico etnólogo que en sus ratos libres se dedicaba, para ganarse un sobresueldo, a la fabricación casera de tintes para el pelo. Era un hombre flaco y de elevada estatura; frente amplia, con el pelo echado atrás y en cuyo rostro sobresalía agudamente su nariz aquilina. Era, el señor Guillermo, de trato esmerado y correctísimo, fino en sus maneras y sincera y profundamente cristiano, según aseguraba la señora Rosa. Curiosamente, el origen del fervor religioso de la amiga de mi madre, procedía de la influencia ejercida en ella por su esposo.

Lo que más me llamaba la atención de la señora Rosa era su vellosidad y a mi madre, en una ocasión la oí explicarle confidencialmente a mi padre, antes de que cayera enferma, que la señora Rosa usaba un depilatorio preparado por la química de su esposo, con el que se quitaba sin mucha eficacia el vello de las mejillas y el mentón. Cuando la señora Rosa se despedía concluyendo su visita a mi casa, yo procuraba simular que estaba ocupado en alguna de las habitaciones, con el sólo propósito de librarme del beso de despedida con el que me regalaba y con el que al rozarme la cara, notaba con gran aprensión la aspereza punzante de las mejillas de la señora Rosa.

Pero no entré a trabajar en la «Damm», donde el padre de mi amigo Pasanau trabajaba como conductor de uno de los carros de reparto.

En algunas ocasiones me había encontrado por la calle con el padre de Pasanau, mientras conducía desde el elevado pescante el carro cargado de pequeños barriles de cerveza perfectamente colocados a uno y otro lado, unos sobre otros concienzudamente estibados, en el vehículo pintado todo de verde. Al verme sonreía porque me juzgaba uno de los mejores amigos de su hijo y compañero de colegio. Era un hombre de unos treinta y siete años, de rostro agradable y enérgicos trazos. Con frecuencia sonreía alegremente y, entonces, aparecían en su boca la alineación de sus dientes fuertes, blancos y limpios. Yo le saludaba con amistad.

Era un buen obrero, honesto de costumbres y se preocupaba por la enseñanza de sus hijos y el bienestar de su familia. Por su parte, mi amigo Pasanau, que era el mayor de los tres hijos, no le defraudaba en su anhelo de que aprendiera.

En algunas ocasiones, a la salida de la escuela, antes de que la dejara para entrar a trabajar en la fábrica «Mercader, Tintes y Aprestos», solía acompañar a Pasanau hasta su casa.

Su familia cambiaba frecuentemente de domicilio dentro del mismo barrio. Cuando Pasanau vivió en las proximidades del puente de la calle Espronceda, cercano al colegio

religioso de San Pedro Claver, un día me dijo, que de nuevo habían cambiado de vivienda.

Su padre había dejado, temporalmente, su empleo en la fábrica «Damm» y se había establecido en la calle Independencia, donde había abierto un bar. Unos días después, al mediodía, a la salida de la escuela, Pasanau me invitó a que le acompañara hasta su nueva casa porque, además de enseñarme el bar «Zaragoza» que había montado su padre, me prestaría una historia de la Revolución Francesa.

Cuando llegábamos al establecimiento, Pasanau me hizo un ademán, deteniéndome inesperadamente. El bar hacía esquina y, en el punto en que ambos nos habíamos detenido, estaba la puerta cristalera por la que se veía perfectamente el interior del establecimiento. La puerta de entrada y salida era la otra, la que daba a la calle Independencia. Eché una rápida mirada a través de los vidrios. Vi que dentro del bar, unos obreros estaban de pie ante las mesas de mármol, los brazos en alto, mientras varios guardias de Asalto los encañonaban con sus mosquetones. Sobre las mesas, estaban extendidos, abiertos y en desorden, varios periódicos. Relacioné inmediatamente los diarios o publicaciones con la visita de la policía. Regresé a mi casa preocupado por lo que había sorprendido, pero nada de ello dije a mis padres.

Fue por la tarde, a la salida del colegio, cuando Pasanau me explicó que su padre era anarquista y militante activo de la CNT y que el bar no era de su propiedad sino simplemente

alquilado para mejor facilitar las reuniones de sus compañeros de ideas que estaban actuando en la clandestinidad.

Era la primera vez que tenía un amigo cuyo padre era anarquista. Desde que Pasanau me confesó cuál era la ideología de su padre, de lo que jamás hablaba con los compañeros de colegio, nuestra amistad se hizo más firme y profunda.

Dejé de verle tan asiduamente cuando tuve que abandonar la escuela para comenzar a trabajar en la fábrica. Sin embargo, alguna que otra vez pasaba por su casa a visitarle.

El bar «Zaragoza» de la calle Independencia, duró poco tiempo más, pues descubierta su verdadera finalidad, la policía menudeaba en sus inspecciones sorprendiendo a la clientela, motivo por el cual el padre de Pasanau abandonó aquella actividad y volvió a reincorporarse a su antiguo puesto en la fábrica de cerveza.

* * *

En la fábrica Mercader conocí a otros muchachos de mi edad. Lo mismo que yo, pertenecían a familias humildes y, en su mayoría eran hijos de inmigrantes procedentes de distintas regiones españolas, cuyas familias se habían afincado dificultosamente en Cataluña.

Para conseguir enraizarse en la vida catalana, dedicaban lo

antes posible sus hijos al trabajo, para con su esfuerzo, añadir ingresos que les ayudasen a subsistir.

Aquellos chiquillos, muchos de ellos, apenas habían aprendido las cuatro reglas pero, en la fábrica cuidábanse de que aprendieran a ganarse el pan que comían en su casa.

A las familias numerosas siempre se las había consolado diciéndoles que cada hijo nace con un pan debajo del brazo, pero nadie les observaba que los hijos deben nacer, sí, con un pan en el brazo pero, en el otro con un libro.

La pobreza condicionaba a los hijos de los obreros para que cuando hombres, fuesen ciegos por ignorancia, lo mismo que sus padres.

El mundo estaba montado de tal manera que enfrentaba a unos contra otros; agudizaba la rivalidad y la competencia entre los trabajadores y se excusaba tanta sinrazón observando que era Ley de la Naturaleza que el fuerte devorase al débil y que los más listos medraran a costa de los más torpes o menos educados para sobresalir en la lucha por la vida. No había piedad ni amor. Pero tales argumentos fueron siempre una cruel, desalentadora e inhumana mentira, pues los hombres no nacieron para ser enemigos, sino para compartir hermanadamente los bienes de la Tierra, según sus necesidades y conseguir los más altos fines espirituales a través del apoyo mutuo.

A aquellos niños, aquellos chiquillos, como yo, aprendices de fábrica y de «hombres», la necesidad los avisaba precozmente. Eran mal hablados, groseros en muchas ocasiones pero, en su aparente tosquedad y ordinariez, eran espontáneos y seguía siendo limpio el corazón de cada chiquillo porque todavía no habían sufrido bastante daño, para comprender, en todo su alcance, la malicia de la vida.

Los encargados, para demostrar su lealtad al dueño de la fábrica con el que se mostraban sumisos y respetuosos, sin ser ninguna de ambas cosas, eran desleales con sus compañeros de trabajo y trataban a los pequeños aprendices con modales rudos, con voces y gritos destemplados y les reñían cuando les sorprendían hablando o bromeando con la alegría y el desenfado propios de su edad.

También los operarios trataban a su vez con rudeza a los aprendices, sin advertir que, un día, serían hombres y también obreros como eran ellos, debiendo, por tanto, tratarles con la consideración que su inexperiencia merecía y el cariño a que su situación precaria obligaba.

Mas no era así. Se diría que los lugares de trabajo, que deberían ser sagrados como santuarios, eran paradójicamente para todos los hombres antros de castigo, lugares de expiación de algún delito, ámbitos de humillación y sufrimiento y no de colaboración en la realización de una obra de dimensiones planetarias y de solidaridad humana.

Una vez dentro de la fábrica sólo cabía hacer una cosa: trabajar, producir y, para estimular la rivalidad, la competencia y crear las envidias entre los trabajadores, se les daba el aliciente de una prima al rebasar una cantidad estipulada de producción.

Sólo trabajar era el destino de los pobres; trabajar para mal comer, dormir y procrear nuevas generaciones de esclavos de las fábricas; trabajar hasta que sonara la sirena o el silbato de salida de la fábrica, anunciando la leve liberación, hasta la nueva jornada.

Sin embargo, fui dándome cuenta de que entre muchos obreros existía una fuerza solidaria que les unía en su infortunio de desheredados de la vida; era la toma de conciencia de pertenecer a la clase más pobre y por ello menos cultivada, más oprimida y explotada a través de todos los siglos.

Los más sensatos y dispuestos no se trataban como rivales competidores en el trabajo, sino como compañeros en un quehacer común. Mas no todos ellos eran tampoco así; los había, también, que dejaban que los primeros resolvieran las cuestiones de todos con su propio riesgo.

Entre los que peleaban por sus compañeros estaba Pineda. Era un hombre joven, pálido de rostro y cuerpo delgado, casi enfermizo, para quien la única religión de su vida consistía en la lucha por la emancipación de los trabajadores unidos por la fuerza que les confería el sindicato. Pineda calzaba

alpargatas blancas, vestía traje de tela azul y menospreciaba el uso de la corbata por considerar esta prenda como un adorno burgués. Era él quien aconsejaba a los obreros de la fábrica con palabra viva y encendida y mantenía los contactos y consignas del sindicato, repitiéndoles que sólo en el sindicato podían encontrar la defensa de sus derechos y la resistencia suficiente para oponerse a las exigencias desmedidas de los patronos.

Los obreros asentían, en su fuero interno, a cuanto Pineda les decía; se hacían eco de sus acusaciones contra la burguesía. Le admiraban y adquirían, a sus palabras, la convicción, cada vez más profunda, de que ellos, los obreros, eran la única fuerza realmente poderosa de toda la Tierra y que, unidos, vencerían a los que los utilizaban como simples instrumentos o herramientas para el logro egoísta de sus ambiciones individuales. Pero algunos otros recelaban de las predicaciones de Pineda, porque la vida les había desalentado en sus esperanzas respecto a los demás y Pineda les resultaba demasiado exaltado en sus profecías del advenimiento de un mundo feliz con el alumbramiento de la tantas veces preconizada Revolución Social. Pineda les aclaraba, fogosamente, que era la misma Sociedad contra la que luchaban la que corrompía a los hombres, pero que la Revolución Social llevaría consigo una nueva educación humana y, borrando de la faz de toda la Tierra la cultura burguesa, crearía una nueva cultura que modificaría las relaciones entre los hombres. Era un soñador apocalíptico.

Proclamaba, con exaltadas voces, su odio al capital, al Estado, a los guardias de Asalto y a todos los ricos, sin distinciones. El impulso de la destrucción le devoraba a sí mismo, sin que lo advirtiera.

Cuando, en alguna ocasión, después de la comida del mediodía o por la tarde, en los roperos, alguien replicaba a Pineda con alguna observación desalentadora, entonces intervenía el tintorero Agustín, con ademanes abaciales y voz apaciguadora y persuasiva.

Agustín era un hombre alto, muy gordo, con aspecto de hombre complacido de sí mismo. Se abrigaba los riñones, tanto en invierno como en verano, con las vueltas de una faja negra sujetándose el vientre voluminoso con ella.

Sin que se pareciera físicamente al dueño de la fábrica, a no ser por la prominente barriga, existía entre ambos algo que, sin ser físico, les hacía semejantes.

Agustín frenaba los arrebatos revolucionarios y frenéticos de Pineda; suavizaba la violencia de sus palabras agresivas, dándoles, con sus interpretaciones, una tonalidad más apaciguadora, en tanto movía las carnosas manos abiertas, con ademanes casi pastorales. Sin embargo, cuando alguno de los obreros oponía al suyo distinto parecer, las pupilas de Agustín se endurecían, parecían petrificarse e irritado fruncía el ceño, sintiéndose herido en su propia estimación

que era un exceso de vanidad. Se consideraba, erróneamente, muy superior a sus compañeros y si no conseguía imponer su criterio, súbitamente, con una autoridad que se confería, cerraba el diálogo, calificando a su oponente de ignorante.

Las conversaciones de carácter laboral se iniciaban siempre en el ropero que estaba en la misma sala de estampados. El vestuario consistía en una barra de madera clavada a lo largo del muro, provista de cortas estacas de madera en las que colgar las prendas como en un perchero. Arrimado al mismo paredón pero en el suelo, estaba un largo banco en el que tomar asiento para cambiarse de ropa y a cuyos pies dejaban todos el calzado de calle y a la salida los zuecos o las alpargatas viejas.

Algunos operarios no prestaban gran atención a las discusiones. Para Escrich, el mundo no tenía solución. Una vez, trabajando como ayudante en su máquina de estampar me confió, guiñándome el ojo, que Agustín no era un sindicalista de verdad sino un obrero que envidiaba al dueño y a todos cuantos creía que estaban mejor que él. No poseía ideales; era sólo un vanidoso. Los verdaderos anarcosindicalistas –me decía Escrich–, no pensaban en ellos mismos sino en el bienestar de la clase trabajadora y en la transformación moral de los hombres para hacerlos aptos para un mundo mejor para todos. No se trataba solamente de eliminar el Mal en el mundo sino también en el interior del ser humano: un sueño.

Escrich era reservado y poco hablador. Llevaba poco tiempo de casado y no se hacía ilusiones respecto a su porvenir. Daba por descontado que había nacido para ser pobre toda su vida, pero tampoco lo consideraba motivo de vergüenza, ni de desventura. Curiosamente, con una sonrisa sutil, en tanto giraba la manivela de la máquina de estampar, decía que ser pobre era la mejor credencial de honestidad y no, como creían otros, signo de desgracia. Los desgraciados, según él, eran los ricos que ni siendo ricos vivían felices, ni dejaban a los demás serlo, siendo pobres. Pero tales confidencias, en Escrich eran excepcionales. Se conformaba con su suerte, sin amargura. Sabía que era un obrero y así sería hasta el fin de sus días. A veces, parecía excesivamente tímido. Se ocupaba solamente de su máquina de estampar y cuando se terciaba, escuchaba las discusiones entre sus compañeros con rostro tranquilo y mirada observadora sin intervenir en las disputas.

Ocupaba su tiempo de trabajo dando vueltas a la manivela y, entre pasada y pasada de madeja estampada entre los cilindros de color, pensaba en sus cosas. Era delgado de cara y tez amarillenta, casi de color enfermizo; sus ojos muy negros y brillantes, como enfebrecidos; el pelo suave, abundante, negro y peinado a un lado, se le derramaba en una amplia onda que le resbalaba sobre una de las cejas.

Su trato era agradable, su voz suave, sin estridencias y, de vez en cuando, si decía algo, sonreía amistoso.

A la salida de la fábrica se dirigía a un taller de reparaciones de aparatos de radio que un amigo suyo tenía establecido en los encantos de la calle Dos de Mayo, donde aprendía a montarlos. Le agradaba la radio y le proporcionaba una secreta alegría la interpretación y lectura de los signos gráficos que trazaban los esquemas indicando el montaje de los circuitos eléctricos. Yo pensaba que Escrich era de una naturaleza tan delicada como en su interior uno de aquellos aparatos de radio. Escrich filtraba las emociones fuertes que, su sensibilidad, no podía soportar. Por eso era poco extravertido y hablaba sin levantar la voz, como si temiera que lo violento fundiera alguno de sus filamentos interiores o apagara para siempre las lámparas recónditas que, con escondida luz, alumbraban su vida anónima y silenciosa de hombre sencillo.

En cambio, Llerda, el pintador, era un furibundo y extrovertido cenetista. Asistía a todos los mítines y, a veces, mientras trabajaba dando vueltas a la manivela, sonriendo divertido, cantaba en voz baja «A las barricadas». Los lunes por la mañana, recordaba con exaltación las frases de los discursos dados en algún mitin por la Montseny, García Oliver o algunos otros dirigentes revolucionarios. Según proclamaba Llerda, se iba aproximando cada vez más el tanto años soñado día de la Revolución Social que iba a transformar a la Sociedad toda, con la implantación del comunismo libertario. Dejaría de existir el enfrentamiento entre

ricos y pobres; serían iguales todos los hombres; desaparecerían los vicios y bajas pasiones humanas. Sin dinero desaparecerían Bancos y ladrones y, por tanto, no habría necesidad de cárceles ni celadores, ni guardias para encerrar a nadie. ¡Qué utopía tan bella!

Su lenguaje era sencillo y contundente. Cuando hablaba de tales cuestiones, los ojos se le alumbraban y su rostro se rejuvenecía aniñándose, como si en algo volviera a ser el niño que en su infancia había sido.

Caso aparte, era Chalmeta, el pintador de la máquina contigua, en la misma sala. Era un tipo singular entre los demás estampadores, debido a su habitual comportamiento. Apenas hablaba lo indispensable con los demás obreros y, éstos, debido a su huraño carácter, le consideraban un ente extraño, incivil e intratable por su mal carácter en todo inabordable.

Era un hombre de pequeña estatura; rondaba los sesenta años; nervioso, seco como un sarmiento, el pelo canoso que se tocaba con una gorra sobada y sucia por manchada de colores diversos, hasta formar uno de indefinible y jaspeado.

El perfil de su rostro recordaba la cabeza de unas tenazas: la barbilla, por lo salida y hacia arriba a causa de la falta de dentadura, parecía ir al encuentro de la visera de su vieja gorra alicaída. Su nariz era fina y aquilina, como pico de ave de presa. La piel de la cara colgaba marchita y su tez era

mortecina, pálida y recubiertas las mejillas de la barba mal afeitada ya totalmente encanecida. Sus ojos de un azul desleído miraban siempre alertados y recelosos, pinchando a los que miraba.

Cuando trabajaba, usaba de un corto delantal atado a la cintura con un cordón; se movía incesante empuñando la horquilla en cada mano, yendo y viniendo de la máquina a los aprendices, sin dar un instante de reposo a los dos que le servían las madejas esclarecidas que él cogía hábil y rápidamente con las dos horquillas y, girando, con la precisión de un banderillero, colocaba en un santiamén en la máquina. La cerraba y giraba raudo y seguro la manivela accionándola y pintando la madeja servida que luego colocaba en las cañas horizontales alineándolas con las demás formando extraños gallardetes y banderas multicolores con los colores todavía frescos.

Su carácter abundaba, de manera natural, en un incesante malhumor que escupía a borbotones en las más retorcidas maldiciones y escalofriantes reniegos. Los chiquillos, cuando les tocaba trabajar a sus órdenes, temblaban, porque el viejo Chalmeta, para mantener el mismo ritmo de producción de los otros pintadores, se ponía nervioso y amenazaba descargar la horquilla metálica en la cabeza de alguno de los jovenzuelos que le servían de ayudantes. Se pasaba todo el día refunfuñando, maldiciendo en voz baja y siempre dado a todos los diablos.

Los demás operarios, mientras trabajaban, le miraban a hurtadillas y se reían en sus adentros de la cólera que consumía a su compañero de trabajo. De vez en cuando, sin poder dominarse, levantaba la horquilla sobre uno de los aprendices, en un ligero arrebató de impaciencia. El chiquillo, con gesto instintivo de defensa, se protegía con el antebrazo con objeto de protegerse la cabeza del golpe que, daba por seguro, iba a caérsele encima de un momento a otro.

Pero el viejo Chalmeta jamás pegó a ninguno de los chiquillos ni le maltrató de obra a pesar de sus rotundas amenazas, espantosas maldiciones y reniegos. Era como un león viejo, desdentado, que gruñía cada vez más impotentemente. A sus espaldas todos se reían del viejo Chalmeta a causa de su endemoniado carácter y le consideraban poco menos que una alimaña peligrosa. Sin embargo, no era como pensaban. Chalmeta ya no creía en nada ni en nadie. Sólo en su hijo, el torero. Chalmeta estaba amargado y enfurecido con la vida que siempre le había tratado a mordiscos cuando no a fieras dentelladas. Había llevado, desde sus más tiernos años, una vida dura, miserable y sentíase desgraciado y resentido contra su propia existencia llena de sinsabores.

Sin embargo, toda aquella aspereza de Chalmeta se transformaba y desaparecía cuando se le hablaba de lo que constituía su única debilidad. Al punto que se le nombraba su hijo torero, la personalidad del viejo estampador, huraño y malhumorado, mostraba una distinta, oculta y reservada faceta insospechada. Su carácter se suavizaba; desaparecía la

adustez de su rostro y una leve y creciente sonrisa de ilusión alumbraba todos sus frunces y arrugas desvaneciéndolas y borrándoselas de su cara. Bastaba preguntarle, discretamente y sin que los demás lo advirtieran, por su hijo, para que al instante, el áspero e intratable Chalmeta, cambiara rotundamente de humor. Se le iluminaban con una luz nueva los acuosos y azules ojos fatigados por los años y las amargas vividas; sonreía feliz y, en voz baja, humildemente, confidencial y con notoria satisfacción, nombraba a su hijo, aquel que en las plazas de toros comenzaba a destacarse y, sobresaliendo, aparecía, sin darse de menos, con el nombre de «Chalmeta» en los grandes carteles de las corridas de toros.

Era aquel que llevaba su mismo nombre y no un apodo, como otros; el que, garboso, descollaba en la arena, relumbrante su figura con el traje de luces. Aquel era... ¡su hijo!

Posiblemente a Chalmeta aquel hijo le redimía de todos los pesares soportados a lo largo de su dura existencia laboriosa y mísera y era el equivalente a la compensación y sublimación de todas las penas de su vida. Cuando el viejo Chalmeta hablaba de su hijo torero, se olvidaba de las maderas que tenía que pintar; detenía un instante la máquina, soltaba la manivela y confesaba su gran satisfacción con breves palabras impregnadas de felicidad por los crecientes éxitos de su hijo, tan adorado en secreto en lo más recóndito de su corazón, al que los demás, por desconocerlo, creían equivocadamente que era más duro que el pedernal.

Martínez era otro operario que, lo mismo que Escrich, llevaba poco tiempo casado. A diferencia de este último, Martínez era hablador y vocinglero; de fuerte complexión, acompañaba todas sus palabras con gestos enérgicos y determinados. Era grosero en palabra y goloso en ambición. Criticaba al encargado a sus espaldas y hablaba mal del dueño de la fábrica, no por ideas obreristas sino por descontento y envidia. En su fuero interno despreciaba a sus compañeros de trabajo y su menosprecio lo hacía extensivo a toda la clase obrera a la que él mismo pertenecía. En su casa se burlaba de los afanes y esperanzas de sus compañeros de fábrica que cifraban su futuro en la fuerza de su unión que les otorgaba el sindicato.

Lo único que para Martínez tenía valor era el dinero. Si maldecía del dueño era porque éste tenía mucho y él ninguno. Su ambición era mandar, tener poder, ejercer autoridad sobre los demás y verse obedecido sin oposición. Como no lo conseguía hablaba mal del encargado ocultando su envidia porque aquél ocupaba el puesto que él tanto hubiese deseado desempeñar. También sentía odio al dueño de la fábrica, mas cuando le hablaba se mostraba agradable, sumiso y bien hablado, no así cuando trataba con sus compañeros a los que siempre se dirigía con una leve sonrisa de sarcasmo.

Cuando el encargado se puso enfermo y su dolencia se prolongó, temiéndose un fatal desenlace, Martínez consiguió del dueño de la fábrica que le nombrase

encargado provisionalmente, en tanto la situación del de plantilla no se determinara en un sentido u otro. Martínez se avino en seguida a lo que el dueño le previno en cuanto a la interinidad del cargo. Asintió, demostrando vivamente su deseo de que el encargado se restableciera pero, en su interior, se reía de sus propias palabras porque deseaba ardientemente que el otro reventara lo antes posible para ocupar definitivamente el puesto que dejaría vacante. También el dueño de la fábrica, en su larga experiencia de la vida laboral, conocía la índole de cada uno de sus obreros y la variada condición humana, con independencia, muchas veces, de la posición social y económica que en la vida se disfruta, desempeña u ocupa. Reconoció de inmediato, en Martínez, las peculiaridades indispensables y el afán de mando bastante para dominar a los otros hombres, tal como en aquella época se entendía debían ser necesarias. Era ambicioso y despreciaba a sus compañeros, por tanto, serviría perfectamente a los intereses de la fábrica.

Fue nombrado. Al poco, su soberbia le descubrió tal como era y no se había manifestado abiertamente hasta entonces. Mostrábase autoritario y sin posibilidad de diálogo en sus determinaciones. Al mediodía se cambiaba de ropa y se iba solo a su casa. Llevaba su mejor ropa para distinguirse y, de calle, evitaba a los otros obreros con los que antes se acompañaba hablando y voceando jovial y desenfadado. Cundió pronto, entre los demás hombres de la fábrica, el

desagrado por su comportamiento y acabó siendo despreciado, tanto más cuanto él se imponía a los demás ensoberbecido. Ya era encargado. Era más que los otros. Estaba al servicio del dueño de la fábrica: del «Amo». Las pesetas de más que ganaba respecto a los otros indicaban su preferencia y sobrevalía. Su firmeza de carácter era la virtud que se le pagaba, como reconocimiento de una condición natural para ejercer mando. Por tanto, en defensa de su aumento de salario, no iba a vacilar en enemistarse y hacerse malquerer, enfrentándose, de ser preciso, a quien fuera, en defensa de su mejor posición y de los intereses de la fábrica.

Pero aunque no le hubiesen pagado mejor, lo mismo hubiese rogado al dueño que se le nombrase encargado de sección, porque toda su naturaleza le gritaba que había nacido para ejercer autoridad y mando sobre los demás. Imponer su voluntad; ser él por encima de los otros; mandar para tener que obedecer menos. Su mayor satisfacción era mandar. «¡Mandar, mandar, mandar!», le gritaba su naturaleza. Obligar a otros a estar supeditados a su dependencia antes de llevar a cabo sus actos por propia decisión.

Sin embargo, su reinado duró solamente un par de meses. El antiguo encargado fue, poco a poco, mejorando de su enfermedad hasta restablecerse por completo. Cuando regresó a la fábrica, el dueño le restituyó a su antiguo cargo que, provisionalmente, en su dolencia, había transferido a Martínez. Éste volvió a su vez a su antiguo puesto de operario en la sala de pintados y, aunque otra vez volvió a mal-

hablar del «Amo», los trabajadores no le hacían el menor caso, pues conocían cómo realmente era Martínez y se habían dado cuenta de que sus palabras eran la manifestación externa de su humillado orgullo y, al mismo tiempo, la saliva de su despecho.

El dueño, por su parte, había logrado sin esfuerzo alguno, desprestigiarle. Siempre había despotricado con bajas palabras ofensivas contra «el burgués» pero el dueño había descubierto en el proceder de Martínez no el impulso de un espíritu de equidad que se rebelaba sino una ambición secreta y frustrada: la envidia contra el que posee, nacida de la imposibilidad de la oculta pasión de no poder llegar a ser como aquel del que maldecía. El dueño de la fábrica se había cobrado las malas palabras proferidas contra él que por fáciles y serviles conductos siempre habían llegado a sus oídos. Martínez había comprendido, tardíamente, que la ambición había cegado su limitada inteligencia y en consecuencia odió todavía más al dueño quien le había concedido lo que luego, con la misma facilidad, le había quitado, devolviéndolo a quien primeramente había pertenecido.

En lo sucesivo, en más de una ocasión, habría de aguantar el que algún obrero le echara en cara su burlado afán de mandar sobre sus compañeros de trabajo –sobre otros hombres–, no de dirigirlos para la mejor realización del trabajo sino de mandar por mandar, demostrando su pasión de poder. Y Martínez soportaba con rencor la mirada burlona del paternal Agustín, mientras éste daba vueltas y vueltas a

su faja negra alrededor de la cintura sujetándose el enorme vientre, aquella barriga que tanto se parecía a la del dueño y de la que sólo se diferenciaba en que no iba abrigada del chaleco historiado con la gruesa cadena de plata del reloj de bolsillo.

A Martínez, sin embargo, le tenía sin cuidado la manera sarcástica de mirarle Agustín, pues le consideraba hablador pero sin posteriores efectos. A quien temía, era a Pineda, el sindicalista convencido que odiaba por igual a los soplones y a los serviles esclavos del «Amo». En cuanto a los demás de la fábrica, Martínez opinaba de ellos en su casa, con su mujer, que eran una tropa de borregos a los que sólo bastaba con darles un mendrugo de pan.

En cuanto salía de la fábrica, al cruzar el patio en dirección a la puerta de la calle, en algunas ocasiones sorprendía la mirada de desprecio con la que Goñi, el fogonero, le acompañaba a su paso desde la puerta del cuarto de la caldera.

Goñi, al verle, suspendía la lectura de «Solidaridad Obrera» para mirarle. El fogonero era de baja estatura, gordo, fuerte y de rostro rojizo, casi encendido. Cuando leía los artículos de la «Soli», comenzaba a sudar de emoción. En cierta ocasión que leyó en el órgano de la Confederación que «las joyas y los rubíes que lucían los burgueses y sus mujeres son gotas de sangre obrera cristalizadas», Goñi gruñó furibundo mil improperios contra los enemigos de la clase oprimida. Mas era un hombre sentimental, incapaz en sus bravatas y

enardecimientos fugitivos, de cometer ninguna maldad ni violencia de clase alguna. Se apiadaba de cualquiera que se encontrara en un apuro y procuraba, según sus pocas posibilidades, socorrerle.

A Martínez, la manera de mirarle Goñi le irritaba en gran manera porque equivalía a un franco y expresivo desprecio sin desvíos ni disimulos. De buena gana se le hubiera plantado retándole con igual mirada de desprecio pero, Goñi, tenía fama de impulsivo y además de ser fuerte como una piedra berroqueña, sus manos de fogonero eran anchas como palas y pesadas como piezas de hierro.

Maldiciéndole en su fuero interno Martínez no detenía el paso, cruzaba el patio mezclado entre los demás trabajadores y se alejaba solitario, sin que ninguno de los otros le saludara.

La tarea, por aquel día había terminado.

III

En verano, cuando los obreros salían de las fábricas, se encontraban en la calle con un cielo alto y claro. Eran las seis de la tarde.

A sus espaldas la fábrica vetusta y, en sus naves, las máquinas detenidas; paradas las poleas, callada la bomba del agua del pozo. La fábrica quedaba en silencio, como dormida hasta la mañana del día siguiente que despertaría en el mismo instante en que desde el cuarto de la caldera, el fogonero, atento al reloj, tiraría del cordón del silbato dando el primer toque de llamada al trabajo, a las siete y media de la mañana, luego a las ocho menos cuarto, después a las ocho menos cinco minutos y final y definitivamente a las ocho en punto.

El agudo silbato de la fábrica «Mercader» desgarraría

estridente el azul liso de la mañana emborronándolo brevemente con fugitivos y blancos penachos de vapor.

Al mismo tiempo que el último toque cesara, de inmediato, los embarrados se pondrían a girar. Crujirían las correas de transmisión al despegarse de las poleas que habían permanecido inmobilizadas durante todas las horas de la noche anterior y ya girarían incansables todas las horas de la jornada que se iniciaba. Así a diario, un día, una semana, un mes, un año y otro. Tal era la vida en el barrio obrero.

De vez en cuando, la rutina del vivir cotidiano era alterada por un accidente.

Había estallado la caldera de una fábrica en una industria de San Andrés o de la barriada del Pueblo Nuevo. La estupefacción y el dolor cundían entre las familias obreras. Después, la vida proseguía como anteriormente.

En otras ocasiones, un temporal arrasaba las barracas del barrio de Pekín así como también las casitas de los humildes pescadores cercanas al «Campo de la Bota». Todavía el suceso volvía más dolorosa y mísera su precaria situación.

Cuando se daban tales casos, los afectados, carecían de otra ayuda inmediata que la caridad de los demás que eran tan pobres como ellos.

Las gentes asomaban a las puertas, en balcones y ventanas de Pueblo Nuevo y, apiadadas del infortunio ajeno, veían a

los hombres cuyos frágiles hogares levantados en la playa habían sido destruidos por el mar, avanzar por el centro de la calle estrecha y empedrada, mientras, cuatro de ellos, retenían los cabos de una sábana extendida como una mano abierta. Los demás, en dramático silencio, formaban cortejo sin despegar los labios. Sólo, uno y otro, de vez en cuando, daba las gracias saludando al vecindario con breves y conmovedores asentimientos de cabeza, en tanto, desde los balcones y ventanas, las mujeres demostraban su sentimiento y piedad solidaria en el dolor de sus semejantes, arrojándoles el poco dinero que les era posible, en ayuda de todos aquellos otros pobres, en aquellas dramáticas circunstancias, más pobres todavía que ellos.

Las monedas de bronce de diez céntimos caían de un lado y otro de la calle, desde altos balcones y ventanas sobre la sábana blanca.

Los tenderos entregaban también su dádiva y el grupo de hombres, la triste comitiva, poco a poco, seguía avanzando por la calle y todas las del barrio. Un guardia municipal apostado en una esquina, guardaba compostura y respetuoso silencio, también compadecido de la desgracia que se había cebado en el hogar ajeno.

Sin embargo, no siempre era la piedad el signo de los días. En otras ocasiones asomaba el testimonio de la lucha, el resentimiento y la enconada violencia.

Una mañana, dos hombres se personaron en la portería de la fábrica Rius y dejaron el encargo urgente para que un obrero regresara rápidamente a su casa, donde su esposa había sido acometida de una enfermedad, repentinamente.

Los dos hombres, dado el aviso, se fueron.

Poco después, el obrero, apremiado por la inquietud, salió por la puerta de hierro de la fábrica Rius. Recorrió su callejón y tomó por la estrecha calle de Nuria. Iba de prisa. Angustiado por lo ocurrido a su esposa.

Llegó a la calle Montaña. Cruzó la plazoleta del doctor Serrat. Se le había secado la garganta de angustia. Al ver la fuentecilla cercana al kiosco de periódicos se le ocurrió mojarse la boca, pero llevaba prisa en llegar cuanto antes a su casa.

Siguió andando por la derecha donde, junto a la orilla del tren del Norte que por aquel entonces corría por la superficie de lo que es en la actualidad la Avenida Meridiana, se alineaban los primeros huertos en el lado opuesto del cine del mismo nombre de la calle. Casi al mismo tiempo que él seguía la línea de matorrales que cerraba uno de los huertos, asomaron los dos hombres que le habían dejado antes el aviso en la fábrica, por la esquina de la calle Internacional. Fueron rectos hacia el obrero que, sin sospechar sus propósitos, se encaminaba a su casa. Cuando se dio cuenta de la presencia de ambos, detúvose palideciendo

intensamente. También los dos se habían detenido; rápidos, sacaron cada uno su pistola y le encañonaron con la mano adelantada empuñando el arma. Eran dos pistoleros. Dispararon desde unos metros, implacablemente, sobre él. Sabían manejar las armas que utilizaban.

El obrero se derrumbó, al pie de las matas que cercaban el huerto. Una mancha de sangre se fue encharcando lentamente en el suelo. Los dos hombres de las pistolas escondieron de nuevo sus armas y se alejaron desapareciendo por la calle Internacional arriba.

No habían andado un centenar de metros cuando el obrero sobre el que habían disparado ya había muerto.

En otra ocasión, un sábado, al anochecer, estalló un explosivo colocado por alguien en un transformador de electricidad, situado en la calle Montaña, esquina con la de Valencia. El transformador se encontraba situado frente a la puerta de una carnicería, a cuyo lado estaba el taller de un carpintero modelista.

El artefacto hizo explosión sin destruir el voluminoso transformador, mas uno de los fragmentos de la metralla del explosivo alcanzó mortalmente al carpintero que, en aquel preciso instante, asomaba a la puerta de su taller. La desgracia, aquella tarde, se había cebado cruelmente abatiendo el tronco sustentador de una familia artesana.

Aquel anochecer, las calles del barrio del Clot quedaron solitarias y desiertas. Nadie salió de su hogar. El infortunio que había caído como un rayo en el hogar del humilde carpintero de la calle Montaña llenó de aflicción todos los ánimos, por su cruel y despiadada torpeza.

A la mañana siguiente, grupos de obreros merodearon por los alrededores de la carpintería y del transformador que ni siquiera había sido averiado. Las conversaciones eran vivas y excitadas, discutiendo la inutilidad de actos aplicados con tanta torpeza, causando el sacrificio de vidas humanas inocentes.

Mientras discutían alrededor y por las cercanías del transformador que seguía en pie, pasé ante la puerta a medio cerrar de la carpintería. Vi, a través de la puerta vidriera, el interior del taller vacío y en el fondo de la vivienda, junto a uno de los lados de la mesa comedor, a contraluz, la silueta de la viuda del carpintero sentada en una silla, recogida sobre sí misma, meditativa, oscura y solitaria en su dolor humano.

Cada tarde, a la llegada del crepúsculo, el cielo sobre el barrio obrero se alumbraba de rojas y sangrantes claridades, como el esplendor de una hoguera que quedaba oculta y nadie presentía pero que era el presagio del horror que se avecinaba, de la lucha terrible, que a todos iba a conducir el disparadero de los odios y pasiones desatadas.

* * *

«El Amo» tenía un sobrino alto y apuesto; el pelo rubio dorado y la tez de su cara fina y sonrosada.

Aún siendo tan joven, los obreros de la fábrica ya se habían acostumbrado a tratarle de usted, llamándole siempre... «señor Peret» y, él aceptaba el trato de deferencia porque consideraba natural que así debía ser tratado, por ser sobrino del dueño de la fábrica.

Hablaba lo indispensable con los obreros porque era condición de su categoría permanecer distanciado de sus subordinados asalariados, según en aquella lejana época se solía.

Su relación más directa era con los encargados de sección. Por cuanto se refiriese al trabajo se dirigía a éstos y, los mismos, se cuidaban de transmitir las órdenes a los obreros o modificar la dirección del trabajo, si así convenía.

El «señor Peret» ocupaba sus horas de trabajo en el cuartucho, transformado en laboratorio, que se encontraba en uno de los laterales del patio, junto a los tendedores de las barras de madejas al aire libre.

Él preparaba los colores para las máquinas de estampar madejas. El laboratorio consistía en una mesa de obra, recubierta de baldosas coloradas; un «baño María», una piqueta para el agua, un mechero de gas, una gradilla de

tubos de ensayo y algunos matraces y un par de probetas, alienado todo en un estante con frascos de ácidos y uno de sosa cáustica.

En la sección de máquinas de cepillar había un muchacho de la misma edad del «señor Peret». Era de baja estatura, la cabeza grande con la frente abovedada. Parecía de mayor edad porque su infancia había sido muy dura y era de humor triste y como aviejado. Por las noches, cuando abandonaba la fábrica, a la salida del trabajo, Arnal se dirigía a la calle Urgel, donde en la «Escuela del Trabajo», nocturna, poco a poco, curso tras curso, asistía a las clases con objeto de conseguir ser algún día maestro tintorero.

La infancia de Arnal había sido muy penosa. Sus padres habían llegado a Cataluña, procedentes de Murcia. Antes de la edad reglamentaria para el trabajo, había entrado como aprendiz en uno de los hornos de vidrio del Pueblo Nuevo, cerca del campo deportivo del club de fútbol «Júpiter», y cuyo callejón sin empedrar desembocaba en la calle Mariano Aguiló, en las inmediaciones de la iglesia parroquial.

En el callejón de la fábrica del vidrio, durante los días de verano, era frecuente ver asomar por las amplias y abiertas ventanas, los largos tubos metálicos en cuyos extremos brillaban incandescentes las bolas de vidrio fundido como esferas ígneas. Los mozalbetes, aprendices, soltaban palabrotas, obscenidades y reniegos cuando todavía ni siquiera habían aprendido los nombres de las calles, ni nadie se había

preocupado, ni le importaba, que además del pan que ganaban con sus jóvenes manos inexpertas, dispusieran también del alimento educador de un buen libro.

Fue unos años más tarde cuando Arnal abandonó el horno del vidrio y entró a trabajar en el ramo fabril y textil. Su interés en perfeccionarse profesionalmente para poder algún día librarse de su pasado de hambre y del incierto futuro, le condujo a matricularse en la escuela nocturna profesional de la calle Urgel que desde su fundación sirvió eficazmente para nutrir de eficaces operarios a todos los oficios, así como de técnicos, a la industria catalana.

A pesar de que Arnal tenía casi los mismos años que el sobrino del dueño de la fábrica, los pesares soportados desde niño, le habían avejentado el ánimo y el rostro, de tal manera que su carácter era tristón y su talante personal apocado por desesperanza de recibir nada de aquellos que siempre habían dispuesto de todo e ignoraban, por lo mismo, la aspereza de la vida de la pobre gente.

Cuando el «señor Peret» supo que Arnal estudiaba, por las noches, para ser maestro tintorero, sintió curiosidad por saber hasta dónde alcanzaban sus conocimientos y experiencia.

Durante unos días lo tuvo a su lado en el laboratorio. Arnal no exteriorizó satisfacción alguna por la curiosidad del sobrino del dueño mas, en su fuero interno, sintió el

pundonor de demostrarle que su asistencia a las clases nocturnas no había sido tiempo perdido.

Realizó satisfactoriamente todas las pruebas. A la semana siguiente, el «señor Peret» complacido en su curiosidad, devolvió a Arnal a su puesto en la máquina de cepillar y se olvidó totalmente del muchacho.

Lo mismo que de costumbre, el sobrino del dueño de la fábrica, prosiguió representando el papel que le había enseñado el señor Mercader, como el más eficaz para la buena marcha de las cosas.

El sobrino del fabricante recorría las secciones con el cuerpo estirado, levantada la barbilla, ligeramente fruncido el ceño con una dureza fingida que acabaría, con los años, siendo verdadera. Observaba a los obreros trabajar, sin que jamás despegara los labios para cambiar una palabra cordial con ellos.

En el cuarto de los colores de la nave del tinte, era donde el «señor Peret» se mostraba más condescendiente tratando con el colorista Joaquín. Éste, sin estudios especializados de clase alguna, ni los más elementales conocimientos de química, había adquirido desde jóvenes años la práctica del teñido de madejas convirtiéndose en tintorero.

Lo mismo que otros coloristas de su época, carecía de certificado alguno de estudios realizados. Lo único que les

acreditaba era el resultado de su trabajo; el acierto en la elección de la cantidad de colorante preciso para el teñido que fuese idéntico a la coloración de la muestra encargada.

Todos ellos habían aprendido en la práctica diaria y desconcertaban admirativamente a los maestros tintoreros titulados, con sus pesos y certero ojo para la elección de los más finos matices de los colores.

El colorista Joaquín tenía la voz aflautada y la lengua blanda, era de carácter servil y de pronta sonrisa cuando hablaba con el sobrino del «Amo». Así como los demás obreros del tinte calzaban zuecos de madera, el colorista usaba zuecos de cuero, más ligeros, cómodos y de reducido tamaño que, al mismo tiempo, indicaban su superioridad profesional entre los demás trabajadores de la factoría.

La fábrica era inhóspita. Sus naves, de sucios muros, no tenían otro objeto que dar cabida al utillaje para la producción y a los hombres precisos para llevarla a cabo. No estaban las máquinas para servicio de los seres humanos, sino los hombres, al parecer, para servir a las máquinas.

Por las ventanas no entraba luz bastante pero el trabajo lo mismo se llevaba a cabo.

La luz, la del sol, del día, quedaba excluida al exterior, tras los muros, más allá de la fábrica. La poca claridad que penetraba por las claraboyas grises, era una luz tristonra, fría

y sin oros de sol. La fábrica era triste; el trabajo parecía no un canto al progreso humano sino el cumplimiento de un castigo cuya única redención llegaba con la muerte.

Tampoco los obreros estaban protegidos contra el indudable peligro de que las máquinas ocasionaran graves accidentes laborales. Una insuficiente tela metálica rodeaba las poleas de las máquinas, que recibían, por mediación de las correas de transmisión, unidas a los embarrados del techo, la energía motriz que las impulsaba. Pero no bastaba con tan poca protección. Alguna que otra vez, se rompía una correa al fallar la resistencia del cosido de las grapas metálicas que unían los dos cabos de la correa de transmisión. Furiosamente culebreaba en el aire pegando contra el suelo, la pared, a otra máquina o golpeando el cuerpo de un obrero en un furioso y brutal correazo.

En cierta ocasión se rompió el tejido de cobre de la escurridera de una de las centrífugas en las que se quitaba el agua de las madejas. Uno de los fragmentos de metal salió disparado, como un trozo de metralla, alcanzando en la cabeza al encargado. La víctima rodó al suelo con el cráneo perforado. Quedó muerto.

En los vidrios de las ventanas se acumulaba el polvillo de las fibras de algodón de las madejas cepilladas con los veloces rodillos de cerdas.

La acumulación del polvillo con el transcurso de los años,

formaba una opacidad en las ventanas que todavía enturbiaba más la escasa luz interior de la nave de cepillado.

Más allá de las ventanas, en el exterior del edificio, resplandecía el sol; corría libremente el aire y la luz estallaba por doquier alumbrando el color de todas las cosas. En la fábrica, la luz era fría; el aire estaba saturado de olor a almidón o a cloro.

La fábrica parecía una cárcel y los obreros sus reclusos. Hablaban lo indispensable. Los encargados de cada sección habían recibido severas instrucciones del dueño de la fábrica y a cualquier distracción, durante el trabajo, se reñía con voces ásperas, insultos y palabras ofensivas.

Sin embargo, jamás en tiempo alguno consiguió el rigor apagar esta necesidad tan humana de la risa y, por ello, cuando el encargado no lo advertía, se burlaban a sus espaldas, le motejaban y ridiculizaban y hasta alguno de los mozalbetes mostraba un palmo de lengua con expresión grotesca y bufa o hacía cómicos y burlones visajes con el rostro, desatando la risa liberadora, al ridiculizar, con la bufonada, la severidad y la intolerancia autoritaria del más fuerte.

Era, la de aquellos lejanos años, una existencia triste, dura y sórdida. La vida de los obreros, una larga noche en la que soñaban con el advenimiento de una luz que desgarrara las tinieblas de la necesidad y de la ignorancia en las que, desde siglos, se les tenía sumidos. El trabajo diario, para los

chiquillos que se veían abocados a él, a causa de la pobreza de sus hogares, más que la realización de una labor, era semejante a un castigo y una dedicación antinatural a tan jóvenes años; un desplazamiento anormal desde las aulas de las escuelas de enseñanza primaria de las que, por sus pocos años y escasa formación, no debían haberse visto obligados a abandonar.

«El Amo», para estimular la competencia entre sus obreros y avivar la enconada rivalidad que les dividía, ofrecía insignificantes primas semanales a aquellos que pintasen más número de madejas.

Mi trabajo consistía, como el de los otros chiquillos de la misma sección de la sala de pintados, en colocar una madeja de algodón aprestado, en una clavija horizontal de recia y pulida madera cilíndrica atornillada a un poste vertical afirmado en el pavimento.

Cada máquina estaba colocada ante uno de los postes y en cada uno de éstos se hallaban a cada lado opuesto, frente a frente, dos clavijas servidas cada una por un aprendiz. Éste disponía de una barra redonda de madera muy dura y pesada que introducía en la madeja abierta y suspendida de la clavija superior. Con golpes rápidos y repetidos, iba separando las fibras de algodón hasta que la madeja quedaba totalmente extendida como una cortina de hilos y a disposición del pintador. Éste introducía en ella las horquillas metálicas. Con gesto hábil y rápido, trasladaba la madeja a la

máquina donde giraba entre los rodillos impregnados de color que la pintaban como si se tratara de una amplia cinta de papel blanco.

El tiempo de que disponía cada aprendiz, entre que colocaba la madeja prensada en la clavija y a golpes la despegaba hilo a hilo, era la mitad del que empleaba el operario en girar la manivela de la máquina pintando velozmente la madeja. Por tanto, cuando sacaba ésta, con los colores ya estampados en ella y la introducía junto a las precedentes en la caña colocada horizontalmente al propósito, ya el otro aprendiz tenía esclarecida la suya.

Al girar el operario sobre sí mismo, con las horquillas dispuestas, la madeja esclarecida estaba preparada y servida por el aprendiz que la abría para que introdujera en ella las horquillas.

Toda la jornada transcurría con la repetición de las mismas operaciones. Durante los primeros días, al aprendiz bisoño, se le llenaban de ampollas las palmas de las tiernas manos, que, con los mismos golpes, reventaban escociéndole dolorosamente al quedar despellejadas.

Los aprendices experimentados, recomendaban a los recientes, que se orinasen en las vejigas reventadas con objeto de que los sarpullidos se requemaran con la fortaleza de las micciones y la piel se curtiera hasta endurecerse totalmente.

«El Chinito», que vivía en las proximidades del «Campo de la Bota» en el distante Pueblo Nuevo, me lo recomendó con su risa traviesa y los ojos brillantes y saltones.

«El Chinito» ya había cumplido los catorce años pero era de muy baja estatura para su edad. No aparentaba tener más de doce años por lo pequeño que era y, en contraste, por su cara parecía un niño, precozmente avejentado.

Iba siempre con ropas que le venían cortas o sobradas. Jamás a su medida. Era rubio. Un mechón de pelo rebelde se le caía sobre la frente.

Parecía increíble que de una criatura tan insignificante físicamente, brotaran de su boca infantil tacos tan retorcidos. Era endiabladamente burlón y pendenciero pero, con todo, en sus actos no había maldad alguna, sino distorsión de su edad juvenil.

«El Chinito», una vez que el estampador me mandó a limpiar los lebrillos sucios de color, cuando estaba realizando la desagradable –por sucia– tarea, me llamó desde arriba de la escalera que conducía al cuarto del evaporador y, cuando, a su llamada, dejé de fregar el lebrillo que tenía en las manos y levanté la cara hacia arriba, dejó caer, con certera puntería, un goterón de saliva que fue a darme en un ojo.

Me enfurecí perdiendo los estribos ya que, además de que el trabajo de limpiar los lebrillos no me agradaba, «El

Chinito» muy entusiasmado y divertido de su acierto, estalló en sonoras y repetidas carcajadas.

Subí a saltos por la escalera y le alcancé a tiempo por el cogote antes de que consiguiera escamotearse. Le pegué en la cara. Él se revolvió con igual presteza. No era manco. Rodamos por los peldaños de la escalera abajo. Estaban los escalones llenos de pringue y las maderas resbaladizas por mojadas. Endemoniados como estábamos los dos, enzarzados a manotazos, dimos en el suelo mojado y sucio de los colores vertidos de los lebrillos. Así nos sorprendieron cuando unos obreros del tinte nos desengancharon. Llegó entonces el encargado y nos dijo, zanjando la cuestión decisivamente: «A la próxima os mandaré a la oficina», que era lo mismo que despedirnos. «El Chinito» y yo no nos miramos con malos ojos pero ninguno de los dos replicó. No volvimos a pelearnos jamás. Por el contrario, aquella riña sirvió para que nos uniera a ambos un mutuo afecto y sólida simpatía, pues «El Chinito» no era malo, sino travieso. Sus ideas le eran inspiradas por el desconocido impulso de evasión de lugar tan ingrato como era la fábrica en la que por necesidad se veía retenido.

Su corazón de chiquillo era como un pájaro que ansiaba volar libre y desenvolverse en mejores espacios, más amplios y con aires más limpios y puros que los de la fábrica que era, para él, sin que ni siquiera se le ocurriera pensarlo, como un lugar de internamiento inadecuado a su jovencísima vida torturada antes de florecer.

IV

Cuando «El Chinito», por la mañana, llegaba a la fábrica desde el Pueblo Nuevo, tenía los ojos hinchados de sueño y en su boca de niño se dibujaba un pliegue inapropiado a su edad, pero ya vuelto habitual esculpido por la existencia cotidiana dibujando precozmente en su rostro algo al mismo tiempo de hombre y de niño malogrado.

Era precisamente «El Chinito» quien, por las tardes, advertía con su voz de agudo timbre, la llegada del sobrino del dueño. «El Chinito» trabajaba esclareciendo madejas justo cerca de la puerta vidriera que daba al corredor del patio de la fábrica, a uno de cuyos lados estaba el pozo con el motor de la bomba. «El Chinito» sin dejar de trabajar, no debía quitar los ojos del vidrio superior de la puerta que estaba medio abierta, de tal forma y de exprofeso que el vidrio

servía de espejo a la luz exterior y se reflejaba inmediatamente en él, en cuanto aparecía, la figura del sobrino del dueño procedente del cuarto del laboratorio. Se había vestido la bata azul con cinturón de hebilla metálica y daba comienzo a su tarea de la tarde, avanzando con paso decidido y rápido hacia la sección de estampados, esperando siempre, en vano, sorprender a los obreros trabajando calmosamente y sin el ritmo que él consideraba adecuado. Pero jamás lo conseguía. «El Chinito», al verle acercarse reflejado en el vidrio, daba inmediatamente el grito de alarma, chillando agudamente a todos, operarios y aprendices: «¡Aguaaaaa...!»

Inmediatamente se hacía un silencio total en la sala de estampados. Solamente se oía el crujir duro de las ruedas dentadas accionadas por el movimiento de las manivelas empuñadas por los pintadores. Golpeaban los bolos de madera en las madejas prensadas que se esclarecían; los operarios trabajaban moviéndose con presteza. El trabajo de por sí, siempre llevado a un ritmo apresurado, se transformaba en aquellos breves minutos, nervioso y tenso, casi crispado a la sola presencia del sobrino del patrón que irrumpiendo en la sala, se había plantado en ella y ni siquiera había saludado deseando a todos buenas tardes.

Miraba con altivez toda la sala, a lo largo y ancho de ella. Allí estaba, alto, joven, apuesto, aseado: el pelo rubio dorado y los colores de la digestión enardecíéndole las mejillas, coloreándoselas.

Parecía el hijo de un lord. Un hálito fresco de colonia se expandía de su pelo ha poco peinado después de la sobremesa, antes de salir para la fábrica.

Los hombres y los niños seguían trabajando. Las cañas se iban llenando de madejas estampadas con franjas de vivos colores. De súbito, el sobrino del «Amo», sin decir una sola palabra, volvía a todos la espalda y salía de la sección por la puerta que daba a las barcas del tinte. Después pasaba a las del blanqueo y apresto y la sala de cepillar donde antiguas máquinas, con sus cepillos cilíndricos recordaban a cigüeñas picudas de largas patas de hierro atornilladas en el suelo encementado.

El «señor Peret» llevaba a cabo su diario recorrido mañana y tarde inspeccionando la marcha del trabajo, dando así a entender a todos, con su presencia, que en la fábrica había alguien que era el dueño, la mano que dirigía, el cerebro que pensaba y los ojos que vigilaban la buena marcha de la industria. Después de su recorrido, se encerraba en el laboratorio o iba y venía del despacho que dirigía su cuñado el «señor Pablo». Llegaba el fin de la jornada de trabajo. Una vez más, Goñi, tiraba del cordón del silbato y éste, por su tubo vertical sobresaliendo de la techumbre de uralita, soltaba un chorro de vapor empenechado y agudizaba la prolongación de su sonido desgarrando el aire de la tarde, clamando a los cuatro vientos de las casas del barrio que la jornada de trabajo había terminado.

En el mismo instante, toda la atmósfera, en el barrio obrero del Clot, se llenaba de sonos graves y profundos, de pitidos ululantes y del bronco alarido de las sirenas de las demás fábricas.

En la de la «Damm», los obreros que, desde dos minutos antes del toque de salida se apelotonaban en la gran verja de hierro de la grandiosa puerta, cuando ésta se abría, salían en torrente a la calle los ochocientos obreros de su plantilla e inundaban la calle Dos de Mayo y adyacentes: se alejaban unos por la calle Fresser en dirección al «Campo de l'Arpa», hacia Horta; otros descendían por la calle Montaña en dirección al final de la misma o antes, doblaban por la de Meridiana sobre la que corrían los rieles del tren, mientras a ambos lados del tendido del ferrocarril, la tierra estaba cubierta de huertos y campos.

Todas las calles y callejuelas del barrio de San Martín (Clot), lo mismo que las del Pueblo Nuevo, hasta las playas del «Campo de la Bota» hormigueaban de su vecindario obrero de regreso a sus hogares.

También las mujeres que trabajaban en las fábricas desfilaron apresuradas y, al tiempo que regresaban a sus casas, efectuaban, muchas de ellas, la compra para la cena. Disponían la cena comprando bacalao que, una vez frito, combinaban con legumbres que adquirían en las tiendas donde las vendían cocidas. A su llegada, rápidamente tenían dispuesta la cena para su familia. Algunas pedían en los

mismos establecimientos caldo de legumbres y con él preparaban una sopa como primer plato.

Después de la cena, en verano, se asomaban al balcón y, en el silencio de la noche, descansaban y se reencontraban a sí mismos, entrando en armonía con el orden del universo del silencio nocturno. Hablaban en voz queda, como si las palabras fuesen un rumor resbaladizo en la noche callada. Curioseaban a los vecinos de las tiendas que, a su vez, habían sacado unas sillas a la acera conversando, mientras los niños corrían y jugaban por el adoquinado de la calle tranquila, sin ajetreos ni peligros de vehículos. La noche de las calles del barrio estaba alumbrada por las luces de los espaciados faroles de hierro con urna de cristal y casquete con perfiles de tricornio. Después se iban a la cama.

El silencio se extendía sobre el barrio obrero. La noche iba transcurriendo hasta que, al alborar del nuevo día, las primeras sombras fugaces y silenciosas de los obreros que trabajaban lejos, desfilaban presurosas por las grises aceras y, poco después, distante, bramaba como despertando perezosamente y gemebunda, la primera sirena de la mañana. De nuevo el día de trabajo comenzaba.

Sólo los domingos las sirenas estaban ausentes y enmudecidas. Los domingos y días festivos, los obreros se iban al cine «Meridiana» al «Fomento», al «Martinense». Otros a la cooperativa «La Hormiga» o al «Ateneo Colón», donde los cuadros escénicos representaban «Els Vells» («Los viejos») y

«Els fills del poble» («Los hijos del pueblo»), de Ignacio Iglesias.

Los pequeños comerciantes sentían malquerencia y celos comerciales hacia las cooperativas obreras que fueron las precursoras de los supermercados actuales, porque, en aquéllas, como en éstos, se vendía de todo, con la ventaja de las primeras de ser sus asociados los dueños. También lo eran los dependientes que servían a la clientela cooperativista, los cuales, después del trabajo diario, acudían a la cooperativa que se abría cuando las fábricas cerraban. Los dependientes eran designados mensualmente para cumplir con su servicio y no percibían salario por sus funciones. La cooperativa conseguía, con sus métodos, adquirir los productos a precio de mayoristas y venderlos a sus asociados, anulando el beneficio o margen del intermediario que era el tendero. En las cooperativas como «La Flor de Mayo» de la calle Montaña, así como también en la «Paz y Justicia» del Pueblo Nuevo, se formaban bibliotecas, se daban clases de ortografía y se enseñaba a leer y escribir a los obreros analfabetos.

Los sábados, domingos y días festivos, a un lado del cine «Montaña», se colocaba un vendedor de cacahuets y almuces que montaba el tinglado de su pequeño negocio en una caja roja, sobre cuatro ruedas de hierro. Era un hombre entrado en años, de baja estatura, vestido con chaqueta de

pana negra y sujeto el pantalón a la cintura por una faja. Su cara era redonda, su pelo canoso y se cubría la cabeza con una boina. Los ojos, cuando hablaba conmigo, le sonreían confiadamente.

Por las noches, cuando daba por terminada la venta, recogía dentro de la caja pintada de rojo, los lebrillos de altramuces y chufas en remojo; el regaliz en rama, los botes de cristal conteniendo garbanzos tostados o almendras y caramelos.

El vendedor de cacahuetes, a veces, me contaba los sueños concebidos para incrementar la importancia de su negocio. Transformaría la caja colorada en un barco, encargando a un carpintero que le añadiera en la parte delantera una proa y en la posterior, una popa. Dispondría que, en el lugar más apropiado, se levantara una chimenea de la que escaparía humo; colocaría palos al barco y, entre cada mástil, hilos de los que colgarían ristras de bolsas de caramelos, regaliz y variadas chucherías para atracción de la infantil clientela.

A veces, modificaba parcialmente su proyecto decorativo y cambiaba en su imaginario navío, los mástiles en cocoteros de abanicadas palmas verdes. Por mi parte, me permitía algunas observaciones, puntualizando algún detalle que el vendedor de cacahuetes aceptaba como muy atinado, para complacerme.

Cuando terminaba de recoger su mercancía en el interior

de su, para mí, maravillosa caja roja, le ofrecía ayuda para llevarla. Entonces, los dos, empujábamos de pareja el carromato calle abajo. Doblábamos la esquina del colegio de las monjas Paulinas y arremetíamos vigorosamente por la empinada cuesta sin pavimentar, hasta alcanzar la horizontal empedrada, de la calle Nuria, estrecha y flanqueada de casitas de planta baja en ambas orillas, que conducía hasta el pasaje o callejón de entrada a la fábrica Rius y, sin meterse en esta calleja corta, proseguía hasta desembocar en la calle Mallorca donde se encontraba el bar «Montserrat».

La cuesta era muy subida y, sólo por el recorrido y empuje de este tramo de su carrera, el vendedor de cacahuetes, agradecía mi ayuda. Una vez en el adoquinado, las ruedas de hierro del carromato saltaban en la dureza de la superficie irregular del pavimento de adoquines.

Al llegar frente a su casa nos deteníamos. Él abría la puerta vidriada de la casita en que vivía. Sacaba a la calle un par de cuñas de madera que colocaba en el arroyo, arrimadas al bordillo y, seguidamente, iba a por dos más que situaba en la acera estrecha hasta el remate del escalón de la entrada al piso de la tiendecita a más altura que el encintado y consiguiendo así, por mediación de las dos parejas de cuñas, un plano inclinado por el que subir el carromato.

El gordo vendedor de cacahuetes me dirigía una mirada de atención. De pronto, de mutuo acuerdo, daba una voz y,

ambos, con simultáneo impulso, igual brío y acometida, empujábamos el vetusto y pesado carricoche, procurando que, tanto las ruedas delanteras como las posteriores, acertaran a pasar por el camino de madera de las cuñas hasta que, sin rendir el esfuerzo, alcanzábamos subir la carga rodante y encajonada, en la entrada de la vivienda.

El carrito, ruidosamente, rodaba por las baldosas coloradas del piso de la pequeña y vacía tienda. Lo deteníamos respirando jadeantes y, al mismo tiempo, satisfechos.

Entonces, el vendedor de cacahuetes me daba a elegir entre su variada y sabrosa mercancía de la que yo prefería el refrescante sabor de los altramuces. Adelantaba las dos manos formando cuenco y él, con gesto magnificante y pródigo, me regalaba, llenándome las manos de altramuces, en tanto yo sonreía dichoso. Nos despedíamos hasta el domingo próximo como dos buenos amigos.

Llegué a tratar tanto con él, de día festivo al siguiente, que se consolidó entre ambos una sólida camaradería, guardando siempre, por su parte, el respeto y consideración a mi joven edad, y yo, a la suya, tan avanzada.

A veces, me hablaba de sus cosas. Así fue como me enteré que la mujer, vestida de negro y pañuelo en la cabeza del mismo color, que se sentaba detrás de la puerta de cristales, protegida de toda innoble curiosidad por el visillo del vidrio, era su esposa y, desde hacía algunos años, invidente. Se

había quedado ciega y, mi amigo, el vendedor de cacahuetes, me confesó que no quedaba esperanza alguna de que recobrarla la vista. Movía dolido y resignado la cabeza y luego, como para consolarse y en un tono de voz que era un elogio a su compañera invidente, se sentía muy orgulloso de que en tal lamentable estado, su esposa realizara lo mismo las faenas de la casa: lavaba, cocinaba, trasladaba los utensilios de un lado a otro sin errores y, además, por el oído afinado en su triste adaptación, comprendía muchas cosas de las que estaba llevando a cabo su marido y le hablaba con la misma naturalidad que cuando no había todavía perdido el precioso sentido de la vista.

Y, él, con la voz queda, me confiaba que, como más tiempo transcurría, más todavía la amaba y se sentía identificado con ella. Yo no sabía qué responderle. Sólo le miraba y escuchábale conmovido. Sentía un gran afecto por mi amigo, el vendedor de cacahuetes que me hablaba, posiblemente, como si yo no fuese un chiquillo y quizá también, con más descansada confianza que a otros de mayor edad, lo mismo que si me considerase su mejor amigo.

En adelante, cuando en alguna ocasión, por indicación suya, tuve que ir a su casa para llevarle a cabo algún encargo del que él no podía cuidar y vi a su esposa sentada en una silla de enea, cerca de la puerta de cristales, le daba los buenos días con la voz intimidada.

Al mirar su rostro sereno y resignado, sus cejas arqueadas

con placidez, bajo la frente rodeada por el nimbo del pañuelo negro, parecía que me sonreía suavemente...

En la misma fábrica trabé amistad con otro muchacho de mis años. Se llamaba Liberto Sarrau.

En ocasiones nos colocaban de pareja en la máquina de golpear las madejas aprestadas, en la sala de cepillarlas. La sección estaba totalmente servida por muchachos de mi edad.

El encargado, un hombre alto y delgado, flaco, de grandes bigotes y pelo cortado en cepillo y entrecano, iba de un lado a otro, a su vez trabajando y sin descuidar la marcha de la producción.

Apenas hablaba, a menos que fuese para dar órdenes. Sus ojos pequeños y grises no se quitaban de los que estaban trabajando.

Cuando reprendía, a grandes voces, su rostro simulaba una severidad que no correspondía a su verdadero carácter, tal como la mirada a veces comprensiva desmentía la irritación de sus gritos.

La nave de trabajo era penumbrosa. En el aire flotaba una neblina de polvillo de fibras de algodón y almidón pulverizados que había sido desprendido por los cepillos fregando incesantemente las madejas.

El recinto contaba con dos pequeñas ventanas situadas a bastante altura en el muro. La escasa claridad del exterior era filtrada por los vidrios sucios cuya superficie estaba cubierta de una pasta sólida y negra –como también alrededor del marco de la ventana–, formada por una capa de polvillo de algodón renegrido por el paso del tiempo.

En los días de lluvia, la oscuridad era tanta dentro de la nave que era preciso encender las bombillas de luz amarillenta que, sin pantalla, colgaban desnudas de los hilos eléctricos negros de suciedad. Todo colaboraba, en aquel conjunto ambiental, en sordidez, atmósfera desagradable, inhóspita y hostil.

Liberto Sarrau era del mismo barrio obrero del Clot y había sido educado en la escuela moderna dirigida por el maestro Juan Puig Elias seguidor de Ferrer y Guardia.

Puig Elias era un hombre todavía joven, de elevada estatura, porte distinguido y suaves modales y maneras. Siempre correctísimamente vestido –preferentemente de gris– era de agradable trato, pausado en sus andares, el pelo rizado, abundante y espeso, muy negro como la sedosa barba, brillante y bien cuidada. Estaba unido a su esposa llamada Roca y tenían una hija de pelo color de miel, dividido en dos largas trenzas caídas a su espalda que se llamaba Libertad. Con ellos, ahijada, convivía una jovencita que se llamaba Ildia y un hijo varón de nombre Germinal. A diario, a la salida de la escuela de «La Farigola», situada en el piso

superior del local del Sindicato, el maestro Puig Elias, acompañado de sus hijos pasaba por la calle Montaña, camino de su casa, en el Guinardó.

Mientras trabajábamos y cuando el encargado no lo advertía, hablaba vivamente con Sarrau el cual me iba revelando muchas cosas relacionadas con el mundo obrero, las cuales yo desconocía.

En cierta ocasión le pregunté a qué se dedicaba su padre. Con gran sorpresa de mi parte me respondió, con naturalidad, que su padre era director de un periódico. Pensé, inmediatamente, que debía tratarse de una persona muy culta y así se lo dije a Liberto Sarrau, pero, éste, me aclaró, mientras colocaba una nueva madeja en la máquina: «Mi padre es un obrero como otro cualquiera. Figura como director del periódico para cuando hay alguna sanción gubernativa para quien dirige el periódico. En tal caso, mi padre va a la cárcel, en lugar del verdadero responsable que sigue en libertad dirigiendo el periódico. Mi padre no vacila en dar la cara por la organización. Cuando sale en libertad, entonces, vuelve a su puesto de trabajo.» No supe qué responderle y reflexioné sobre lo que me había contado y en el temple de carácter y generosidad del padre de Sarrau a quien no conocía.

Otro día, le pregunté a Sarrau a qué pensaba dedicarse o a qué aspiraba ser cuando llegase a hombre hecho y derecho. Me miró como sorprendido de la pregunta. También, en esta

ocasión, detuvo la máquina y me contestó con aplomo y sin jactancia pero, con manifiesta conciencia de lo que afirmaba: «Sólo quiero ser un obrero.» Tampoco aquella vez atiné a contestarle. Reconocí, en mi fuero interno, que la respuesta no podía ser más sencilla ni aleccionadora.

Liberto Sarrau era un muchacho delgado, de rostro cetrino, de cuerpo enjuto, delgado y cara angulosa, con los ojos muy negros, brillantes y de gran fijeza. Su pelo era prieto y rizado, echado hacia atrás. En muchas ocasiones sonreía irónicamente por las comisuras de los labios delgados, un poco burlonamente.

Cuando, debido a su edad y, por tanto, a que se le debía sindicar y aumentar la semanada tres pesetas, puesto que ya había cumplido los diecisiete años, se despidió a Sánchez, mi compañero Sarrau me sorprendió de nuevo, cuando decidió por cuenta de todos los aprendices: «Esto se acabó. Si no readmiten a Sánchez, los demás nos declararemos en huelga.»

Así quedó determinado por general unanimidad de todos los chiquillos aprendices. Como el señor Mercader no tuvo para nada en cuenta la amenaza de la chiquillería, Sánchez fue despedido.

Tampoco Sarrau se echó atrás y mandó que la huelga se llevase a cabo desde el mismo día en prueba de solidaridad con el compañero aprendiz que había sido despedido.

Al día siguiente, cuando las sirenas se acallaron dando el último toque de las ocho de la mañana, comenzando la jornada de trabajo, ninguno de los aprendices agrupados en las cercanías de la puerta de la fábrica, entró a ésta.

Aguardamos en el exterior, formando un piquete abigarrado de chiquillos, vigilando que ninguno rompiera la determinación de la mayoría. Pero ni uno solo entró a trabajar. No sólo fue por la mentalización del acto sino, porque, además, a todos los aprendices les parecía de maravilla un pretexto como aquel que les daba ocasión de estar al aire libremente sin verse, como todos los días, obligados a meterse dentro del encierro hostil de la fábrica. «El Chinito» era de los que se mostraba más alegre.

Nos causó gran divertimento, cuando vimos salir a dos de los operarios calzando zuecos, en busca de agua a la fuente, llevando los enormes botijos de madera en cada mano, trabajo que corría solamente a cargo de los chiquillos ya que los hombres consideraban tal menester como impropio de su edad y categoría profesional.

Tres o cuatro muchachos, favorecidos por la distancia, reíanse a grandes carcajadas mientras los hombres con gesto malhumorado llenaban los cántaros en la fuente, considerándose humillados en la realización de aquel sencillo menester tan natural.

Sarrau escribió una nota a «Solidaridad Obrera» notificando a los lectores que los aprendices de la fábrica Mercader, del Clot, holgaban como protesta por el despido improcedente e injusto de un aprendiz, explicando sucintamente las causas. A la mañana siguiente nos mostró, con gran regocijo de todos, la noticia aparecida en la «Soli». Los aprendices de huelguistas se sintieron prestigiados y fortalecidos.

La huelga duró cinco días. Sánchez no fue readmitido y después de despedirse de todos muy agradecido por nuestro comportamiento, desapareció para siempre de nuestras vidas, yendo en busca de trabajo en donde lo hubiera para él.

Volvimos a entrar en la fábrica y ocupamos de nuevo nuestro puesto. Todo, naturalmente, siguió lo mismo que antes.

Entonces, Sarrau, escribió una novelita relatando la aventura de la huelga de los aprendices. Se titulaba «Rebeldía vivida». Cuando la tuvo terminada se la llevó a Federico Urales, el padre de Federica Montseny que vivía en el Clot, en la calle Escornalbou. La leyó la esposa de Urales, Soledad Gustavo y fue ésta quien hizo que su esposo la publicase en la colección popular «La Novela Ideal», publicación semanal que alcanzaba tiradas de 50.000 ejemplares.

Tan pronto Liberto Sarrau, tuvo en sus manos uno de los ejemplares de su novelita publicada, me lo mostró con natural alegría.

La huelga, pues, no había sido totalmente ineficaz. Había servido para demostrarle a un muchacho la importancia de la solidaridad entre las personas y para que, aquel otro muchacho que la había decidido, se revelara, indudablemente en su primer aprendizaje, como escritor en ciernes,

V

Los días eran, a medida que el tiempo iba transcurriendo, más difíciles y agitados. Se advertía en el curso de la vida cotidiana un nerviosismo latente, un pulso febril y desigual por excitado.

Una tarde, al final del trayecto del tranvía de la línea 60, a la altura de la calle Rogent, subieron dos hombres armados con pistolas y obligaron al conductor y al cobrador del vehículo a que se apearan. Los dos empleados de la Compañía obedecieron.

Inmediatamente, con gran rapidez en su acción, un tercer hombre cruzó la calzada y arrojó una botella taponada con un trapo encendido, al interior del transporte por una de sus ventanas.

Oyóse el estallido del frasco de vidrio y al mismo tiempo la

vaharada de la gasolina en llamas al ser escupida de su continente. En un momento, las llamas prendieron en el vehículo público convirtiéndolo en pasto del fuego.

Cuando los transeúntes se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, el transporte urbano estaba abrasado por lenguas de fuego.

El público rodeaba a distancia prudencial el siniestro mirando el espectáculo de aquella hoguera. Alguien corrió a dar aviso a los bomberos. Al poco, pero cuando ya el fuego brotaba ventanas arriba lamiendo el techo del tranvía y rodeaba el trole, se oyó procedente del extremo de la calle, acercándose más y más, los toques incesantes de la campana del coche de los bomberos. Apareció raudo y espectacular el gran coche rojo.

La expectación cundió entre los curiosos, todos arrimados al otro lado de la calzada, fuera del alcance de la combustión. El voluminoso coche rojo frenó, cargada sobre su espalda la larga escalera plegada.

Los bomberos, protegidas las cabezas con sus cascos negros, adornados con una pieza de refuerzo superior que parecía un plátano de oro, saltaron con presteza del vehículo y corrieron a enchufar las mangas en las bocas de riego. Dieron paso al agua.

A presión y a chorro vivo, se proyectó el líquido disparado

sobre el tranvía en llamas, abofeteando vigorosamente las lenguas de fuego que lo envolvían como banderas rojas agitadas e insaciables en su furia.

El tranvía parecía un ser vivo debatiéndose entre las llamas que lo devoraban implacablemente. Crujía la madera, quejándose; habían saltado en añicos los cristales de sus amplias ventanas y sus fragmentos estaban desparramados alrededor, en la calzada y entre las vías y las ruedas. El trole del vehículo, salido del cable de energía, parecía la pata de unas gafas enormes. El número que indicaba la línea y el trayecto a los usuarios, pintado en negro y blanco, había saltado de donde estuvo encajonado y aparecía abierto como un ojo dramático.

Las mangas de riego trazaban furiosos abanicos de agua; dibujaban y desdibujaban arabescos cambiantes en sus giros. Por el suelo de la calle corría abundante el agua derramada, sucia de fragmentos de pequeños trozos de madera carbonizada.

De súbito, al mover la manga, uno de los bomberos fue alcanzado en pleno rostro por el potente chorro. Al golpe trastabilló llevándose las dos manos a la cara dolorida, tambaleándose como ebrio. Los otros compañeros corrieron a prestarle ayuda y le sostuvieron en pie. Tan intenso era el dolor que el chorro de agua le había causado. Lo alejaron del lugar del siniestro y le asistieron.

Por fin, el siniestro fue sofocado. Cortaron el agua, desenchufaron las mangas, las recogieron arrollándolas y, subiéronse al coche rojo, a cada lado de la escalera, en los bancos de asiento dispuestos para ellos. Uno de sentado junto al conductor, al punto en que el auto emprendía de nuevo la marcha, prestado el servicio, comenzó a agitar la campana dorada que sonaba en el aire con su voz sonora de alarma inquietando a todos cuantos en el barrio la oyeron.

El tranvía quedó quemado, mojados de agua sus restos quemados y trozos de madera carbonizados. En silencio y con curiosidad, la gente se había acercado más y observaba todos los detalles del siniestro.

Poco después llegó otro tranvía y se llevó a remolque a las cocheras al que había sido destruido.

La gente fue abandonando el lugar del suceso. En todos los rostros, sin embargo, había un reflejo de las llamas que profetizaban otras no lejanas, más poderosas y trágicas que convertirían a toda la nación en un mismo incendio.

* * *

Toda la personalidad de José Ardenas, de oficio mecánico ajustador y anarquista de ideas, se centraba en el fulgor de sus ojos, redondos como botones y, con una movilidad atenta e inteligente que percibía los pensamientos de con quien hablaba.

Cuando Ardenas sonreía, sus dientes blancos le rejuvenecían. Era muy aficionado a la lectura. Al explicar alguna cosa, se acompañaba del movimiento de las manos en las que los dedos, largos, espatulados y robustos, nacían de las palmas de las manos anchas y planas, acostumbradas desde niño al contacto con los metales y después a manejar una lima de grano grueso. Tenía mucha fuerza en ellas y, a cada paso de lima por una pieza de hierro, la herramienta manejada se comía el metal como si se tratara de madera y las partículas se desprendían como abundante serrín.

En tantos años de darle a la lima, en la frente de José Ardenas se habían cincelado voluntariosos surcos y un ceño vertical tan obstinado como era su empeño de dominar el acero a la exigencia de la medida exacta del tornillo micrométrico.

Ardenas era inteligente sin demostrarlo, sencillo, grave, y su mayor placer la lectura de libros que alumbraran su existencia y educasen su sensibilidad e inteligencia.

Conocí a Ardenas un mediodía. Le hallé sentado en tierra, apoyado de espaldas al muro del taller recibiendo el calor del sol. Había terminado de comer, pues todavía estaba a su lado la fiambarrera vacía junto a la cartera de mano en la que acostumbraba llevarla. Pero, en aquellos momentos, Ardenas sentado en el suelo y apoyado en la pared al calor del sol, estaba leyendo un libro.

Puede que jamás hubiese llegado a tratarle a no ser que, en aquel instante preciso, ensimismado como estaba en la lectura, prorrumpió en una alegre carcajada. Me detuve, mirándole sorprendido. Al quitar la vista de las páginas del libro se encontró que le estaba mirando curiosamente. Entonces, dejó de reírse, mostró el libro causa de su risa y me preguntó, amistoso:

–Dime, muchacho, ¿imaginas acaso que estoy loco porque leyendo este libro he soltado la risa?

Nada repuse. Seguía mirándole con atención. Prosiguió, reflexivamente:

–Hay libros que alegran el espíritu y, con sus ingeniosidades, lo enaltecen y otros que causan tanta pena que nos hacen llorar.

Yo seguí sin decir nada. Me mostró de nuevo el que retenía en la mano, indicándome:

–Éste, a veces hace reír y, otras conmueve y obliga a pensar. Se llama «El lazarrillo de Tormes». ¿Lo has leído?

Le dije que no, con la cabeza. Entonces, Ardenas, me invitó:

–Acércate, Siéntate a mi lado y escucha lo que voy a leerte. Verás cuán divertido y hermoso es.

Me aproximé hasta encontrarme ante él. Insistió, amistoso:

–Siéntate.

Lo hice frente a él. Me miró atentamente y luego comenzó a leer a media voz y sin prisas. Era, la suya, una voz grave y suave al mismo tiempo. Sabía dar el sentido requerido a cada frase y puntuaba con breves espacios de silencio, según era menester. Comenzó a leerme el pasaje aquél en que el lazarillo y el ciego cómense, mano a mano, el racimo de uvas.

Mientras iba leyendo, Ardenas procuraba que la sonrisa no entorpeciera sus palabras impidiendo al oyente darse cuenta cabal de la escena descrita. Al terminar me miró. Vio que, a mi vez, sonreía, todavía cautivado por la narración inolvidable. Ardenas, me preguntó:

–¿Te ha gustado?... Bien, bien. Ahora, muchacho, prosigue tu camino. Pero..., si mañana te parece, puedes volver. Te leeré otras páginas de este libro maravilloso.

Me puse en pie, despidiéndome y aceptando:

–Hasta mañana.

Cuando ya había dado unos pasos, me llamó para saber:

–¿Cómo te llamas?

–Juan.

–Yo, José Ardenas–. Y convino: –Hasta mañana.

Así fue como conocí a José Ardenas, mecánico ajustador de oficio y de ideas ácratas como en su trato posterior tuve ocasión de ir comprendiendo. Una vez, al cabo de mucho tiempo que nos conocíamos, me refirió:

–Jamás me ha gustado mandar sobre los demás, Juan. Siempre he sido así. Sin embargo, no falta quien lo que más ambiciona y le satisface en la vida es tener mando. No lo quiero para mí y te aconsejo que, en esto, sigas mi consejo. Mandar es tener poder pero, el poder corrompe al que lo desempeña si no es hombre cabal y sereno. Hay malas gentes que siempre rodean al que aceptó el poder y le engañan y halagan para perderle. No quieras aceptar, por agrado del mismo, la difícil responsabilidad de decidir sobre el destino de los demás sin su consentimiento voluntario. Aconseja mas no obligues a modificar el comportamiento a nadie. Te burlarán en cuanto puedan. Cada hombre tiene su maduración. A nadie se puede obligar a nada. Podrías, de obstinarte, dominar, doblegar y hasta destruir el aspecto físico de las cosas y los seres, pero jamás al alma contra su voluntad.

Hizo una pausa, me miró pensativo y prosiguió como si pensara en voz alta:

–Por mi parte, sé que soy un obrero y no me he avergonzado jamás de serlo. Me daría vergüenza ser un mal operario. Soy, como te digo, un obrero, por lo mismo, si me salgo de lo que soy y no he de dejar de ser, pierdo mi auténtico centro de gravedad. Soy un trabajador como otros tantos cientos de miles, ¿lo entiendes? y te digo que la grandeza del trabajo que cualquiera lleve a cabo se vuelve miserable y desvanece, si no siente amor a lo que realiza en la vida o, envidia, por creer más lucrativo, aquello que otro lleva a cabo. El precio, en dinero, que se paga por el trabajo es solamente un signo corruptor del auténtico valor y del sentido de toda obra comunitaria.

»No existe motivo verdadero que justifique el erróneo orgullo del más inteligente, ni tampoco justificación de desventura, ni menosprecio del más torpe, pues nadie puede envanecerse de su hermosura, ni tampoco ser responsable de fealdad por ser, lo que damos en llamar belleza, obra de la Naturaleza y, el defecto, también azar de la misma. Lo mismo la inteligencia.

De tal manera me confiaba, a veces, su manera de sentir y pensar y, cuando así lo hacía, jamás se mostraba seguro de ser poseedor de la verdad, sino que repetíame que la que consideraba como su verdad era aquella que, según su manera de ser y los alcances de sus luces naturales, consideraba afín a su manera de interpretar la vida.

Las pupilas, pequeñas y fulgurantes, le otorgaban una

juventud interior que no se había malogrado como la del cuerpo y que constituía su personal identidad.

–Juan –decíame, calmo y sereno–, al hombre le causa vergüenza la pobreza y la teme y huye de ella, si le es posible, porque es sinónimo de necesidad y desamparo en un mundo que sólo respeta el dinero y, en consecuencia al que más posee.

»Bueno será advertirte –prosiguió–, que el ser pobre debe ser credencial de honestidad y no motivo de sonrojo sino, por el contrario, el fundado orgullo pues el tener obliga a muchas prevenciones y, la primera, es el despertar la desconfianza hacia los demás hombres, próximos y lejanos.

»Este miedo de perder lo que por temor a las adversidades de la existencia, se retiene, fue origen y desarrollo de tantas tiranías, Santas Hermandades, calabozos, prisiones y mamorras, en las que se molieron y quebrantaron los huesos a tantos desheredados que, sueltos y sobrados de resentimientos y desviados por éstos, se lanzaron a robar a los que poseían, engañados a su vez en la creencia de que el poseer es fuente de bienandanzas. Pero, tanto es el ciego tesón y dureza de los que andan más que sobrados que, por guardarlo a buen recaudo todo, dieron mucho trabajo a herreros, carpinteros, los cuales construyeron horcas y patíbulos, máquinas suplicadoras, donde el torcido ingenio de otros, no menos ambiciosos de dinero, demostró que la perversidad es pródiga en malvados propósitos y mezquina en

buenas acciones. Todo porque, a muchos, el no tener y ambicionar, da crecimiento a los dedos, despierta el rencor de los necios y las intenciones de robo, primo hermano del crimen. No quieras ser rico jamás, Juan.

Te verás solicitado sin que sea por el posible atractivo de tus dotes morales, sino por el señuelo de tu dinero y, son tan hábiles los humanos en la hipócrita simulación, que conseguirán persuadirte, primero con mucho agrado de tu parte, y luego convencerte, de que eres mejor y distinto a los demás hombres y que, por tu diferenciación, eres un hijo privilegiado de la Naturaleza. Por tanto, evita ser una máscara de ti mismo porque los pinceles son los del halago y de la soberbia.

Sé honesto, que es lo que importa; pobre, no mísero, pero consciente de tu sobriedad que lo es al mismo tiempo de tu relativa libertad humana. Tampoco la sencillez de tu existencia y la aceptación de ser como eres, por propia estimación y dignidad, te librarán del sufrimiento que suele causar la necesidad de nuestros semejantes en su falsa valoración de la existencia pero, estima por encima de todo, tu propia honrada opinión, siempre acorde con los dictados de la bondad de corazón y de tu inteligencia y serás lo más parecido a un aprendiz de hombre.

»Ya sé que en el tiempo presente, la pobreza, como siempre fue, es un abrigo o una capa llena de agujeros; mas si comes parcamente, según tu necesidad, no padecerás las

enfermedades derivadas de la gula; te librarás de los desvelos que causa el engañoso dinero, pues ¿para qué se quiere éste, si no es para gozarlo consigo mismo y tal disfrute se cifra en el contentamiento de los sentidos del cuerpo que, con tanto mimo se acobarda y al mismo tiempo se echa a perder y, en consecuencia, obliga a cuidados que son tanto más costosos en gastos porque los médicos auxilian, sin apenas beneficio, a quien nada pueden cobrar, pero se compensan con creces en aquellos otros que andan muy sobrados y, en justa balanza de equidad, empobrecen al que mucho tiene, le someten a dieta, como si fuera el más desvalido e infortunado de los menesterosos y, algunas veces, con el rigor de las abstinencias, se curan y fortalecen por haber sometido su cuerpo a las mismas privaciones o frugal alimentación de aquellos que carecen de dinero.

»¿Te das cuenta, Juan? Tu mayor riqueza será tu tiempo de existencia que, aún siendo prolongada es siempre pasajera y breve. Debes tener cuidado: querrán comprarte el tiempo de tu vida –que es el único tesoro que todo humano posee–, a cambio de lo más posible o en relación al precio a que te valoren.

No dejes que sobornen tu vida con el cuidado de negocios que te son ajenos. El negocio más importante, para todo hombre, es su propia vida y su único talento verdadero aquel que invierte en saber desenvolverla de acuerdo para ser hombre más acabado.

No te deseo, Juan, que mueras a la edad de ochenta años, siendo todavía un niño: aprende, antes de morir, a ser aprendiz de hombre.

Tal era José Ardenas, mecánico ajustador, en el tiempo que le conocí en vida. Años después, terminada la guerra de España, supe también cómo había fallecido.

VI

A diario, como de costumbre, acudía a la fábrica. Se notaba, creciente, una psicosis colectiva de exaltación que era como una epidemia invisible que sólo se detectaba en las discusiones políticas de los obreros cuando se cambiaban de ropa en la sala de estampados.

Algo grandioso y terrible se avecinaba con los días, más y más. Era como la sensación indefinible de la proximidad de una tormenta que enrarecía el aire saturándolo de electricidad. Todos hablaban de que algo iba a ocurrir pero sin plena conciencia de los daños que iba a desencadenar. Nadie se estremecía ni siquiera sospechaba las imprevistas dimensiones de los sucesos, lo mismo que si el caudal de la furia del río, saliéndose de madre, tuviese que asolar tan solo a otros hogares, por ajenos indiferentes. Siempre el hombre piensa que es otro hombre quien tiene que morir.

Solamente Pineda era consciente de lo que aquello representaba. Con palabra dura y obstinada, concluyente y firme, anunciaba el pronto y rotundo enfrentamiento entre dos fuerzas opuestas: la clase obrera y el egoísmo ciego de los patronos.

Uno de aquellos días del mes de julio, encontré a Pasanau y me dijo que su padre, cada noche, después de la cena en familia, salía armado de su casa y regresaba a avanzadas horas de la noche, porque efectuaba vigilancias nocturnas, pues se esperaba en breve una rebelión armada del Ejército. Se temía que, de un día a otro, ocurrieran hechos irremediables en todo el país.

En la mañana del martes 14 de julio, al entrar en la fábrica, vi a Goñi, el fogonero, en la puerta del cuarto de la caldera. Tenía en la mano «La Soli» y, de súbito, con el rostro asombrado, agitó el periódico mostrándoselo a los obreros que cruzando el patio de la fábrica iban camino de las secciones. Gritó: «¡Han asesinado a Calvo Sotelo!»

Los obreros detuvieron el paso y se quedaron mirando a Goñi, el fogonero, con idéntico estupor al suyo. Luego, se les enfosqueció el rostro a algunos de ellos y otro masculló unas palabras entre dientes, reanudando el paso cada uno hacia la nave para desvestirse.

Cuando entré en la sala de estampados, las voces eran altas y tensas y, entre los gestos crispados, Agustín, cachan-

dosamente, anunció que se avecinaban cosas muy gordas. Pineda, a su lado, sentado en el banco se calzaba los zuecos pero no decía una palabra. Su rostro estaba más pálido que de costumbre.

Pineda se puso en pie, soltó un taco y, sin más, se encaminó al tinte, porque, en aquel momento, en el cuarto de la caldera, Goñi dio un largo tirón de la cuerda del silbato y rasgó el aire con sonido estridente el último toque de las ocho en punto que indicaba a todos la reanudación del trabajo interrumpido desde el día anterior. La jornada comenzaba de nuevo.

* * *

La tarde del 17 de julio, cuando los obreros salían por la puerta de la fábrica, un militante de la Confederación repartió un manifiesto alertando a los trabajadores del inminente golpe militar que se temía.

Goñi asomó a la puerta. Rudo el gesto de su brazo adelantado y la voz bronca, pidió al repartidor:

–¡Uno para mí, compañero!

Cogió el papel y lo leyó comiéndoselo con los ojos. Los demás se detenían en grupos o individualmente leyendo el impreso con expresiones en los rostros que iban desde la inquietud a la incertidumbre o el encono. Hablaban entre

ellos en voz baja y acento apasionado. Con los andares presurosos se fueron alejando cada cual camino de su casa.

Por la noche, en «La Farigola» se comentaba en los grupos de la militancia que el Comité Nacional de la Confederación, en principio, había pensado que el manifiesto de alarma apareciera el día siguiente 18, en «La Solidaridad Obrera» pero, debido a la gravedad de los acontecimientos que se precipitaban aceleradamente, decidióse que el manifiesto se imprimiera inmediatamente y que, por mediación de distribuidores personales, se repartiera a mano en las puertas de las fábricas.

Las consignas dadas por la CNT y la FAI, eran terminantes, conminando a todos sus afiliados a obedecer las instrucciones que, en el momento decisivo, partieran del Comité Nacional de la CNT y de la Federación Anarquista (FAI).

La CNT contaba con unos 400.000 afiliados y Barcelona constituía un área laboral en la que el 60 por ciento de la población trabajadora pertenecía a dicho sindicato a la vez que muchos de sus afiliados lo eran también de las otras dos ramas del denominado Movimiento Libertario, la Federación Anarquista, fundada en 1927, en Valencia y a las Juventudes Libertarias. En algunos ramos, como el de la Construcción, obreros portuarios y el Fabril y Textil, la CNT contaba con el 80 por ciento de los trabajadores.

Con bastante anterioridad al 18 de julio, se habían creado en el seno de los mismos cuarteles, Comités Antimilitaristas clandestinos, cuya misión específica constituía el espionaje de los mandos, clasificación política de la oficialidad, observación de toda clase de reuniones y movimientos de armamento. Las informaciones eran transmitidas desde los acuartelamientos de las distintas Armas, hasta el perfecto conocimiento del Comité Nacional de la CNT. Lo mismo, en Teléfonos y Telégrafos se disponía de personal que captaba todas aquellas comunicaciones que podían ser de interés para la Organización obrera anarcosindicalista.

La CNT había elegido desde el 17 de julio, tres puntos claves desde los cuales dirigir a las masas una vez se hubieran lanzado a la calle.

Los tres locales elegidos fueron los correspondientes al Sindicato de la Construcción, Transporte y Metalurgia, en la Rambla de Santa Mónica barcelonesa, parte de dicho paseo más cercano al puerto.

Al día siguiente 18, todavía por la mañana, sonaron las sirenas de las fábricas en los barrios de la ciudad y las chimeneas extendieron en el azul sus banderas de humo. Esta vez no eran los oscuros penachos, símbolos del trabajo sino de negros crespones de luto por los días y años de lucha que se avecinaban y nadie sospechaba. Flotaba en la atmósfera un aliento de tragedia que ya era del todo inevitable. Al mediodía, cumpliéndose las normas de la semana inglesa de

trabajo, sonaron las sirenas y los silbatos interrumpiendo el trabajo hasta el lunes de la semana siguiente. Las fábricas y talleres en toda la ciudad, cerraron sus puertas.

Por la tarde, en los centros políticos de todas las tendencias y bares del Clot, San Andrés, Sants, y en los mismos cafés del centro de la ciudad, las conversaciones eran vivas, las palabras sonaban con frecuencia airadas o bajas y solapadamente. Los hombres miraban con cautela o lanzaban miradas llameantes.

A las nueve de la noche de aquel sábado, 18 de julio, el Presidente Companys, accedió a una entrevista con el Comité de Enlace de la CNT–FAI, cuyos representantes pidieron al Presidente que se facilitara armas a las masas obreras para defender a la República. La demanda fue denegada. El Presidente se negó a ello, argumentando que no se disponía de otras armas que las que poseía la guardia de Asalto. Unas horas más tarde, la negativa era comunicada en una reunión plenaria a la que se había convocado a todos los militantes.

La postura de la Generalidad, así como la de la CNT y la UGT y de todos los partidos del llamado Frente Popular no era otra que la de la expectación, la espera y la incertidumbre respecto a la actividad que tomaría en el momento decisivo, la Guardia Civil cuya postura podía resultar decisiva para el triunfo de la insurrección si se sumaba al alzamiento militar.

En el café Pay–Pay, de la Brecha de San Pedro, Francisco

Ascaso Budria, con García Oliver, trataban de calmar a los militantes que reclamaban armas.

Lo mismo estaba ocurriendo en el Comité Regional, donde la masa obrera se mostraba exasperada e incontenible, con griterío ensordecedor. Durruti, sentado en una silla, soportaba las molestias postoperatorias de la doble hernia que le había sido intervenida unas semanas antes, mientras prestaba atención a las informaciones de los mineros de Fígols que de exprofeso se habían trasladado a Barcelona para recibir instrucciones. El griterío a su alrededor, dentro de la sala era terrible. En esto, Durruti se puso en pie y con un gesto del brazo impuso silencio a todos, decidiendo la cuestión con voz recia y ademán concluyente. Enmudecieron todos cuando gritó determinando la situación tajantemente: «¡Compañeros: no hay armas! ¡Habrán que quitárselas con las uñas y los dientes a los que las tengan! ¡No existe, de momento, otra manera de hacerse con ellas! ¡Esta vez, la lucha será a muerte...! ¡Ellos o nosotros!»

Dio la medianoche, dándose tránsito al 19 de julio del año 1936. Hacia las dos de la mañana, de nuevo la CNT mandó a dos de sus miembros, Buenaventura Durruti y García Oliver a la Jefatura de Policía de la Vía Layetana para exigir del señor Escofet que desarmara a la mitad de la guardia de Asalto y entregase su armamento a los obreros. Escofet, jefe de la policía, se negó totalmente a tal pretensión.

Las horas iban transcurriendo; el nerviosismo al mismo

tiempo, aumentaba. La preocupación más acuciante para los dirigentes de los partidos y de las sindicales consistía en la obtención de armas, agravada, además, por el desconocimiento de cuál sería la actitud que tomaría la Guardia Civil. Eran las fuerzas de este Cuerpo, poseedoras de una gran combatividad y dureza en las luchas callejeras en las que estaban muy experimentadas, condiciones sobradamente conocidas y valoradas por los dirigentes obreros.

Se dio la orden de asaltar las armerías con objeto de proveerse de escopetas de caza y pistolas, pero el botín resultaba a todas luces menguado para colmar las necesidades. De repente, un marino, llamado Juan Yagüe, encabezando grupos de paisanos se dirigió con éstos al Puerto de Barcelona y en una rápida e inesperada acción abordaron los mercantes «Marqués de Comillas» y «Magallanes» reuniendo entre los dos barcos, unos 150 fusiles y una docena de pistolas, armas que, después, fueron distribuidas en el Sindicato del Transporte y el de la Construcción.

El jefe de la guardia del Puerto comunicó inmediatamente a Gobernación el insólito e ilegal asalto que se había perpetrado en los dos mercantes. Acto seguido el consejero de Gobernación ordenó al jefe de policía, señor Escofet, la recuperación de las armas logradas en el saqueo. El jefe de policía envió en seguida una compañía de guardias de Asalto al sindicato del Transporte con la misión de recobrar las armas y devolverlas a su punto de procedencia.

El sindicato fue acordonado por la Compañía de guardias de Asalto. Su capitán penetró en el edificio exigiendo la devolución del armamento saqueado. Los obreros se negaron obstinadamente a que las armas fueran devueltas pues opinaban que dentro de muy poco las iban a menester. El capitán no podía atender a ninguna clase de argumentación. Se le había dado una orden que consistía, taxativamente, en que recobrase las armas robadas y debía hacerse con ellas. En el exterior aguardaba la Compañía de Asalto, armada. Por su parte, García Oliver calmaba a los obreros que se mostraban reacios a devolver el armamento con que se habían hecho. Tampoco los dirigentes consideraban conveniente llegar a un enfrentamiento con las fuerzas de orden público cuya colaboración les interesaba más que su hostilidad. Buenaventura Durruti habló con el capitán de Asalto en una de las habitaciones. Por fin llegó a un acuerdo con éste, ofreciendo devolver una docena de fusiles, que aseguró era cuanto habían conseguido apoderarse de los dos barcos. Indudablemente el capitán no creyó que fuesen tan pocos pero, puesto que no se le había indicado el número de armas que debía recuperar, se avino a aceptar la entrega y retirarse con sus hombres, como así se hizo.

En tanto, durante aquellas primeras horas que corrían del día 19 de julio, se levantaban barricadas en los puntos claves del centro de la ciudad, para oponer, en lo posible, resistencia a las tropas. En las barriadas obreras del Clot, San

Andrés, Pueblo Nuevo, Hostafranchs y Sants, había sido levantado el adoquinado de las calles, convirtiendo en verdaderos reductos defensivos las más importantes bocacalles pero, donde difícilmente las tropas llevarían a cabo el desenvolvimiento de la batalla de Barcelona que iba a desarrollarse en los puestos claves del centro urbano para tomar las dependencias oficiales y centros de comunicaciones con el resto de la península.

Hacia las cuatro y media de la mañana se corrió la noticia de que las tropas salían de sus respectivos cuarteles, partiendo de los mismos con objeto de llevar a cabo un plan previamente establecido para que en la distribución de las tropas compuestas por contingentes de diversas Armas en un total aproximado a los 10.000 soldados, la ciudad quedara materialmente dominada por el Ejército.

La población estaba, casi en su totalidad, entregada al sueño, pero un millar de obreros pertenecientes a la CNT y a diversos partidos del Frente Popular, así como a la sindical UGT estaban dispuestos a batirse con las tropas, a pesar de que la Generalidad se había mostrado reacia a entregarles armas, temiendo quizá tanto a la masa revolucionaria como a los militares alzados contra la República.

En tan críticas circunstancias, un oficial de la guardia de Asalto acompañó a Diego Abad de Santillán, al edificio de Gobernación descubriéndole un escondrijo donde se encon-

traban un centenar de pistolas y su correspondiente munición, armas que rápidamente fueron repartidas entre cuantos las reclamaban.

Ya eran casi las cinco de la madrugada cuando los guardias de Asalto, independientemente de orden alguna de sus superiores, entregaron a las masas sus pistolas quedándose ellos con los mosquetones. En aquellos momentos el Ejército estaba por las calles y avanzaba disciplinadamente por éstas camino de sus objetivos. Cada Regimiento seguía el itinerario prefijado de acuerdo con el movimiento conjunto de las otras fuerzas procedentes de sus respectivos cuarteles para tomar militarmente la ciudad.

Mientras tanto, grupos de obreros armados se habían apostado en las esquinas, en los tejados y azoteas y portales de las casas todavía dormidas, así como detrás de los árboles, con objeto de obstaculizar el avance de las tropas.

En «El Paralelo» (Avenida Marqués del Duero), frente a calle Rosal y Brecha de San Pablo y el popular café «Chicago», se había levantado una imponente barricada con los adoquines de la amplia calzada. Asimismo en el final de las Ramblas, no lejos del «CADCI», (Centro de Dependientes del Comercio y de la Industria), y de los sindicatos de la Construcción y Metalurgia en la Rambla de Santa Mónica. La batalla de Barcelona iba a dar comienzo. Eran las cinco de la mañana del día 19 de julio de 1936.

Los regimientos de Caballería de Montesa, acuartelados en la calle Tarragona, salieron avanzando sin obstáculos hasta alcanzar situarse en la plaza de España, en cuya amplia superficie instalaron sus baterías en abanico, formando tres líneas de tiro: una enfocada en dirección a Sants, la otra lateral hacia la carretera del Prat y la tercera en sentido opuesto enfocada hacia la calle Cortes Catalanas, en dirección a la Plaza Universidad.

Pero ya el movimiento de piezas artilleras y el emplazamiento de las mismas en la plaza, tuvo que realizarse bajo el fuego de grupos de paisanos armados que se encontraban apostados en diversos puntos con objeto de hostilizar a la tropa para impedir la fijación de la fuerza sobre el terreno urbano.

Inmediatamente, las baterías abrieron fuego y las ametralladoras distribuidas alrededor de la plaza circular en la que convergen distintas calles, comenzaron a disparar varias de ellas en dirección al «Paralelo» o Avenida Marqués del Duero, como réplica a la osadía de los francotiradores.

Frente al edificio de la Tenencia de Alcaldía de Hostafranchs, situada en una de las calles equivalentes a uno de los radios que parten de la plaza de España, se había levantado una barricada desde cuyo parapeto se disparaba a las fuerzas apostadas en la plaza de España. La distancia era mucha y por tanto las dianas invisibles prácticamente, por lo que los disparos de los paisanos apostados en la barricada

de adoquines, eran ciegos, no menos sin embargo, que las ráfagas de ametralladora de las máquinas de la tropa. Pero las balas ciegas también matan. Los disparos de los paisanos no tenían otro objeto que poner de manifiesto la oposición armada al posible avance de los soldados. Pero los disparos de los obuses de las baterías situadas en la plaza de España se imponían.

Uno de los cañonazos disparados contra la barricada hizo tiro largo y si bien no hizo blanco alcanzó mucho más allá a un grupo de hombres apostados en la esquina de la calle Riego. Estalló el proyectil despedazando los cuerpos de ocho de ellos y dejando heridos a otros once. Parte de la cabeza de una mujer salió despedida, arrancada por uno de los fragmentos de metralla, cayendo a unos sesenta metros de su cuerpo. En algunos balcones y en el ramaje de los árboles que orillaban la calle, quedaron colgantes restos humanos. Los disparos de la fusilería y el tableteo de las ametralladoras, como el tronar de las baterías en otras direcciones, se mezclaban con los lamentos de los heridos y las imprecaciones de los que desde la barricada disparaban. La noche, en tanto, iba quedando atrás; comenzaba el cielo a palidecer, con trágicas livideces en aquel 19 de julio, en Barcelona. Mientras, el tiroteo no cesaba, brotando desde los puntos más insospechados, algunos hombres se movían apresuradamente, trasladando a los alcanzados por las balas a las casas de socorro y dispensarios más cercanos.

En tanto la caballería de Montesa mantenía el fuego en la

plaza de España, el segundo escuadrón avanzó por «El Paralelo» con el propósito de ocupar la zona de la Brecha de la calle San Pablo, Las Atarazanas, donde se encontraba el cuartel de la Maestranza de Artillería y lograr, con la ocupación de la llamada Puerta de la Paz, la conexión con la Comandancia de Carabineros del Puerto, la Comandancia Militar situada al final de las Ramblas y el enlace con la Capitanía General, en el Paseo de Colón.

La parte correspondiente a la montaña de Montjuïc quedaría dominada por la guarnición del Castillo, consiguiéndose de tal manera imponerse en el sur de la ciudad, al converger desde el ala del Parque de la Ciudadela, las fuerzas del cuartel ubicado en dicha zona. Complementando los anteriores dispositivos militares, las demás fuerzas unidas al Alzamiento, partiendo de Pedralbes y la calle Numancia, ocuparían los puntos previstos en el plan, la plaza de Cataluña y Universidad rematando la ocupación militar del núcleo de la urbe.

Sin embargo, al quedar aislado el primer escuadrón de Montesa en la plaza de España, cada vez más hostilizado por el fuego de los paisanos, las fuerzas acusaron el efecto de las primeras bajas, heridos y muertos.

Algunos de los caballos que se habían utilizado para el movimiento de las piezas de artillería, alcanzados por las balas, yacían derribados y muertos en el suelo de la plaza o relinchaban despavoridos en tierra en tanto de sus heridas

salía la sangre a borbotones. A cada momento, la situación de la tropa era más grave, tiroteada desde todas partes y desde los puntos más insólitos por el paisanaje armado.

El primer escuadrón de Montesa, tiroteado a mansalva, acabó por abandonar las baterías, los heridos y muertos, así como los caballos, refugiándose en una precipitada retirada en el cuartel de la calle Tarragona, los pocos supervivientes que quedaban después de valerosa resistencia. La sangre de soldados y oficiales manchaba las calles y aceras. Las bajas en aquel sector habían sido numerosas.

El segundo escuadrón avanzando desde la plaza de España por «El Paralelo», no halló obstáculos en su avance hasta que vio interrumpida su marcha al llegar a las cercanías de la Brecha de San Pablo, hallando el paso cortado por la imponente barricada levantada frente al café «Chicago» por afiliados al sindicato de la Madera.

Inmediatamente se entabló una lucha feroz, hasta que la tropa consiguió tomar al asalto la barricada apoderándose de la misma y siendo emplazadas inmediatamente en ella varias ametralladoras que comenzaron a disparar tanto hacia la bocana de la calle San Pablo como hacia «El Paralelo», en dirección a Las Atarazanas y el Puerto.

Acto seguido, parte del escuadrón se dirigió, al mando de un capitán, al asalto del sindicato de la Madera, sito en la

calle Rosal, esquinada con el conocido «Molino» del «Paralelo». No lograron su objetivo, puesto que una cortina de proyectiles lo impedía. Retrocedieron al mismo tiempo que dejaban sobre el adoquinado algunos muertos y heridos, parapetándose en la barricada que habían tomado y a la que tampoco podían abandonar por serle difícil al escuadrón proseguir su avance por «El Paralelo» donde francotiradores invisibles tiroteaban incesantemente.

A su vez, el tercer escuadrón de Caballería de Montesa, también, como los anteriores mencionados, salido de los cuarteles de la calle Tarragona, había proseguido su itinerario desde la plaza de España avanzando por la calle Valencia sin novedad. Iba acompañado de una Compañía de falangistas voluntarios que se habían sumado al Alzamiento.

También, por la calle Urgel, en dirección a la calle Cortes Catalanas, descendía una Compañía de infantería que había salido de los cuarteles de Pedralbes, con la misión de acudir en ayuda de la Capitanía General, situada en el Paseo de Colón, frente al Puerto de Barcelona. Al mismo tiempo bajaba paralelamente a la calle por la que avanzaba la Compañía, un Regimiento por la de Aribau siendo el objetivo de estas fuerzas apoderarse de la Plaza Universidad, Cataluña y, una vez en ésta, del edificio de la Telefónica. Estas últimas fuerzas, empero, antes de alcanzar la plaza de la Universidad, fueron ya tiroteadas desde los tejados, los quicios de las puertas y las esquinas, por numerosos grupos de paisanos armados, obstaculizando su marcha. El tiroteo

se generalizó transformándose en abierto combate entre las fuerzas del ejército y los grupos obreros, hasta tal punto que, el tercer escuadrón de Montesa, que avanzaba por la calle Valencia, sorprendido por lo que estaba ocurriendo, cuando se encontró en las proximidades del lugar donde la lucha se desarrollaba, aprovechó los primeros momentos de confusión, consiguiendo el escuadrón alcanzar la plaza de la Universidad. La cooperación de la Compañía de voluntarios falangistas resultó de gran eficacia, al imponerse y efectuar algunas capturas entre los elementos obreros armados que se encontraban apostados en la plaza. Entre éstos fue detenido el sindicalista Ángel Pestaña que fue retenido en el interior del edificio de la Universidad, hasta que, hacia las cuatro de la tarde del domingo, 19 de julio, fue libertado por los milicianos.

Los grupos obreros, a la presión de las fuerzas del ejército, se replegaron unos por la calle Pelayo y otros, por las Rondas de San Pedro y de San Pablo, al mismo tiempo que, al retroceder, disparaban sus armas contra falangistas y soldados.

La Plaza de Cataluña estaba atentamente vigilada por numerosos piquetes de obreros armados, apostados en la desembocadura de la Rambla de Canaletas, encarada a la amplia superficie de la plaza antedicha. En otra de las bocanas de la misma, en el comienzo de la llamada Plaza del Ángel y calle Fontanella, se hallaban fijados otros grupos en constante observación de la llegada de tropas. Cuando el

ejército alcanzó la Plaza de Cataluña sorprendieron, con su rápida acción, tanto a la Guardia de Asalto, emplazada en algunas de sus bocacalles, como a los mismos obreros que, en el primer instante, creyeron que aquellas fuerzas del ejército estaban de su parte. La reacción frentepopulista fue tardía y por lo mismo infortunada pues, la tropa, subdividiéndose con presteza y a tiro limpio abriéndose paso, tomó los edificios de la Telefónica, la «Maison Doreé» y el «Círculo Militar» parapetándose en ellos, abriendo desde los distintos puntos ocupados, nutrido fuego, desconcertando al paisanaje.

Desde los diversos puntos establecidos, «Hotel Colón», «Maison Doreé» y el alto edificio de la Telefónica por las fuerzas del ejército, el dominio de la gran superficie de la Plaza de Cataluña era absoluto. Así, pues, cuando los primeros grupos armados, reaccionando enardecidos, se lanzaron al ataque en arriesgados intentos de tomar al asalto los edificios tomados por las tropas, lanzándose a atravesar la anchurosa área de la bandeja que formaba la plaza, fueron barridos al ser alcanzados certeramente por las balas como fáciles dianas. Uno de los primeros en caer fue Enrique Obregón, secretario de la Federación Local de grupos anarquistas.

Bien pronto, caballos, guardias de Asalto y obreros cenetistas, alcanzados por los proyectiles, sembraron con sus cuerpos la Plaza de Cataluña. Las ráfagas de las ametralladoras del Ejército, apostadas en las ventanas de la fachada del gran «Hotel Colón», en la Telefónica, la «Maison Doreé»

y en el «Círculo Militar» hacían del todo imposible las salidas. Sin embargo, la fijación de fuerzas militares, tropas y oficialidad, en los distintos puntos indicados de la plaza, limitaba e imposibilitaba la movilidad del Ejército que, ciertamente, dominaba totalmente la plaza pero, a la vez, confinaba a la fuerza en una situación de defensa muy efectiva pero que no podía prolongarse indefinidamente. Los edificios elegidos y convertidos en reductos defensivos quedaban al mismo tiempo sitiados por las fuerzas heterogéneas del exterior que, cuanto mayor fuese la resistencia tanto más iba a ser su exasperación y desenfrenada su reacción final al apoderarse de los sitios ocupados por el ejército. Cuanto más era el tesón defensivo de los militares, tanto más crecía la obstinación de los grupos obreros para acallar para siempre los fuegos enemigos. Ya en aquellas horas de la mañana del domingo, 19 de julio, la ciudad comenzaba a arder por sus cuatro costados.

Aquella misma noche del 18 de julio, el Regimiento de Caballería de Santiago, había abandonado, a su vez, su acuartelamiento en la calle de Lepanto.

Había avanzado, formado a pie, por la calle Industria, Paseo de San Juan, tomando por la calle Córcega, hasta alcanzar la Diagonal (Avda. del Generalísimo) en su confluencia con el Paseo de Gracia.

El objetivo de estas fuerzas era, una vez trazado el recorrido anterior, descender por el Paseo de San Juan hasta

adueñarse de la zona comprendida por el Arco de Triunfo y la estación del Norte, desde donde sería posible conectar con las fuerzas de los cuarteles de los «Docks» cuando éstas en su desplazamiento alcanzaran la Plaza de Palacio, Estación de Francia, comprendiendo el edificio de la Gobernación y su empalme con la Capitanía General situada en la prolongación de la Plaza de Palacio, en el Paseo de Colón.

Parte de la tropa que avanzó por el Paseo de San Juan hacia el Arco de Triunfo vio obstaculizada y frustrada su misión al ser tiroteada a mansalva por contingentes obreros del Clot, Pueblo Nuevo y San Andrés.

El resto de las fuerzas que componían el Regimiento de Caballería de Santiago se vio detenido en su marcha por la Diagonal, por la guardia de Seguridad y de Asalto que les cerraron el paso, abriendo fuego sobre la formación desde ambos lados de la avenida, apostados los guardias detrás de los troncos de los árboles, en los tejados de las casas y tendidos en los ángulos de las esquinas desde cuyo pavimento abrían fuego incesante sobre el grueso de la tropa formada en el centro de la amplia calzada.

Los grupos obreros armados de la CNT abrían fuego sin la preparación profesional de los guardias de Asalto y de Seguridad, pero no menos peligrosos, supliendo con arrojo, a veces suicida, muchos de sus ineficaces disparos.

La tropa se encontraba en una situación de desventaja

sorprendida al descubierto y sin posibilidad ni tiempo de efectuar movimientos en el centro de la calzada. Por otra parte, los grupos de obreros armados llevaban a la práctica la técnica de la guerrilla urbana contra la cual las fuerzas regulares del Ejército no habían sido adiestradas. El desconcierto cundió en la difícil defensa. Tal estado de cosas se prolongó hasta las ocho, aproximadamente, de la mañana, cuando ya la batalla en el casco urbano de la ciudad se había generalizado, y los tiroteos, ráfagas de ametralladora y cañonazos de las baterías atronaban sordamente la atmósfera mañanera. Se luchaba en la Plaza de Cataluña, en la Capitanía General, en la Plaza de España, en las Atarazanas, del final de las Ramblas y en la Avenida Icaria, cerca de los cuarteles de los «Docks», donde las fuerzas del ejército se enfrentaban con obreros portuarios de la CNT y de «La Maquinista Terrestre y Marítima», «El Vulcano» del barrio de la Barceloneta.

Guardias de Asalto y de Seguridad, confundidos con el paisanaje, efectuaban descargas contra la tropa del Regimiento de Caballería de Santiago, acorralada en la Diagonal con Paseo de Gracia. Debido a la gravedad de las circunstancias, la tropa se replegó refugiándose en el convento de los Padres Carmelitas sito en la Diagonal esquina a la calle Lauria y, ya en su interior, se dedicaron a una desesperada resistencia contra las masas frentepopulistas que comenzaban el enconado y ventajoso asedio del edificio religioso. La

tropa, que no tuvo tiempo de escamotearse en el improvisado refugio, fue hecha prisionera por la guardia de Asalto y de los grupos obreros que, cada vez en mayor número, concurrían al asedio ya que no al imposible asalto del convento de los Padres Carmelitas. Habían dado ya las ocho de la mañana del 19 de julio.

Al Regimiento de Artillería Ligera n.º 7, procedente de los cuarteles de San Andrés, se le había asignado el apoyo del de Infantería de Badajoz, que había sido el que había logrado apoderarse de la Plaza de Cataluña, al dominar con sus fuegos toda su área desde los distintos puntos de la Telefónica, el «Hotel Colón», la «Maison Doreé» y el «Círculo Militar». Sin embargo, las fuerzas de apoyo del Regimiento de Artillería Ligera n.º 7, prosiguieron su avance desde la Plaza de Cataluña con dificultades por la Ronda de San Pedro, dejando en pos una estela de bajas desperdigadas en la calzada, logrando alcanzar, finalmente, la calle Lauria, donde la tropa se vio inmovilizada por el fuego nutrido que llegaba desde todos los puntos. En el cuadro comprendido por las calles Lauria, Claris, Diputación y Cortes, emplazaron las baterías, así como también una línea de ametralladoras colocada delante de las piezas que, a su vez, estaban respaldadas por fuerzas del ejército y falangistas voluntarios sumados al Alzamiento. Eran las ocho de la mañana del día 19 de julio, cuando los cañones comenzaron a tronar. En los barrios obreros los disparos de las baterías sonaban lejanos imponiendo respeto.

Los piquetes de hombres armados tuvieron que replegarse rápidamente, buscando refugio en las puertas de las escaleras y en las esquinas de las bocacalles cuando, al mismo tiempo que disparábanse los primeros obuses, las máquinas ametralladoras puestas en línea, comenzaron a abrir fuego con su tecleto incesante y mortífero.

Rápidamente, militantes de la CNT y la FAI, se lanzaron sobre tres camiones, llenando las cajas de los mismos. Lanzaron los vehículos a toda velocidad contra la línea de ametralladoras que no cesaban de disparar. Uno de los camiones, alcanzado su conductor, perdió el control y fue a estrellarse contra un muro, pero los otros dos camiones barrieron, en su proyección, a las máquinas ametralladoras y a sus servidores. Saltando de las cajas de los vehículos, los grupos armados exterminaron a los soldados y falangistas que se les opusieron y capturando a los demás a excepción de aquellos pocos que consiguieron huir. Las ametralladoras, así como también las baterías de artillería ligera, quedaron en poder de las masas obreras de la CNT.

Lecha, un corpulento obrero portuario, se apoderó de uno de los cañones y se fue con él hasta la Plaza de Cataluña. En la tarde de aquel domingo, este obrero que poseía nociones de artillero por haber servido en esta Arma, dispararía su cañón contra el edificio de la Capitanía General en la que se encontraba el general Goded, precipitando, con su intervención, la caída y capitulación de los militares que se encontraban asediados en la Capitanía. También con otro

cañón, éste procedente de las fuerzas del cuartel de los «Docks», se disparó desde el muelle de «Baleares» contra la cúpula del monumento a Colón, desde donde, se aseguraba, disparaban dos ametralladoras, dominando con sus fuegos el principio de las Ramblas, el Paseo de Colón y la entrada del Puerto, por el Paralelo. Quien hizo los disparos con el cañón fue un cabo de la guardia de Asalto, el cual pidió para hacer más efectivos sus tiros se le facilitara un goniómetro. La repisa de la cúpula del monumento fue remordida tres veces, según posteriormente aseguró la voz popular. Pero, ni las ametralladoras, ni sus servidores, jamás fueron encontrados. No se pudo comprobar que se hubiese disparado desde su altura. La maquinaria del ascensor que sube hasta la cúpula del monumento estaba averiado y su caja detenida en la parte superior, imposibilitando la ascensión. Alguien aseguró, posteriormente, que la razón de que no se hubiese encontrado nada en la cúpula era debida a que durante la lucha del domingo 19 de julio, cuando todavía peleaban los militares que resistían en el bastión de las Atarazanas, un montañero ascendió por la escalerilla interior de la columna y, sorprendiendo a quien estaba disparando con una ametralladora, le aniquiló a balazos y luego, arrojó por el interior de la columna a su víctima y a la ametralladora.

Sin embargo, al paso de los años, las opiniones respecto a la existencia de tiradores desde la cúpula del monumento fueron contradictorias, desmintiéndose las unas a las otras.

Juan Molina, que estuvo luchando en las Atarazanas aquellos días y que firmaba sus escritos con el pseudónimo de «Juanel», militante valioso y destacado de la CNT que alcanzó la graduación de Comisario de Brigada durante la guerra, declaró que jamás hubo ametralladora alguna emplazada en la cúpula del monumento a Colón.

El cañón con el cual el cabo de la guardia de Asalto, realizó sus disparos desde el muelle de «Baleares» procedía de las fuerzas de los «Docks», cuarteles situados en la Avenida Icaria.

A las seis menos cuarto en punto de la mañana, de acuerdo con el planteamiento del Alzamiento, habían salido las tropas de dichos cuarteles.

A las seis en punto, salió otra batería secundada por una Compañía de falangistas, que iba mandada por un teniente de Intendencia. Otra batería salió en pos de la anterior y, seguidamente una cuarta batería con las ametralladoras correspondientes.

Avanzaron dichas fuerzas por la calzada de adoquinado hasta el puente de hierro de San Carlos que sobrevolaba la Avenida Icaria cruzándola sobre el tendido de la vía del ferrocarril de la estación de Francia, saltando al Parque de la Ciudadela.

Pospuesto el puente y el paso a nivel del ramal de vía del

ferrocarril, a la altura del Hospital de Infecciosos de la misma Avenida Icaria, las tropas vieron interrumpida su marcha por los guardias de Asalto y de Seguridad. Las fuerzas, sufriendo el fuego por los dos flancos, se replegaron, ocupando, una de las secciones, posiciones en la misma Avenida Icaria.

Otra sección pudo emplazar la primera ametralladora en el paso a nivel del ferrocarril, dominando de este modo toda la anchura y longitud de la amplia calzada de la avenida, en dirección a su extremo, que desemboca en la Plaza Palacio en la parte donde se levantaba el edificio de la Escuela Náutica. Las baterías, a su vez, abrieron fuego. La tropa consiguió, parcialmente, situarse en una de las alas de la estación de M.Z.A., conocida como Estación de Francia.

El nutrido tiroteo se había extendido y generalizado mezclado con las ráfagas de las ametralladoras y los disparos de las baterías. Algunas de las acémilas cargadas de proyectiles, al ser alcanzados algunos de éstos por disparos casuales en sus cargas explosivas, saltaban despedidas y descuartizadas por los aires. Otros mulos, heridos, se derrumbaban coceando frenéticamente o corrían alocados imposible de detenerlos, corriendo en dirección opuesta de las fuerzas o siendo barridos por el fuego de las mismas ametralladoras al interponerse en su carrera en las líneas de los fuegos.

Las ametralladoras, durante algún tiempo, fueron las due-

ñas de la calzada. Cuando algún osado abandonaba su escondite para correr adelante, de pronto era abatido por los proyectiles, quedando tendido en el empedrado.

Sin embargo, a medida que el tiempo iba transcurriendo, nuevas y diversas gentes acudían a sumarse a las masas obreras y abrían fuego sobre la tropa desde los puntos más inverosímiles, iniciándose un movimiento envolvente de las secciones que se habían plantado en la avenida con baterías y ametralladoras.

Hacia las nueve y media de la mañana, la tropa comenzó a replegarse regresando de nuevo y dificultosamente a los cuarteles de los «Docks» de donde había salido a las seis de la misma mañana. La retirada había sido difícil pues los soldados eran perseguidos por los tiros de los paisanos que, desde aquel momento, se habían crecido utilizando, en principio, el ardid de emplear balas de papel de los muelles cercanos a las que hacían rodar a empujones en el adoquinado, al mismo tiempo que se parapetaban tras ellas. Disparaban y las hacían rodar de nuevo avanzando y protegiéndose con las mismas de los disparos.

El cuartel de Artillería de Montaña n.º 1, de los «Docks», fue sitiado levantándose barricadas a menos de cien metros.

En aquellas circunstancias llegó una Compañía en ayuda de los artilleros de los «Docks» pero, al desembocar en la

Avenida Icaria tuvo que enfrentarse con los numerosos grupos armados. Esta Compañía de Infantería era una de las dos del Regimiento de Alcántara número 14, que a las nueve y media de la mañana habían salido del cuartel del Parque de la Ciudadela, con el propósito de dirigirse una, a la calle Caspe y ocupar la emisora de Radio Barcelona situada frente al Teatro Novedades, la otra, debía secundar en sus operaciones a los artilleros de los «Docks». Cuando se aprestaron a reforzar a éstos, se hallaron abocados a tan difícil coyuntura que solamente el capitán que mandaba la Compañía y algunos soldados consiguieron penetrar en el cuartel. Todo el resto de la Compañía fue apresada por la milicia y la guardia de Asalto.

La otra Compañía procedente del cuartel de Alcántara logró alcanzar el Arco de Triunfo, pero fue tiroteada desde la Estación del Norte. A pesar del hostigamiento de que fue objeto prosiguió su marcha, logrando llegar hasta la Plaza de Urquinaona, quedando definitivamente bloqueada por el nutrido fuego que brotaba sobre sus efectivos desde todas las bocacalles inmovilizándola. Los grupos armados se desplazaban en continuo movimiento empleando la técnica de la guerrilla urbana en la que los activistas de la CNT y FAI habían sido adiestrados, dirigiendo con su experiencia a los demás obreros. Al mismo tiempo la lucha se libraba en la lindante Plaza de Cataluña y, en sentido longitudinal norte, se combatía con un incesante tiroteo, contra el convento de los Padres Carmelitas, donde a medida que el tiempo iba

transcurriendo, los militares refugiados en él se encontraban en una situación más angustiosa. La Compañía de Alcántara, bloqueada en la Plaza Urquinaona, acabó siendo apresada. Sólo su capitán, y algunos de los oficiales lograron librarse de ser capturados.

A media mañana del domingo, a pesar de los hechos relatados, seguían resistiendo, además de los puntos indicados, como el convento de los Carmelitas, la Plaza de Cataluña, los cuarteles de San Andrés, la Capitanía General, las Atarazanas y el segundo escuadrón de Montesa que después de apoderarse de la barricada del Paralelo, emplazada delante del conocido café «Chicago» había quedado al mismo tiempo inmovilizada en la misma, sin serle posible ni tomar el sindicato de la Madera que estaba en la calle del Rosal, esquina con el «Molino Rojo». El escuadrón fijado en la barricada si bien no podía avanzar por el Paralelo para enlazar con las fuerzas de los cuarteles de Atarazanas, a la vez impedía con enconada resistencia el avance de los grupos obreros cuyos intentos repetidos para reconquistar la barricada de la que habían sido expulsados, les costaba numerosas pérdidas.

Hasta las once de la mañana del domingo, la tropa fue dueña de la barricada. Un capitán alentaba a los soldados para que no se desanimaran en el combate, mientras las ametralladoras tableteaban y las cintas de proyectiles iban siendo disparadas por las máquinas, y el fuego de fusilería respondía al tiroteo de que era objeto la defensa. En aquella

hora grupos obreros encabezados por Francisco Ascaso, avanzaron por la calle San Pablo hacia la Brecha del mismo nombre dispuestos a apoderarse de la barricada. Se parapetaban en los muros de las casas y escondían en los quicios de las puertas desde las que, después de disparar, reaparecían para ganar otro puesto adelante. Muchos, alcanzados por las balas, caían derribados para siempre. Ascaso, parapetado y a la expectativa en un punto estratégico, apuntó al oficial que dirigía la defensa de la barricada y lo abatió con una descarga de su pistola ametralladora. Otro oficial que iba a sustituirle en el mando cayó en aquel preciso instante abatido de un balazo. El desorden y la desmoralización cundió rápidamente entre los soldados. Poco después, los grupos armados, seguros ya de su triunfo, se lanzaron al asalto de la barricada del Paralelo y aniquilaron a los supervivientes.

La Revolución había triunfado. Ella era la única dueña de la ciudad, pero nadie advertía que, al mismo tiempo, ya en aquellas horas se había transformado y dado comienzo a una guerra que ya se estaba generalizando en toda España. La gigantesca hoguera y hasta las cenizas de la misma iban a durar largos años.

Segunda parte

LOS DÍAS ROJINEGROS

VII

Fueron los toques incesantemente repetidos y dando la alarma de todas las sirenas y silbatos de las fábricas cundiendo sus alaridos broncos y estridentes en el aire de la mañana, los que me despertaron, al igual que a todos los vecinos del barrio obrero.

Era domingo, 19 de julio del año 1936.

Las sirenas atronaban en el aire, una y otra vez, incansablemente gritando a las armas, para interrumpirse y volver a chillar, estremecedoras y profundas.

Toda la atmósfera vibraba agitada y, para los dirigentes sindicales que habían ordenado a los fogoneros de las fábricas que no interrumpieran el sonido de las sirenas, aquellas voces de las fábricas del barrio obrero eran equivalentes a la llamada general dada a la clase trabajadora, a lo que se unía

la letra del canto del himno de la CNT y la FAI, llamando a «Los hijos del pueblo» «¡A las barricadas... a las barricadas!»

Mi padre salió al balcón. Al abrirlo, los graves y estruendosos sonidos de las sirenas entraron en el piso, irrumpiendo más poderosos e impresionantes.

Mi padre, después de unos momentos, volvió a entrar, cerró el balcón a causa del ruido y, mirando a mi madre y luego a mí, dijo algo así, con un tono de voz preocupado en el que se advertía su total desconocimiento de lo que iba a ocurrir: «Anda gente armada por la calle... Todos los vecinos están asomados a las puertas y ventanas de sus casas. En la esquina de la calle Rogent está levantada una barricada –y decidió, yendo hacia el comedor–: Voy a poner la radio –y concluyó, resumiendo lo que ya era una realidad–. Ha estallado la revolución.» Mi madre susurró asustada: «¡Dios mío!»

También aquel domingo, 19 de julio del año 1936, sin que nadie más que aquellos que habían salido a combatir en las calles, en uno u otro bando, lo mismo al advenimiento de la aurora, como en los días precedentes y desde hacía mucho tiempo, el espacio se había cubierto de rojos cendales.

Y, en aquella mañana, había sido un rojo de auténtica sangre: la que ya se había comenzado a derramar y que iba a fluir de las entrañas de la patria, durante tres largos y angustiosos años.

Domingo, 19 de julio de 1936

Salí al balcón. En la calle todo andaba revuelto. Los vecinos se encontraban en las puertas de sus tiendas, o asomaban por ventanas y balcones; otros deambulaban vivamente por la calle de un corrillo a otro.

Dos coches aparecieron velozmente en dirección a la esquina de la calle Valencia con la de Rogent. Los dos coches iban ocupados por obreros y en las estriberas de cada uno de los vehículos, a ambos lados, iba un obrero en pie, armados con pistolas y fusiles que levantaban en el aire victoriosamente, dando vivas a la «FAI» y a la «CNT» Se detuvieron los dos coches antes de llegar a la esquina cuando vieron que la calle quedaba cortada por la barricada formada por los adoquines del pavimento que había sido levantado.

El conductor de uno de los coches, pulsaba el claxon con insistente entusiasmo y, hábilmente, repetía con sonidos, el ya divulgado slogan «¡U H P!... ¡U H P!...» (Unión Hermanos Proletarios). En el coche que iba el segundo, uno de los obreros, se había sentado en el guardabarros y sujetaba vertical y levantado su «Winchester», gritando al viento «¡Viva la ceneté!...» «¡Viva el comunismo libertario!» «Viva la revolución social!» Los demás levantaban el puño cerrado con crispación.

Algunos tenderos estaban en las puertas a medio abrir y cerrar, indecisos, como su ánimo, y con la cautela de su

profesión. Miraban desconcertados cuanto estaba ocurriendo sin poder reprimir su estupefacción, en secreto, temerosos de la seguridad de sus géneros y mercancías. Cuando los otros vecinos levantaban el puño, respondiendo a los mismos gestos de los obreros que disponían de la nueva fuerza que les otorgaba las armas que empuñaban, los tenderos, a su vez, repetían el ademán general pero, con evidente falta de convicción y mucho recelo.

Cuando los autos, dando la vuelta, desaparecieron hacia la calle Meridiana, los tenderos bajaron otra vez los brazos.

En el balcón contiguo al nuestro, el guardia de Asalto, esposo de la señora Josefa, estaba en camiseta con los antebrazos cruzados sobre el pecho carnosos, apoyado en el antepecho de la baranda del balcón. Miraba la agitación de la calle, sin despegar los labios ni reflejar emoción alguna. Por su pasiva actitud, no parecía sentir mucho apremio en vestir el uniforme y salir a la calle.

La radio hablaba incesantemente. Repetía a voces y excitadamente que la Guardia Civil, así como la de Asalto y Seguridad, fuerzas del cuerpo de Carabineros y del Arma de Aviación, se habían opuesto al Alzamiento, colaborando con su activa participación o pasividad a vencerlo.

Ya se sabía que las fuerzas del Ejército, en todos los puntos de la Península se habían proyectado en un Alzamiento militar, mas se ignoraba, concretamente, en qué puntos de

España había triunfado y en qué otros, como en Barcelona y Madrid, se había malogrado.

Mi curiosidad por conocer directamente lo que estaba ocurriendo en la ciudad, era ya del todo irrefrenable. Bebí el café con leche del desayuno y, sin prestar atención a las advertencias de mi padre, salí disparado por la escalera hacia la calle.

Lo primero que vi fue la barricada de la esquina de la calle Rogent que durante la noche había sido levantada y dominaba la de Valencia. Me detuve perplejo y sorprendido. Subido a los adoquines, mis ojos se habían prendido en la figura del hijo del remendón encaramado en la barricada. Estaba erguido y piernabierto, blandiendo en el aire, marcialmente, un fusil y gritaba enardecido a los demás hombres armados o no, y a todos los vecinos que jamás le habían prestado atención alguna, que al fin había sonado la hora de la Justicia. A sus palabras, los de la barricada, respondieron con vivas y hurras entusiastas. El hijo del remendón esgrimía enérgicamente el fusil y su pelo suelto y pelirrojo parecía más que nunca, en aquella ocasión, una pequeña antorcha llameante.

Seguí calle arriba. En la embocadura de la estrecha calle de Nuria, en el punto donde ésta desemboca en la calle Mallorca, había sido puesta en pie otra barricada con los mismos adoquines de la calzada. Ésta era todavía más amplia y recia que la anterior. En el centro de la misma, con el punto

de mira centrado en el horizonte lejano de la calle, en dirección a la Sagrada Familia, había sido emplazada una ametralladora con trípode. Sentado muy satisfecho en el sillín de la máquina encontré a Sánchez que trabajaba en la fábrica en la sala del cloro, el cual, como había prestado el servicio militar en una Compañía de ametralladoras, se hizo inmediatamente cargo de la máquina y del manejo de la misma. Al darse cuenta de que le miraba con interés, me sonrió complacido y sin malicia. A cada lado de Sánchez, a lo largo del parapeto de adoquines estaban apostados los que armados guardaban la barricada, encarada a la amplia y prolongada calle Mallorca.

La defensa había sido levantada a pocos metros del bar «Montserrat», dando la espalda a éste, que era como una prolongación de la misma barricada y en cuyo interior se discutía y se recibía telefónicamente toda suerte de llamadas y comunicaciones.

El amplificador de la radio del bar, vociferaba que la situación ya estaba decidida en Barcelona, a favor de la clase obrera.

Se sabía que los militares se habían refugiado en el convento de los Padres Carmelitas, en la Diagonal, pero que, a no tardar se rendirían. También, que otros núcleos seguían combatiendo y ofreciendo tenaz y suicida resistencia por su inferioridad de condiciones, en la Capitanía General, los

cuarteles de San Andrés, así como lo mismo en el área comprendida por el bastión del antiguo cuartel de la Maestranza de Artillería en las Atarazanas, lindantes con el puerto de Barcelona.

Las masas revolucionarias se lanzaban al asalto de los cuarteles de San Andrés, bombardeado y ametrallado por Díaz Sandino. También eran asaltados los cuarteles de Pedralbes por los anarcosindicalistas y los bautizaban con el nombre de la personalidad anarquista más representativa del pensamiento revolucionario: Miguel Bakunin.

Otros grupos armados dedicábanse a prender fuego a las iglesias y en el espacio, sobre las casas de la ciudad, como prueba de ello, surgían las negras banderas de los incendios mientras por las calles se agitaban las negras y rojas de la «CNT» y la «FAI», cuyos anagramas figuraban en todos los coches requisados a sus antiguos propietarios.

En el colegio de las monjas Paulinas de la calle Nuria, que posteriormente sería incautado por el «POUM», se arrojaban desde los balcones a la calle, toda clase de enseres, capillas e imágenes religiosas, candelabros y cruces. Las puertas habían sido abiertas y todo el mundo entraba y salía libremente y a su antojo curioseando y recorriendo los interiores del edificio dedicado a la enseñanza.

Por la calleja lateral del inmueble de las monjas de la calle Nuria, donde una pequeña puerta permitía la entrada al

huerto de las religiosas, salió un muchacho escamoteándose sigilosamente y con visibles gestos de aprovechado, llevando en cada mano cogido de las orejas, un par de conejos. Se alejó rápidamente, desapareciendo y sin que nadie le cerrara el paso, por la calleja del Pistón, camino de su casa, sin que a causa de su proceder recibiera reconvención de nadie.

Fui a la plaza del Mercado del Clot. Por la calle desfilaban sin prisas en comitiva triunfante, en los coches de que se habían adueñado, los obreros armados. A la vez que transitaban formando un largo cordón de vehículos, no cesaban de repetir los gritos revolucionarios «¡UHP!... ¡CNT- FAI!»

Eran las únicas voces, porque a decir verdad, casi todos cuantos aquella noche anterior se habían lanzado a la calle en busca de las armas, habían sido obreros anarcosindicalistas. Los demás pertenecientes a las otras organizaciones y partidos frentepopulistas, formaban una minoría, en relación con los primeros y carecían de la capacidad combativa de la mayoría de obreros de la CNT y de la FAI. Pero, después del triunfo la victoria era compartida por todos.

En la confluencia de la calle Rogent con la carretera de San Andrés, en la misma plaza del mercado, se había erigido una gigantesca barricada para cuya construcción se habían sacado hasta los adoquines de la vía del tranvía, dejando los rieles al descubierto totalmente. Entonces, vi al padre de Pasanau, conduciendo un coche deportivo descapotado. Al reconocerme, sonrió alegre mostrando su fuerte y blanca

dentadura. Los que le acompañaban reían jubilosos y levantaban los «winchesters» con los que se habían armado. El coche, conducido por Pasanau, desapareció entre la ristra que formaba con otros caminos del centro de la ciudad, donde todavía la lucha no había tocado a su fin.

Por la tarde corrióse la noticia de que los militares refugiados en el convento de los Padres Carmelitas, habían cesado en su resistencia, al agotarse sus municiones y al entregarse habían sido ferozmente aniquilados junto a la puerta principal de la entrada en el templo del convento. La matanza había sido despiadada y sin excepciones.

Aquella misma tarde del domingo, 19 de julio se rindió la Capitanía General. El general Goded habló por radio, con entereza, declarando que relevaba de su compromiso con él a cuantos se habían sumado al Alzamiento en Barcelona.

Sin embargo, el último reducto parecía inexpugnable y las fuerzas del Ejército que en él se resistían en una enconada resistencia no cejaban en la lucha. Eran las Atarazanas barcelonesas, en cuya toma caían los hombres que pretendían asaltar el antiguo bastión.

Sólo, frente a la Comandancia de Carabineros, a un lado de la entrada al puerto por la parte de Atarazanas cayeron más de cuarenta obreros armados alcanzados por el fuego que se les hacía desde muros, almenas, torres y aspilleras.

Era casi imposible avanzar entre los muros de la iglesia de Santa Mónica y los barracones de libros de lance, para ganar aproximación en el ala correspondiente al lado final de la Rambla, frontera a la Comandancia Militar. Al llegar la noche el asedio a las Reales Atarazanas proseguía.

Lunes, 20 de julio de 1936

Las consignas de los dirigentes obreros se transmitían rápidas siendo obedecidas inmediatamente.

Prácticamente las últimas resistencias habían sido aniquiladas. Solamente quedaba la Maestranza de Artillería de las Atarazanas resistiendo. Aquella mañana, las masas anarcosindicalistas habían decidido tomar por asalto el, al parecer irreductible bastión. A los pies de la escalinata de la Comandancia Militar, varios coches ardían por sus cuatro costados. El gentío descendía por las Ramblas en dirección a Santa Mónica, disponiéndose a participar en el acto final de la resistencia de las Atarazanas. De vez en cuando, un coche pedía paso a toques de claxon, trasladando heridos. El tiroteo proseguía mezclado con el furioso roer metálico de las ametralladoras. Silbaba en el aire la bala de un «paco» o un proyectil perdido. En la pensión Mayoral de la Rambla, uno de los huéspedes que aquella mañana desayunaba cerca

de uno de los balcones, se desplomó sobre la mesa, alcanzado mortalmente por una bala perdida que le atravesó la cabeza. Procedía de Pontevedra y había viajado hasta Barcelona para tomar parte en la Olimpiada Popular, cuya fecha inaugural había sido fijada precisamente para el domingo 19 de julio, sin sospecharse que jamás llegaría a celebrarse. Acudieron atletas de diversas nacionalidades y entre éstos algunos ya con objeto de participar en la Revolución, que se preveía iba a desencadenarse en el país.

Dos guardias de Asalto en la toma de la Comandancia de Marina habían perdido la vida, y se corría la voz de que en el Hospital Clínico, en su depósito judicial, éste había resultado insuficiente para dar cabida a las numerosas víctimas de los sucesos, disponiéndose nuevas dependencias para acoger a dos centenares de cadáveres.

Aquella mañana del lunes día 20, el consejero de Gobernación, España, cumpliendo órdenes del ministro de la Gobernación, mandó que los generales Goded y Burriel, así como otros oficiales hechos prisioneros, fuesen trasladados al Castillo de Montjuïc. La orden había sido recibida por la noche del domingo, pero se creyó más prudente llevarla a cabo al día siguiente lunes, cuando todavía proseguía encarnizadamente la resistencia en las Atarazanas.

En la casa de socorro de la calle Barbará, habían sido atendidos el domingo 117 heridos e ingresados seis cadáveres. El doctor Feliu Margarit, de 84 años, estuvo

prestando servicio permanente debido a la gravedad de las circunstancias, cuando de pronto, se presentó en el dispensario la asistencia a dos mujeres que la precisaban urgentemente en sus domicilios para dar a luz. En la misma casa de socorro, otra mujer alumbró felizmente a un niño. Parturienta y recién nacido fueron trasladados a la Casa Maternidad para ser acogidos.

La mayoría de los heridos atendidos en el dispensario de la calle Barbará, lo habían sido en los combates de la parte sur de las Ramblas. Algunos grupos se habían parapetado detrás del monumento a «Pitarra» y disparaban a su vez contra quienes se hallaban refugiados en el Hotel Falcón. El final de la Rambla de Santa Mónica estaba entrecruzado de tiros. Por añadidura, muchos de los habitantes del distrito quinto y de la zona llamada «Barrio Chino» formaban un hormiguero de gentes que participaba en la lucha, mezclada con los elementos de la FAI y la CNT.

Varios coches ardían frente la Comandancia Militar. En tanto, los obreros pugnaban en vano por acercarse a las bien defendidas y al parecer inexpugnables Atarazanas, donde los militares se defendían resistiendo el asedio de que era objeto la fortaleza. Aquella mañana, un sargento de Artillería llamado Manzana, lograría escaparse del bastión pasándose a los obreros. Manzana, en adelante, acompañó a Buenaventura Durruti al frente de Aragón, aconsejándole como uno de sus asesores y hombres de confianza. Posteriormente-

te le acompañó a Madrid y ocupaba el mismo coche que Durruti cuando éste resultó herido de muerte.

La toma de las Atarazanas se había convertido en una obsesión para los dirigentes y milicias confederales. Era la última resistencia del alzamiento militar en Barcelona. El último reducto que se mantenía irreductible y que, además, estaba causando más bajas a los anarcosindicalistas. Se disparaba desde las garitas de los centinelas que asomaban adelantadas en los ángulos del baluarte, por las aspilleras numerosas y desde detrás de las almenas. Algunas ametralladoras bien emplazadas, permitían a sus servidores barrer con plomo todo intento de aproximación. Durruti, Ascaso, Sanz, Juan Molina (Juanel), Lola Iturbe y demás anarquistas significados estaban allí en los lugares de más peligro. De pronto, una bala hirió ligeramente en el pecho a Durruti que se resistió a curarse debido a la ligereza de la herida. En el momento en que le estaban atendiendo, Francisco Ascaso fue alcanzado de un balazo mortal en la frente. Ricardo Sanz y Ortiz salieron del punto donde se habían parapetado y, con riesgo de su vida, rescataron el cuerpo de Ascaso retirándolo hasta la barricada. Tenía la cabeza perforada y una herida en el pecho. Durruti miró profundamente el cadáver del que había sido durante tantos años compañero de lucha y con el que había compartido días de cautiverio en prisiones de España, recorrido parte de la América Latina y sufrido prisión en París, en la Conciergerie, en el mismo calabozo donde estuvo encerrada María Antonieta. Con el mismo hombre

había compartido jornadas venturosas en Bélgica cuando se unieron Ascaso a Berta y Durruti con Emilienne Morin. Cuando retiró los ojos del cadáver de su amigo, el asalto al bastión de las Atarazanas estaba decidido. García Oliver, Sanz, García Vivancos, Justo Bueno, Juan Molina, le rodeaban esperando su determinación. La orden fue la toma de los cuarteles.

Mientras la compañera de Juan Molina, Lola Iturbe, atendía a los heridos, «Juanel» ayudado por otros militantes colocó una ametralladora en la caja de un camión detrás de la cabina del conductor y apuntó hacia la fortaleza comenzando a disparar, al mismo tiempo que en la caja del vehículo se arracimaban hombres armados. A una voz el camión se puso en marcha con velocidad creciente abriendo fuego contra la muralla y dirigiéndose recto hacia uno de los portones. Durruti, seguido de los demás, se lanzó al asalto al grito estentóreo de «¡Viva la FAI!» El gentío avanzó como una ola indetenible, caían alcanzados por las balas disparadas por los defensores del cuartel. El camión chocó contra el viejo portón que se vino abajo entrando en uno de los patios. La ametralladora, al mismo tiempo que los hombres armados saltaban como fieras de la caja del vehículo y se dispersaban por los lados del patio aniquilando toda resistencia. Poco después las Atarazanas habían sido tomadas. Los disparos en su interior se fueron espaciando hasta que finalmente, todo quedó en silencio. En uno de los despachos fue encontrado muerto un capitán, hermano del general

Mola. Era la última resistencia militar en Barcelona. Desde aquel momento, la ciudad y poco después toda Cataluña quedaba en poder de los anarquistas que habían enarbolado las primeras banderas.

Curiosamente, a pesar de la resistencia encontrada en las Atarazanas, cuando irrumpieron en su interior las fuerzas populares no encontraron más que unos pocos soldados, un oficial que fue ejecutado allí mismo inmediatamente, y dos sargentos que fueron asesinados aquella misma tarde en el patio del Sindicato del Transporte.

El cadáver de Francisco Ascaso fue trasladado al Sindicato del Transporte, donde más tarde se improvisó una capilla ardiente.

Cuando Ricardo Sanz descendía la escalera del Sindicato donde había dejado el cadáver de su amigo, se encontró con la madre de Ascaso, la cual ya enterada de la muerte de su hijo, acudía para verlo. Al encontrarse con Sanz, se lamentó llorando:

–¡Ay, cuida de que no te ocurra lo mismo que a él!

Sanz volvió a la lucha, empuñando uno de los fusiles ametralladores que pocos días antes de la revolución había ido a buscar a Marsella para uso del Comité de Defensa Confederal.

Fue cuando Buenaventura Durruti se encontraba en el

Sindicato, acompañando por última vez el cadáver del que había sido su más inseparable compañero, que le llegó el aviso de que el Presidente Companys deseaba hablar con los dirigentes de la FAI y la CNT y para ello los aguardaba en el Palacio de la Generalidad de Cataluña. La histórica entrevista puso de manifiesto el reconocimiento del Presidente de la Generalidad de que los anarcosindicalistas se habían convertido en los dueños de Cataluña.

En las calles de toda la ciudad reinaba la exaltación del triunfo que proclamaban las masas obreras. Las banderas rojinegras eran dueñas de las calles y de los edificios públicos.

Nadie había advertido que, con anterioridad, los mástiles de las banderas de la CNT-FAI, habían sido, durante muchos años, las mismas chimeneas de las fábricas. El rojo y el negro estuvo allí, durante años y años, pero, nadie más que los dirigentes sindicales lo sabían con certeza. Las banderas eran invisibles y, cuando la revolución se lanzó a la calle, las banderas de los anarquistas, fueron, indudablemente, las vanguardias y las primeras banderas.

Había dado comienzo la semana laboral, pero no el trabajo que, a causa de los extraordinarios y trágicos sucesos de aquellas últimas jornadas tan sangrientas, habían transformado el ritmo de la vida de la ciudad.

Fue aquel el primer lunes que, en el barrio del Clot, San

Andrés, Pueblo Nuevo, Sants, así como en los restantes suburbios industriales barceloneses, como la Barceloneta, con «El Vulcano» y «La Maquinista», no vibraron en el aire de la mañana los toques de las sirenas.

Aquel lunes no acudió nadie a los puestos de trabajo. Los sindicatos tenían a sus militantes al mantenimiento de un nuevo orden de vida que surgía.

Las tiendas de comestibles, así como las panaderías, cafés, bares, lecherías y cuanto se relacionaba directamente con la alimentación de los habitantes de la ciudad, abrieron sus puertas.

Los coches seguían desfilando incesantemente por las calles. Sus ocupantes armados, dueños de la ciudad por vez primera, exteriorizaban con sus voces y los sones de los claxons, las sílabas de los anagramas «¡Ce-ne-té... Fai!» «¡Ce-ne-té... Fai!» Y agitaban en el aire los «winchesters» victoriosos luciendo pañuelos y gorros rojinegros.

Durante aquellos días no había visto a mi amigo Pasanau, ni tampoco a José Ardenas, el mecánico. ¿Qué habría sido del dueño de la fábrica, el señor Mercader y de su sobrino, «el señor Peret»? ¿Qué estarían haciendo Pineda y Agustín, este último cuyo vientre era tan voluminoso como el del fabricante del que maldecía? Sánchez ya no estaba aquel lunes en la barricada de la calle Mallorca, al cuidado de la ametralladora. Habían desaparecido máquina y servidor

porque, sin duda, considerando que el Alzamiento en Barcelona había sido vencido, la ametralladora, lo mismo que Sánchez, iban a ser de utilidad en otras zonas.

Se corría la voz de que Zaragoza, de gran historial cenetista y a la que los anarquistas habían siempre llamado «la perla del sindicalismo», seguía en poder del Ejército y, de que era del todo preciso marchar cuanto antes hacia la capital zaragozana para liberarla y apoderarse de la importante plaza.

En el Sindicato de «La Farigola», en el Clot, situada en la calle Municipio, se habían colocado a lo largo de la calzada, frente al Sindicato, las cocinas de campaña de los cuarteles de San Andrés y en sus perolas se guisaba el rancho que luego era repartido en camiones a todos los milicianos que seguían montando guardia en las barricadas. En los locales, Dionisio Eróles, vistiendo «mono» de tirantes atendía a los obreros que acudían a consultarle y dictaba notificaciones que Libertad, la hija de Puig Elias, iba mecanografiando silenciosa y eficazmente.

Aquella misma tarde, grupos armados se dirigieron a la Cárcel Modelo de Barcelona y gritando en sus puertas, exigieron la inmediata puesta en libertad de todos los reclusos. El aquel entonces jefe de Servicios de la Cárcel Modelo, era don José Vicente, quien como asimismo los funcionarios del centro penitenciario no opusieron obstáculos y una vez abiertas las puertas los presos ya libres de su encierro fueron

recibidos con gran alborozo por el gentío que aguardaba en la calle. El único recluso al que no le fue concedida la libertad fue a Ramón Salas, odiado profundamente por los anarcosindicalistas por haber sido el fundador del «Sindicato Libre». La Cárcel, sin embargo, quedó vacía tanto de detenidos políticos como de delincuentes habituales, muchos de entre estos últimos, indiscutiblemente peligrosísimos malhechores.

Por orden del Comité Regional de la CNT se comunicó a todos los interesados que podían retirar gratuitamente cuantos efectos tuvieran empeñados en las casas llamadas de empeños así como también en el Monte de Piedad. Sin embargo, se observaba que en modo alguno podían ser retiradas de dichos establecimientos joyas ni objetos suntuarios o de crecido precio, por suponerse que la clase obrera, carente de alhajas debido a su pobreza, no poseía piezas de tanto valor.

En el establecimiento «El Arco Iris» conocido popularmente como «Casa Pascasio», situado en los barrios bajos barceloneses, se congregó un gran gentío al que se devolvió individualmente cuantas prendas habían pignorado, mediante el correspondiente resguardo acreditativo. Durante los tres años que siguieron de guerra, este negocio sufrió una grave crisis de la que se resarcó con creces durante la posguerra.

Aquella noche, en la barricada situada frente al bar

«Montserrat» y encarada hacia la calle Mallorca en dirección de la Sagrada Familia, se tomaba nota de la matrícula del «coche fantasma» conducido por una muchacha rubia –según se decía–, y en cuyo vehículo llevaba a unos fascistas que, al pasar cerca de las barricadas, sorprendían a sus defensores, disparándoles, desapareciendo velozmente antes de que los agredidos se recobrasen del inesperado ataque. El número de matrícula comunicado, en algunas ocasiones por teléfono, desde otros barrios al bar, convertido en cuartel provisional de los milicianos que ante el mismo habían levantado la barricada, era inmediatamente escrito con tiza con todas sus cifras, en la pared, para conocimiento de todos.

Durante aquellos primeros días revolucionarios, cuando oscurecía, las gentes se retiraban a sus hogares. En las calles sólo quedaban los hombres en las barricadas y, recorriendo la ciudad, los coches que, incansablemente, con las carrocerías pintadas con las letras mayúsculas de «CNT-FAI» deambulaban en la noche dramáticamente silenciosos, ejerciendo una obsesiva y a veces ciega vigilancia. Para unos eran los autos del triunfo obrero y rojinegro; para otros, que permanecían escondidos en sus casas, los autos del miedo y de la muerte.

Martes, 21 de julio de 1936

Hasta aquel entonces, las únicas noticias e informaciones que se poseían de los acontecimientos ocurridos en Barcelona y resto de Cataluña, así como en Madrid, Valencia y otros puntos de España, eran aquellas que la voz popular difundía, frecuentemente alteradas por la psicosis dominante en un momento dado y aquellas otras que facilitaba la Radio, con frecuencia desorbitadas por la propaganda y expuestas con un mínimo de objetividad.

Para paliar, momentáneamente, la acuciante necesidad de información, ya que los diarios no habían aparecido, se lanzó a la calle una hoja volante y de carácter gratuito, impresa en los talleres de «Solidaridad Obrera», pero con la cabecera de «Tierra y Libertad», con un recuadro en la parte superior derecha, donde se indicaba, claramente, la gratuidad de aquella hoja informativa que había sido redactada entre otros, por uno de los militantes y colaboradores literarios que firmaba con el pseudónimo «Sixto».

Esta hoja única de «Tierra y Libertad» se distribuyó rápidamente y, en su brevedad intentaba dar cuenta, en forma resumida, de los últimos acontecimientos destacándose el triunfo de los anarcosindicalistas en primer término, y de los partidos políticos del Frente Popular.

Las barricadas seguían en pie pero se podía decir que, terminada la lucha callejera, mantenían solamente un valor

simbólico y aquellos que permanecían con las armas en ellas, estaban convencidos de que representaban la fuerza del pueblo obrero.

Los más osados y dispuestos las habían abandonado escogiendo otros puntos que no estaban en la calle y donde a su parecer, podían ser más útiles con su colaboración personal.

El hijo del remendón que, el primer día estaba en pie sobre el muro de adoquines de la barricada de la calle Rogent, en camiseta y agitando en el aire el fusil con ánimo enardecido, había abandonado una defensa que había dejado de serlo como tal, y no se le había vuelto a ver en la calle.

Unos días después, apareció vistiendo el uniforme de soldado del Arma de Aviación y, más tarde, ya en el mes de agosto, volví a verle cuando sin duda iba a visitar a su padre, con el mismo uniforme de Aviación pero luciendo en las bocamangas los vistosos galones de sargento.

En el local del garaje que estaba enfrente de la casa del remendón, se habilitaron unos «Comedores Populares» a los que se podía acudir a diario, bastando para ello, presentarse anticipadamente al Sindicato de «La Farigola» donde se extendía a quien lo solicitara un vale para comer en dicho local. El nombre de «La Farigola» que se daba al local del Sindicato de Arte Fabril y Textil, de la barriada del Clot,

procedía de que anteriormente, en el mismo inmueble existió un baile llamado «La Farigola» y este sobrenombre dado al Sindicato permaneció cuando con los años la sala de baile desapareció, siendo ocupada por el Sindicato en los bajos de la finca y en la planta superior se instaló el colegio de la Escuela moderna dirigida por el maestro racionalista Luis Puig Elias que puso el nombre de «Natura» al colegio.

También en el local social del club de fútbol San Martín, se instalaron otros «Comedores Populares», pero en éste iban casi exclusivamente los milicianos armados que efectuaban, durante todo el día, rondas volantes de vigilancia por la ciudad, montados en los coches requisados. Las lujosas salas del «Hotel Ritz» de Barcelona, acogieron, bajo el esplendor de sus lámparas de cristal tallado, a los hombres de las milicias que comían en las grandes mesas habituales para banquetes y festejos, tocados todos con gorros y pañuelos rojinegros y las armas que no abandonaban ni para sentarse a la mesa.

La bandera rojinegra ondeaba triunfante por doquier. El aire resolutivo de la masa anarcosindicalista, había cambiado, con sus atuendos y estilo de vida de milicia en activo, la fisonomía de la ciudad de Barcelona. Quedaba fuera de toda duda que el poder había cambiado de manos y que la Generalidad de Cataluña era sólo el sombrero de una cabeza bifronte que era la de la CNT y la FAI.

En la barriada del Clot muchos obreros se levantaban de la

cama con el fusil o el «Winchester» en las manos. Nadie había vuelto a las fábricas y talleres que seguían cerrados en aquellos primeros días de una revolución victoriosa que iba a transformarse en una guerra interna nacional. La vida se desenvolvía en las calles. Los tranvías habían reanudado sus servicios públicos pero los usuarios los empleaban negándose a pagar el billete. Grupos obreros, aquella misma mañana, se habían personado en las oficinas de la Compañía de Tranvías y sacaron los ficheros sociales del personal quemándolos en la calle Parlamento, donde estaban las oficinas y cocheras de los vehículos públicos.

En las calles se formaban grupos donde se comentaban vivamente los sucesos. En uno de los corros a los que me acerqué, situado en el paso a nivel de la calle Rogent, un miliciano refería que, según le había contado un tal Bardinás, amigo de Durruti, éste se había establecido provisionalmente con sus compañeros, en una de las torres del barrio residencial de Sarriá, en el Paseo de la Bonanova, con el propósito de organizar prontamente las primeras columnas que debían salir para la conquista de Aragón y de la ciudad de Zaragoza. Con Durruti se hallaba el médico Santamaría quien, al ver que los milicianos echaban los sillones de la torre a la calle y rasgaban reventándolos a cuchilladas la piel de que estaban guarnecidos, les aconsejó ser de más eficacia el utilizarlos que destrozarlos pero uno de los milicianos replicó que si hasta entonces se había sentado en sillas de enea, no veía por qué debía dejar de hacerlo pues,

posiblemente sillas de boga habría para todos los hombres pero no sillones de cuero. Los que estaban en el grupo asintieron con divertidas carcajadas y conviniendo en lo mismo que se atribuía como dicho por el miliciano: «Tenía razón. Bien hecho. Para vivir no se necesitan lujos, si el precio de éstos es la escasez para otros.

Miércoles, 22 de julio de 1936

La gente obrera ha comenzado a volver a las fábricas y a los talleres que, desde el último sábado pasado, 18 de julio, habían abandonado.

Cuando llegué al ropero de la fábrica aquella mañana y ya en la sala de estampados, todos los obreros de la casa se encontraban reunidos pero todavía vestidos con las ropas de calle.

Las máquinas estaban detenidas y la caldera de la fábrica apagada.

Agustín habló a todos, anunciando que la fábrica, desde el triunfo de la revolución, pertenecía a los trabajadores y que el antiguo dueño había dejado de serlo, sin que por ello se le quitara su perfecto derecho a seguir trabajando en la misma industria pero como un obrero más y ejerciendo funciones

según sus capacidades. Seguidamente, anunció que los obreros debían proceder, inmediatamente, al nombramiento de los miembros que iban a formar el «Comité de Control» por votación. Agustín fue uno de los elegidos. Pineda explicó, con palabra encendida, que rehusaba pertenecer al mismo, haciendo saber que prefería luchar por la clase obrera con las armas que en la fábrica, ya que la Revolución había comenzado pero no había triunfado todavía en muchos puntos de España. «La lucha –dijo–, sólo ha comenzado.» Fue la primera vez, en aquellos días, que oí a alguien prevenir que la lucha iba a ser prolongada y que todavía millares de hijos del pueblo y de otros, considerados enemigos por su filiación ideológica o de clase, iban lo mismo a pagar su tributo de sangre.

Pineda no volvió a aparecer por la fábrica. Tiempo después, le vi por la calle, vistiendo el uniforme de pana de las «Patrullas de Control» y la pistola ametralladora con funda de madera que servía de culatín al arma, pendiendo del cinto. Cuando las «Patrullas» fueron disueltas, se enroló en las fuerzas de choque del cuerpo de carabineros y combatió hasta el fin de la guerra.

Tampoco Liberto Sarrau volvió a la fábrica. Lo encontré en la calle Mayor del Clot y me dijo, con gran ilusión, que estaba dedicado en preparar un periódico que iba a lanzar a la calle. Había pedido artículos entre otros a Federica Montseny que pertenecía al Comité Revolucionario de la barriada del Clot, así como también a Juan García Oliver. El periódico llevaría

una cabecera que era propia de su ideología ácrata, pues lo había titulado «El Quijote». Me despedí de él, una vez más sorprendido de su determinación y actividad. Cuando días después volví a encontrarle, me mostró un ejemplar del periódico del que me había hablado. Era de gran formato, aunque de muy pocas páginas. Su título era el indicado, muy idóneo como correspondía al altruismo de su creador. Estaba magníficamente impreso en papel de muy buena calidad y, su coste, debido a las circunstancias, gratuito para su fundador. Salieron muy pocos números.

Cuando posteriormente volví a encontrarme con Liberto Sarrau, ya estaba lanzado a una nueva actividad. Me anunció que partía de viaje, con un grupo que había organizado, con el propósito de establecer economatos en los pueblos, colaborando de esta manera al establecimiento del comunismo libertario.

Más tarde, en el edificio de Cambó de la Vía Layetana que los libertarios, dueños del mismo, denominaron «Casa de la CNT-FAI» de la Avenida Buenaventura Durruti, cuidó de la administración del semanario «Ruta» (Órgano de las Juventudes Libertarias). En el amplio tejado de la casa de Cambó, la CNT creó un gimnasio que todavía en la actualidad perdura, pero, naturalmente, bajo otra dirección.

Aquel día, a la salida de la fábrica, por la tarde, una vez terminada la jornada, me encontré con mi antiguo condiscípulo Santiago Pasanau. Me dijo que su padre se marchaba

con la columna que había formado Durruti, con la misión de tomar Zaragoza.

Las columnas anarquistas se estaban preparando para salir cuanto antes hacia Aragón. En los cuarteles de Pedralbes llamados desde entonces «Miguel Bakunin», el anarcosindicalista Ricardo Sanz, que posteriormente alcanzaría la graduación de general y el mando de la «26 División» conocida por «Columna Durruti», estaba todas las horas del día entregado a la organización de las columnas tomando acuerdos con los jefes de las mismas. Sanz estaba secundado eficazmente por su ayudante Francisco Edo y desplegaba, en su actividad, toda su poderosa naturaleza hasta olvidar las horas que transcurrían en el cometido de su trabajo. Una noche, en los cuarteles de Pedralbes, presentaron a Sanz un ingeniero al que habían detenido y que sus aprehensores habían decidido ejecutar, debido a que por su situación económica se les hizo sospechoso de contrarrevolucionario. Ricardo Sanz, con la honestidad y firmeza de carácter que le caracterizaba, se negó en redondo a tolerar que se llevara a cabo un asesinato y a que tal atrocidad quisiera respaldarse en su consentimiento, prohibiendo que una acción de tal naturaleza se llevara a cabo. Ordenó, inmediatamente, se devolviera al detenido al hogar del que había sido arrebatado, haciendo responsables de su seguridad personal a los que le habían conducido a su presencia.

La asistencia a la fábrica se había reanudado pero una vez en ella, no se trabajaba. El Comité de Control aconsejó que,

como la revolución había alterado el antiguo orden y afectado al mundo laboral tan profundamente, en tanto se permanecía a la espera de la total normalización, los obreros debíamos ocuparnos en el mantenimiento y conservación de la maquinaria.

Ocupábamos, pues, todas las horas de la jornada, entretenidos, desmontando las máquinas de pintar, limpiando sus piezas y engrasándolas para montarlas de nuevo.

Supimos que el dueño de la fábrica, el señor Mercader, estaba bajo la protección del Comité y residía en su hogar de Horta con su numerosa familia.

Agustín se sentaba a la mesa del despacho del «Amo» y, de vez en cuando, con los demás miembros del Comité, acudía a las reuniones del «Comité de la Colectividad» del Ramo Textil. En este Comité Central de la Colectividad se inmiscuyeron algunos fabricantes dando vivas protestas de espíritu antifascista y mostrando grandes deseos de colaborar con el nuevo estado de cosas surgido. Uno de éstos, químico colorista muy experto, fue nombrado jefe del Laboratorio Central de la Colectividad, y lo mismo en dicho laboratorio fueron acogidos, bajo su dirección y tutela, algunos de los hijos de los dueños de las fábricas. El fabricante Fabregats que simulaba simpatía frentepopulista, desde la revolución calzaba sandalias y llevaba el cuello abierto de la camisa sobre el de la chaqueta. El químico Fabregats iba de calle,

desde su casa, hasta el laboratorio, por la calle Ali-Bey, leyendo el tratado de análisis químico de Kurtman, pero sus aires eran de intelectual ácrata y su aspecto externo, calzados los pies sin calcetines, como de un adepto a las ideas naturalistas y vegetarianas preconizadas por el profesor Nicolás Capo. Era una manera sigilosa de autodefensa y de encubrimiento de su rencor y menosprecio hacia la clase trabajadora a la que siempre había gustado tener bajo la suela de su zapato.

Aquel día, 22 de julio, miércoles, aparecieron de nuevo con regularidad muchos de los periódicos, aunque todos ellos habían sido incautados.

Jueves, 23 de julio de 1936

Por la mañana se ha presentado en la fábrica el sobrino del dueño, «el señor Peret». Su repentina aparición y con el atuendo que vestía causó a todos verdadero estupor más que sorpresa. Como de costumbre, entró en la sala de estampados. No vestía la bata azul del laboratorio pues, además, la fábrica estaba parada desde que había comenzado la revolución que iba a transformarse en una guerra.

Como ya se ha referido, los obreros ocupábamos el tiempo

en la limpieza siempre repetida de la maquinaria; otros pasaban el tiempo hablando de los acontecimientos que se desenvolvían. En realidad, nadie hacía cosa de provecho.

Cuando entró el sobrino del dueño se generalizó un movimiento de sorpresa pues vestía «mono» azul mecánico, nuevo, correa brillante y pistola en su funda. En el pecho, a la altura del corazón, lucía una estrella dorada correspondiente a la graduación de alférez, pues en los comienzos de las milicias seguían usándose los emblemas militares tradicionales y éstas no sufrieron cambio hasta la creación del llamado Ejército Popular, ya en el año 1937.

El sobrino del dueño había sido llamado a filas y, como sea que cuando hizo el servicio militar fue oficial de complemento, se le había asignado la misma graduación.

Se paseó en silencio por la sala de estampados sin saludar a ninguno de los que estaban pero, con objeto de que vieran que era un oficial del ejército republicano y, por tanto, que seguía siendo más que ninguno de los obreros de la fábrica y, además, por razón de su grado, invulnerable a cualquier intento de perjuicio que alguien le quisiera ocasionar.

Luego de dejarse ver, se fue de nuevo, y según su costumbre sin saludar a nadie, ni despegar los labios, a la nave del tinte para que también le vieran de «oficial» los demás trabajadores.

Lo mismo, Martínez, el que había aspirado a encargado de sección, había sido llamado a filas y se presentó aquella misma mañana, luciendo mono azul y en él el galón de sargento.

Con su carácter vanidoso refirió que, en el servicio militar había sido cabo y que, al reincorporarse, inmediatamente advertido su don de mando innato, se le había ascendido a sargento. Uno de los obreros lamentó, con visible sorna, no hubiese llegado un poco antes cuando estuvo el sobrino del dueño con su estrella de oficial, porque los habríamos visto a los dos, cuadrarse saludándose militarmente de inferior a superior, lo que hubiese sido una estampa divertida. Los demás comprendieron al punto la ironía y la compartieron riéndose a gusto.

Martínez, una vez hubo dejado que le vieran de «sargento», levantó el puño saludando a todos y se marchó pavoneándose con aire marcial.

Arnal, el que por las noches estudiaba para maestro tintorero en la Escuela del Trabajo, sorprendió a todos cuando se presentó en la fábrica y anunció en voz baja, casi tímidamente y la cara de expresión tristona habitual, que se había unido a una muchacha y, seguidamente, enrolado en una de las columnas anarquistas que iban a partir para la conquista de Aragón. Se despidió con sencillez y abandonó la fábrica.

A primeros de agosto llegó a la fábrica la noticia de que Arnal había muerto en el frente de Aragón, alcanzado por un proyectil de artillería que lo había partido en dos. También, mucho tiempo después, supimos que su compañera del «matrimonio de guerra», estaba encinta y esperaba un hijo del infortunado Arnal.

«El Chinito», que vivía en el barrio de «Pekín», de la playa de Pueblo Nuevo, llegaba cada mañana tarde a la fábrica y no al horario señalado porque, decía, vivía tan lejos y como en la fábrica no había nada que hacer, dormía un poco más. Debido a la libertad que se tomaba, la cara se le había sosegado con el descanso y sus ojos aparecían más claros con los párpados despegados.

Me contó que aquellos días, en el Campo de la Bota, en la misma playa, se fusilaba a mucha gente. Con otros chiquillos de su misma edad, había asistido a una de las ejecuciones. El populacho permanecía a la espera antes de que el día clareara con tal de contemplar tan atroz espectáculo. Cuando «El Chinito» me refirió con todos los pormenores lo que había presenciado, la cara se le afiló palideciendo al recuerdo; le brillaban los ojos de una manera dolorosa y su cara de niño pareció envejecerse fugazmente. Era lo mismo que si su espíritu hubiese quedado marcado, a la vista por vez primera y a tan pocos años, de la visión horrible de una vida aniquilada violentamente. Después, «El Chinito», elevó de nuevo su voz aguda, como si, inconscientemente, quisiera borrar de su mente lo que tanto le había impresionado y

comenzaba a reír y a salpicar sus bromas con palabrotas y tacos. Pero yo sabía del daño que había sufrido y que ocultaba con la torpeza de sus palabras.

En algunas ocasiones, cuando Agustín se cansaba de permanecer en el semioscuro despacho que había sido del dueño de la fábrica, salía al patio donde daba, en todo su esplendor, la luz del sol.

Plácidamente, paseábase con los pulgares hundidos entre la correa del pantalón, la chaqueta desabrochada y abierta, dejando al descubierto la pechera de la camisa adornada con la línea oscura y vertical de la corbata que le pendía desde el cuello abajo. Agustín, desde que era del Comité de Control de la fábrica, parecía haber encontrado su estabilidad psíquica. Su cara reflejaba contento de sí mismo y una calma casi abacial, extraordinariamente parecida a la del señor Mercader, cuando todavía era dueño de su fábrica. La barriga de Agustín se parecía mucho más, en aquel entonces, a la del antiguo «Amo», desplazado y alejado de su propiedad.

Aquella tarde se convocó a todos los obreros a una reunión en la sala de estampados.

Agustín tomó la palabra de acuerdo con sus compañeros de Comité y seguidamente expuso que, debido a que la fábrica desde los comienzos de la guerra estaba paralizada, no había motivo de permanecer en ella las ocho horas diarias

divididas en mañana y tarde. Por tanto, era bastante, con acudir a la fábrica o bien por la mañana o por la tarde, según se eligiera, por mayoría, uno de los turnos.

La propuesta desencadenó inmediatamente los desacuerdos entre aquellos que preferían, según sus conveniencias personales, asistir a la fábrica por la mañana y aquellos otros a los que convenía mejor por la tarde y no querían someterse, en caso contrario a sus deseos, a los resultados mayoritarios en una votación.

La discusión degeneró en acalorada disputa. Las palabras de Agustín, cada vez más duras para todos, originaron indicaciones personales no pertenecientes al motivo de la reunión. Aquélla fue la primera vez, desde que Agustín realizaba funciones directoras en la fábrica, en la que le oí tratar a sus compañeros como si él indiscutiblemente estuviera en un plano superior, calificándoles de asnos.

Su oculta soberbia y total carencia de mentalización obrera, quedaban patentes. Advertí, al punto, la ratificación de lo que había intuido en su personalidad: al menospreciable obrero con ambiciones burguesas frustradas.

La discusión y las insultantes palabras de Agustín iban a desencadenarse en una triste sarta de insultos generales.

De pronto, Escrich pidió la palabra entre el alboroto general.

Como sea que jamás había abierto la boca para nada, todos enmudecieron sorprendidos de su solicitud, dispuestos a escuchar lo que quería decir.

Escrich, sin apenas elevar la voz, dijo sencillamente que la solución de problema tan sencillo, no merecía tantas discusiones. Se podía resolver la cuestión, acudiendo por la mañana a la fábrica los que prefirieran tal turno y por la tarde el otro grupo que así lo prefiriera, ¿acaso no estaban todos dentro de la fábrica sin hacer nada, lo mismo por la mañana que por la tarde? En consecuencia, la discusión carecía de sentido y la solución estaba a tenor de la elección de cada uno, acudiendo a la fábrica en el turno que mejor le conviniera.

Siguió un silencio de asombro cuando Escrich hubo terminado de exponer la solución del problema que había dejado de serlo, con la simple aplicación del sentido común.

Hasta el mismo Agustín se mostró muy satisfecho de la resolución y no se abstuvo de mostrarse maravillado por tan fácil resolución.

Ya corrientes los días del mes de agosto cercano, Agustín convocaría a una nueva reunión en la que se comunicaría a todos que, por iniciativa del Comité Central de la Colectividad, se había dispuesto que, puesto que en casi ninguna de las fábricas de la Colectividad se trabajaba, era del todo innecesario mantenerlas abiertas.

Se hacía, por tanto, del todo necesario, concentrar todo el personal del Ramo en dos o tres fábricas, eligiéndose a aquellas industrias que dispusieran de maquinaria más moderna.

La disposición fue aceptada por unanimidad considerando que era de interés para la Colectividad.

Tales medidas me hicieron sospechar que Agustín seguía viéndose con el dueño de la fábrica y, neciamente halagada su vanidad por el trato de deferencia que le otorgaba el antiguo dueño de la fábrica, se le había sugerido el cierre de la fábrica ya que no se trabajaba en ella, consiguiendo el dueño, de tal manera, la conservación de la maquinaria y de las instalaciones de su propiedad que, en su fuero interno, sólo consideraba temporalmente enajenadas. Esta deducción, totalmente hipotética, no era del todo descabellada, teniendo en cuenta de que en el mismo Comité Central de la Colectividad, figuraba entre algún otro más, el dueño de la fábrica Pujol quien, ostensiblemente extrovertía calurosas manifestaciones de adhesión al nuevo estado de cosas surgido.

En consecuencia, se cerró la fábrica Mercader y su personal fue distribuido entre las fábricas Casas, Quera y la fábrica Illa, de Badalona, considerada esta última factoría, en aquel entonces, como la que poseía la maquinaria y la construcción más modernas. Agustín prosiguió ejerciendo su cargo de Comité de Control, en la fábrica Casas.

Algunos de los obreros de la fábrica Mercader se nos trasladó a la de Casas, situada en el mismo barrio del Clot, a la derecha y más allá de la calle San Juan de Malta. Conducía a la fábrica un caminillo que bordeaba la tapia de una industria de cartonajes.

Sus aguas residuales se derramaban en el extenso huerto que se extendía al mismo pie del caminillo. Las aguas de la fábrica de cartones, lo regaban y quedábase encharcada entre las albardillas de la huerta hasta que era absorbida por el terreno.

La filtración del agua dejaba los senderos de la huerta cubiertos de hilachas de cartón, hasta formar, en cada surco, un recubrimiento de pasta de cartón que el dueño del huerto aprovechaba gananciosamente. Dejaba que el calor natural del sol secara completamente aquellas largas tiras de cartón y, una vez totalmente seco, le bastaba recoger las delgadas capas que constituían para él otra cosecha que sumaba a las anteriores cada vez que de la fábrica expulsaban por las tuberías de desagüe las aguas residuales.

Anualmente, el dueño de la huerta, recogía una cantidad respetable de kilos de cartón.

Con frecuencia, cuando iba a la fábrica, me sorprendía ver las fanegas de terreno con sus caminillos y albardillas rellenos de agua que servía para el riego de las coles y que una vez agotada por la sed de la tierra, dejaba largas y anchas

tiras de cartón que parecían piezas de lienzo extendidas, oreándose.

Tiempo después, en plena guerra, cuando la comida escaseaba, una noche, de regreso a mi casa, salté al campo y me llevé una col que sirvió para la comida del día siguiente, a pesar de la reprimenda de mi padre, escandalizado de mi acción.

En la fábrica Casas trabajé de ayudante en las máquinas de cepillar. Quien estaba en la máquina como operario, era un joven compañero que se llamaba Frajernés. Su padre era ferroviario y vivía en las proximidades del puente de Espronceda, en una casa de la Compañía del Ferrocarril construida de exprofeso para viviendas de los empleados.

En la fábrica Casas, cualquier disparidad de criterios surgida entre los operarios y el encargado, era motivo para la suspensión del trabajo y razón suficiente para convocar una reunión de obreros para dirimir una cuestión de simple disciplina laboral.

Viernes, 24 de julio de 1936

Me he encontrado con mi antiguo amigo el vendedor de cacahuetes, cuando pasaba por la calle Montaña, esquina

con la de Nuria, donde actualmente prosigue el colegio de las monjas. El local había sido incautado por el «POUM» y, en una de las puertas, estaba anunciada una conferencia que daría uno de los dirigentes del Partido, Julián Gorkin (Julián Gómez García), para aquella misma tarde.

Mi amigo, el vendedor de cacahuetes, expresó su preocupación respecto al futuro incierto de su pequeño negocio pues, desde que había comenzado la revolución, no había vuelto a montar el carrito de viandas infantiles en las puertas del grandioso «Cine Montaña». En tanto, con su esposa ciega, habían conseguido fácilmente unos vales para los comedores populares, a los que iban a diario. Al despedirnos, le prometí que uno de aquellos días iría a su casa a visitarles a lo que él se mostró muy complacido y contento.

Por la tarde, a las siete, fui con un amigo a escuchar la conferencia de Julián Gorkin, en el que hasta bien poco había sido el colegio de las monjas. Me movió la curiosidad a escuchar al creador del partido marxista creado con Andrés Nin y Joaquín Maurín que equivalía a algo así como una metamorfosis del antiguo Bloque Obrero y Campesino. No comprendí nada de lo que dijo el conferenciante.

Gorkin, por lo menos en aquella ocasión, habló de una manera muy monótona, usando un estilo tecnocrático y teorizante que, además, debido a mi nula formación marxista, hizo que no entendiera gran cosa. El orador vestía camisa azul muy oscura, como uniforme del Partido y en su

rostro muy pálido escrupulosamente rasurado, de ceño fruncido y cabalgando en el puente de la nariz unas gafas de gruesa montura negra.

La sala de conferencia era reducida, muy aseada, blanca, casi ascética en su simplicidad de sillas y de muros blancos. El público muy poco numeroso. Estaríamos unas treinta personas. A causa de la monotonía de estilo casi aséptico se fue apoderando de mí un extraño sopor producido paradójicamente por mi concentrada atención en el orador, cuya figura casi negra, sobresaliendo detrás de la mesa, a la que se hallaba sentado, en contraste con el blanco de la pared de fondo. Por añadidura los cristales de sus gafas eran muy gruesos y la luz de la sala les arrancaba destellos, brillos e irisaciones. Entre los asistentes vi a los dos hermanos Costa que vivían en el laboratorio farmacéutico Uriach de la calle Fomento. El hermano menor, pero de más edad que la mía, iba al mismo colegio con Pasanau y conmigo pero, yo, apenas tuve trato con él, porque marchaba unos cursos más adelantados.

Era un muchacho muy educado y listo. Pintaba muy bien a la acuarela, lo que me causaba admiración. Su hermano mayor era del «POUM», partido político muy minoritario en Barcelona pero cuyos miembros solían ser muy disciplinados y hasta fanáticos. Habían sustituido a Dios por Marx y a la Eternidad por el Paraíso Económico.

El hermano mayor del que era mi condiscípulo, habría ya

cumplido entonces los veinticinco años. Era viajante de calzado. Cuando vivía con mis padres en la calle Montaña, él pasaba con frecuencia por delante de mi casa camino de la suya o de vuelta de ella.

Era un hombre joven, de buen parecer, distinguido y siempre correctamente vestido. Por contraste, a veces, pasaba acompañándose de algunos obreros manuales a los que él orientaba ideológicamente en el trotskismo.

Antes de que estallara la revolución, tenían el local del POUM junto al cine «Hollywood», en la calle Valencia, casi en la esquina de la de Independencia, hasta que, después, se incautaron del colegio–convento de las monjas y de uno de los pisos fronteros al mismo colegio, en cuyo balcón del piso primero campeaba el cartel con el rótulo del partido.

Tan pronto se inició la guerra, el atuendo personal del mayor de los Costa, cambió radicalmente. Desechó la chaqueta y la corbata y se vistió al estilo revolucionario del momento: canadiense de cuero, cinto y pistola pero, a pesar de que aquél era el estilo verdadero según la personalidad de Costa y con el que se mostraba, le era imposible borrar la distinción que había heredado de los suyos y que se traslucía en gestos, andares y palabras.

Se había prometido con una muchacha de la misma calle en que yo había vivido. Era una obrera inteligente, también

de ideas marxistas y antiestalinistas. Era, físicamente, de pequeña estatura y de rostro muy agraciado, sin sofisticaciones de carmín y maquillajes. Sin que le restara femineidad, su aire determinado y seguro, de acuerdo con su ideología. No logro precisar, si fue antes o después de que sobrevinieran los acontecimientos de enfrentamiento entre anarquistas y poumistas con los comunistas, en el mes de mayo del año 1937, cuando el mayor de los Costa embarcó para Méjico, con el propósito de realizar una serie de conferencias de propaganda en aquel país. Se quedó definitivamente en Méjico, donde montó una editorial y, años después de la guerra, envió el ejemplar de uno de los libros clásicos que publicó su editora, con la dedicatoria impresa de exprofeso al que había sido su maestro de enseñanza, don José Vila Arcelos, músico compositor y a la vez director propietario del Instituto Escolar del Clot. En cuanto a la novia de Costa, una vez terminada la guerra, murió en la frontera dedicada a acciones guerrilleras.

También, en la calle Montaña, vivía un joyero ruso casado con una catalana. El matrimonio tenía una hija y llevaban una vida muy discreta. El joyero se llamaba Pedro Neumenko. Era alto, delgado, de pelo rubio, tez blanca delicada y con ojos serenos y azules. Era un hombre educadísimo y reservado. Mi amigo Pepe, que era el único de los muchachos que disfrutaba de la confianza de la familia Neumenko, entraba algunas veces en la pequeña tienda del joyero que también realizaba reparaciones y venta de relojes. En alguna ocasión

había sorprendido al joyero hablando en ruso con el cobrador de la electricidad. No se supo, hasta que había comenzado la guerra que el joyero ruso, Pedro Neumenko, era simpatizante comunista. Cuando llegó a Barcelona «Komsomol», el primer barco ruso cargado con víveres, el cónsul de la URSS Ovseenko, dirigió en ruso un discurso al pueblo barcelonés, en nombre de su país. Al día siguiente, en la primera página de «La Vanguardia», apareció el discurso traducido y firmado por Pedro Neumenko. En adelante, el joyero de la calle Montaña, Pedro Neumenko, quedó agregado al séquito de colaboradores del cónsul ruso. Más adelante, sin duda a causa de sus nuevas ocupaciones, la familia Neumenko trasladó su residencia a una torre del Tibidabo y, al finalizar la guerra marchóse con el cónsul a la URSS. Como es sabido, el fin del cónsul ruso en Barcelona fue trágico como consecuencia de las medidas que empleó Stalin sobre muchos de los que combatieron o desempeñaron cargos en España durante la guerra. El destino de la familia Neumenko quedó ignorado.

Sábado, 25 de julio de 1936

El padre de mi amigo Santiago Pasanau se marchó con la columna «Durruti–Pérez Farrás» a la conquista y ocupación de Zaragoza.

La fábrica de cerveza «Damm» que había sido intervenida por sus mismos obreros y nombrado su Comité de Control, causó asombro, a cuantos lo supieron a causa de la generosa medida que decidió, regalando a cada uno del millar aproximado de obreros que formaban su plantilla, un traje de calle. El Comité puesto de acuerdo con el Sindicato del Vestir, encargó un traje para cada uno de los obreros, hecho a la medida. El color de la tela elegida fue el gris.

Las banderas rojinegras, campeaban en mayor número que las de las otras organizaciones. En todas partes ondeaba la bandera de la CNT–FAI.

A los anarquistas, acostumbrados desde antaño solamente a las persecuciones, la cárcel, los malos tratos y la clandestinidad, les parecía que estaban viviendo, por fin, el gran ensueño de la realización práctica de la Acracia.

En la puerta de entrada de la panadería de la calle Rogent, un miliciano con el «Winchester» colgado del hombro y el pañuelo rojinegro alrededor de la garganta, guardaba con evidente buena fe el orden de la cola de mujeres. Cuando se producía un alboroto o alteración en la cola, entonces, el miliciano, intervenía calmando a todas. Le respetaban porque su rostro anguloso, de tez morena y cejas hirsutas estaba orlado de una frondosa y selvática barba que imponía respeto. Era un hombre que parecía tallado en madera y su rostro hecho de barro de la tierra campesina. Se le adivinaba ser un hombre sencillo pero entero y que suplía sus

limitaciones con la abnegación de servir, como fuese, al nuevo estado de cosas.

Más abajo de la calle, en el paso a nivel del tren, junto a la caseta del guardabarreras, otro miliciano, éste, luciendo la camisa azul celeste del partido socialista, daba cortos paseos montando guardia respecto a un posible peligro inexistente. Al otro lado de la vía del tren estaba en una casita de un solo piso, junto al comercio de un jardinero, el local de la UGT donde sus afiliados se mostraban muy activos entrando y saliendo de continuo partiendo en coches que aguardaban a la entrada y otros que llegaban frenando ruidosamente.

Al pasar cerca del local sorprendí a uno de mis condiscípulos del colegio, vistiendo la camisa azul de las juventudes de su partido. Llamábase Suñer. Era delgado y de pelo rubio pero, por su debilidad de carácter necesitaba obedecer a alguien sin espíritu crítico, para que él se sintiera seguro de sí mismo. Era una especie de joven robot con la cabeza llena de consignas pero que como buen colegial, demostraba gran afición a las tareas burocráticas. En la clase se distinguía más que por su inteligencia por el ritmo uniforme de su caligrafía.

Dos años más tarde, cuando su reemplazo fue llamado al frente, mostró una gran habilidad para colocarse en una sección de servicio cartográfico de retaguardia. Por contraste, Serra, otro compañero de colegio se hizo tanquista y perdió su joven vida combatiendo. También otro muchacho del colegio se alistó voluntario y antes de cumplir

los dieciocho años, era Comisario de Compañía, combatiendo en la Batalla del Ebro.

Llerda, uno de los operarios de la sala de estampados de la fábrica, se marchó a trabajar a una fundición donde se trabajaba para el frente.

Lo encontré en la puerta de la fundición. Vestía la ropa de trabajo. Sonrió maliciosamente y, guiñándome el ojo, me explicó que su porvenir lo veía más claro en la naciente industria de guerra que en la situación de crisis y paro que amenazaba al sector textil. Trabajaba muchas horas, ganaba mucho más y, en ventaja, a los obreros de las fábricas de material de guerra se les daban facilidades para adquirir alimentos en los economatos que la industria de guerra había creado.

Me confió que, como viejo afiliado a la CNT, le había sido relativamente fácil encontrar aquel puesto y estaba muy contento de ello. Era preciso ayudar, cada uno según sus medios y capacidades, a ganar la guerra que se prometía difícil, larga pero de indiscutible triunfo.

Me preguntó cómo marchaba la fábrica y después por los trabajadores haciendo malicioso hincapié en Agustín, el del Comité de Control.

Cuando le dije que seguía ostentando el mismo cargo se echó a reír despreocupadamente, aclarando luego que

Agustín tardaría mucho tiempo en volver a calzar los zuecos; habíale cogido gusto a dirigir y le era agradable ir en el coche que había sido del dueño de la fábrica.

Volvió a guiñarme el ojo maliciosamente y como sea que le llamaron desde el interior de la fundición con un vozarrón, se despidió de mí levantando el puño cerrado y diciéndome para no confundirme con sus palabras antedichas: «Pero yo, siempre con la ceneté». Y desapareció en la oscuridad del interior de la fundición.

Por la noche encontré a José Ardenas en la biblioteca. Dejó el libro que estaba leyendo y, a lo que le dije, me advirtió mientras sus ojos vivaces relampagueaban en su rostro surcado de arrugas: «No dejes desconcertarte por lo que veas y oigas, Juan. Observarás muchos contrasentidos, mas no les des más importancia que la que entrañan debido, precisamente, a la condición humana. Date cuenta que muchos que ves por ahí, diciendo que son aquello que, por su misma apariencia y comportamiento contradicen, ni siquiera alcanzan a ser los fantasmas de las ideas que alumbraron aquellos que las difundieron con claridad de inteligencia, meditación y amor por los que siguieron sus banderas».

José Ardenas, sonrió silenciosamente, cerró el libro y devolviéndolo al anaquel, me fue diciendo confidencial y amigo:

–Cuanto ocurre ha constituido una sorpresa para todos.

Jamás, los anarcosindicalistas revolucionarios, habían imaginado victoria tan rotunda y pronta: ha sido ésta, un regalo para nosotros, pagada, ciertamente, con la sangre de los más resueltos y abnegados, pero una sorpresa de la que todavía no se han recobrado y así viven, sin darse cuenta del tiempo que pierden, en el entusiasmo del triunfo. Ya todo es «nuestro» y... no es «de nadie». La revolución está en marcha para alumbrar un «mundo nuevo» pero... los hombres son «viejos» y, para llevar a la realidad el gran ensueño de la Anarquía necesitase de hombres «nuevos» que... no existen, Juan. No están por parte alguna. Los mejores, en todo caso, son impelidos por una voluntad de cambio; los demás se mueven de reflejo de la personalidad de los que los acaudillan o dirigen. Les empujan más las emociones que las ideas que poseen y que son incipientes, no como frutos madurados por la reflexión profunda de aquellas lecturas que educan al hombre para hacerlo mejor para bien de los demás. La FAI ha sufrido un alumbramiento prematuro y su fruto actual, recién nacido, fallecerá asesinado por sus enemigos o por sus propias imperfecciones a causa de su poca maduración. Lo verás; también yo. Pero esto no importa para que siga pensando individualmente lo mismo que siempre hice, y ahora y después y siempre seguiré haciendo, paciente a los naturales fracasos como a los pasajeros triunfos. Lo cual no es inconveniente para reconocer los errores y de los mismos aprender para un futuro. ¿Qué son pues, los siglos en la historia de la Humanidad, Juan? Nada. Un parpadeo.

Tampoco los sueños frustrados representan otra cosa que los tropiezos de la marcha del ser humano hacia un futuro en que, más evolucionado en el orden moral e intelectual, lo hagan capaz para una sociedad armónica. Lo de ahora y hasta lo de mañana, son pisadas inciertas hacia la Humanidad del tercer milenio, cuando, quizás, el hombre sea menos «viejo» y represente la evolución del homínido actual metamorfoseado en hombre «nuevo», por lo que Kropotkine llamaba la *demopedia* o enseñanza del pueblo. Pues, sin quinientos años de educación ininterrumpida que es la única forma posible de «revolución permanente», los hombres serán, a excepción de grupúsculos muy minoritarios, esclavos de una u otra intolerancia despiadada... hasta la de ellos mismos. Medita y aprende, Juan. No te dejes jamás conducir de la impaciencia. Trabaja en silencio, no vociferes y desconfía de todos aquellos que reclaman a gritos, pues éstos pierden lo mejor de sus energías en vanas palabras que el poder no escucha y que, a veces, también sabe enmudecer, con cerrarles la boca con aquello que descubre ser la debilidad que ocultan tras sus voces. Sé, en lo que permita tu medida humana, consejo y luz para tus más inmediatos semejantes; presta ayuda a los portaestandartes honrados, ofreciéndoles palabra de ánimo y calor de solidario afecto, porque luchan siempre muy solos. Pero no desesperes a los que perdieron la esperanza. Diles que la Revolución deben primero hacerla en su propia alma y, en la claridad de su pensamiento; que, primero y ante todo, sean hombres conscientes y de tal modo lo serán también de su

mundo propio cuando consigan adquirir un cambio profundamente psicológico en sí mismos y hagan de su conciencia individual una conciencia universal. Sólo así. Por eso, ahora que las calles y los balcones andan llenos de banderas roji-negras y «Los Hijos del Pueblo» es cantado a coro; cuando parece que la Utopía va a convertirse en realidad palpable, nadie advierte que la Utopía está siendo asesinada al querer adelantar y encerrar el tiempo futuro en el imperfecto tiempo presente. Sin embargo, bueno es que lo sepas, pero no se lo digas a nadie: morirán los generosos en la empresa empeñada y seguirán viviendo los prudentes y calculadores de su entrega.

Es la ley de la evolución pues siempre los muertos fueron la mejor semilla del futuro y, aunque así no parezca, reencarnan en sus descendientes por herencia genética y es como si rebrotaran, como si aquellos que dejaron de ser fuesen inmortales y regresaran de la aparente Nada y jamás hubiesen perecido: sólo a manera de aquel guerrero que se hubiese alejado para, en la noche y en el silencio, velar las armas para estar pronto, a su momento, a reanudar la lucha por recobrar el Paraíso Perdido y, desde entonces añorado por la especie humana, que simboliza y equivale a la realización de la imposible Utopía.

José Ardenas, hablaba despacio, con la voz baja y sugerente. Las pupilas le relumbraban penetrantes e inteligentes. Por su condición obrera se desenvolvía entre los demás trabajadores como uno más pero, conservando, sin

soberbia, la independencia de pensamiento, admitiéndoles como eran pero sin excusarles sus desviaciones y flaquezas.

Fue él quien despertó en mí la afición al maravilloso mundo de los libros. Me descubrió la belleza y altura de pensamiento en *El Banquete* de Platón; el estoicismo del hombre frente a las desventuras de la existencia en las *Cartas a Lucilio* del inmortal cordobés cuyas obras figuraban en la magnífica colección «Bernat–Metge» con sus correspondientes textos grecolatinos traducidos al catalán y cuyos volúmenes, Ardenas guardaba celosamente bajo llave en una de las vitrinas de la biblioteca junto a los tomos de los «Clásicos castellanos».

Por él comencé a leer, indistintamente, al conde Volney y a Renán, al demoledor Max Stirner, en su *El único y su propiedad*, a Zola, Romain Rolland, Panaît Istrati, Gorki, Tolstoi, Andreiew, Korolenko, Gogol, Dostoyewski, mezclados todos, sin orden ni concierto ni disciplina alguna con Rubén Darío, Blasco Ibáñez, Lorca, Mateo Alemán, Gracián, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Valle Inclán, Oscar Wilde, con Ibsen, Knut Hamsun con Giovanni Papini, Wasserman y Tomás Man, Emerson con Plutarco, Heine, Homero, Ovidio y Goethe, todo en una revuelta baraja de autores diversos y de distintas calidades e idiosincrasias que fermentaron en mi espíritu e imaginación juveniles, en contrapuestos sentimientos e ideas pero, a quienes y a todos, indistintamente, debo gratitud, como a tantos otros autores que con la lectura de sus obras me acompañaron a

lo largo de la existencia y cuyos monólogos, inaudibles, de sus lecturas me consolaron en el infortunio, con la belleza y altura de sus pensamientos, por la belleza de su arte, ofreciéndome la única herencia valiosa que me ha dispensado la vida y que me acompañará, como el más hermoso de los vestidos, hasta el fin de mis días y del que no me podrá despojar ni la adversidad, ni poder humano alguno; sólo la muerte podrá arrebatarme tan bello atavío con el que me obsequiaron. Pero, cuando sea llegado el momento, habré comenzado a ser aprendiz de hombre.

Domingo, 26 de julio de 1936

La familia de mi amigo Santiago Pasanau, recibió la mala noticia de que el padre, que salió con la columna «Durruti» para conquistar Zaragoza, había sido herido en la toma de Caspe.

En el primer asalto, las reducidas fuerzas de la Guardia Civil de guarnición en la Plaza, secundadas por paisanos adictos al Alzamiento, habían obstaculizado enérgicamente el avance de los milicianos, obstruyendo el puente con impedimentos de toda clase, rechazando el ataque y asalto de la población, provisionalmente.

Durante el violento tiroteo, el padre de Pasanau, mientras

disparaba, advirtió de pronto y tardíamente, a uno de los guardias de la defensa de la Plaza que le apuntaba con su mosquetón. Al mismo tiempo sintió el golpe y dolor del balazo al perforarle la barriga el proyectil. Socorrido inmediatamente por sus propios compañeros, fue trasladado y se le hizo la primera cura de urgencia y, después trasladado, debido a la gravedad de la herida, a un cortijo donde fue encamado y atendido.

La noticia la había facilitado a la familia un miliciano que, desde Bujaraloz, había bajado a Barcelona. Pero ya por aquel entonces, Caspe había sido tomada después de una encarnizada lucha, entrando los milicianos en la población a punta de fusil y a bomba de mano, como diablos enfurecidos. Los defensores de la Plaza fueron implacablemente aniquilados.

Se les había dicho a los familiares de Pasanau que si la gravedad de la herida persistía, el herido sería trasladado urgentemente a una clínica de Barcelona.

Pasanau, cuando me lo contó estaba triste pero, al mismo tiempo, sentíase orgulloso de su padre y de la estima que le profesaban sus compañeros. Su madre, sin embargo, pensaba qué sería de ellos si su esposo falleciera. No dudaba de la ayuda solidaria de sus compañeros de ideología pero, ¿quién iba a restituirle el amor de su marido y quién a querer tanto como él a sus hijos?

Me despedí de mi amigo hasta el día siguiente, que volvería a visitarle para saber si su padre había experimentado alguna mejoría en la gravedad de su estado. Aquella noche, despierto en mi cama, recordé al padre de Pasanau, viéndole arriba del pescante del carro de transporte de la cerveza «Damm». Llevaba la camisa blanca debajo del chaleco desabrochado; los brazos fuertes, anchos los hombros, bien plantada entre ambos, la cabeza de cara alegre, de expresión franca y varonil. Y después, lo imaginaba en el lecho, con el rostro desencajado por el dolor, los ojos relumbrantes de fiebre, perdida la mirada más allá de los muros de la habitación del cortijo aragonés, donde había sido acogido. Lo imaginaba pensando en sus hijos, en su esposa distante y aquella herida tan próxima, en su misma carne, que le había perforado el estómago y que, con un grito, que nadie más que él podía oír porque procedía de las fibras de su carne y de las raíces de su vida, le gritaba que ésta se le iba como agua entre los dedos por culpa de aquel balazo que le había disparado, sin que él tuviera tiempo de evitarlo, aquel mosquetón y aquel guardia a quien nunca había visto y desconocía como el tirador a él.

* * *

Sarrau había regresado a Barcelona desde uno de los pueblos cercanos y me contó su trabajo en el que le secundaba otro muchacho. Éste no tendría más de diecisiete años. Yo le había conocido poco antes de comenzar la guerra. Era de carácter sencillo y grave. Parecía tener más años de los

que correspondían a su edad. Vestía pantalón de tela azul mecánico y chaqueta del mismo género y color. Llevaba el cuello de la camisa abrochado, pero sin corbata, e iba siempre limpio y bien peinado con la raya a un lado de la cabeza. Su trato era suave y en su mirada tranquila había reflexión. Liberto Sarrau, en cierta ocasión, a solas conmigo, me lo había definido con las siguientes palabras: «Posee cualidades para ser un buen anarquista.» Y juntos se habían marchado de Barcelona a fundar economatos obreros por los pueblos.

Desde que había comenzado la revolución, Sarrau ya no había vuelto a la fábrica arguyendo que había mucho trabajo que llevar a cabo en mejores sitios y que los acontecimientos que se desarrollaban precipitadamente unos sobre los anteriores, requerían de la colaboración incondicional de todos los afiliados a las Juventudes Libertarias.

Antes de separarnos, me dijo que como iba a estar unos días en Barcelona, se interesaría por el estado del padre de nuestro común amigo Pasanau.

Lunes, 21 de julio de 1936

En la fábrica, uno de los encargados había dado una voz fuerte acompañada de una palabra ofensiva a uno de los

trabajadores de la sala de cepillo y, éste detuvo la máquina y se fue directamente a quejarse de la falta de respeto sufrida, al Comité de Control en la oficina de la fábrica Casas. El encargado de la sección fue detrás del operario para replicar a la queja del subordinado. Acabaron gritando todos por no entenderse. Entonces, de regreso a la sección, el obrero les dijo a los demás que el encargado y los del Comité eran todos unos. Los demás trabajadores hicieron causa común con el primero en su protesta.

Como réplica, por orden del Comité, se paró todo el trabajo convocando a una reunión a todo el personal. Los emanados dejaron de rodar, las máquinas de cepillar las madejas se detuvieron; también los que trabajaban en la sección del cloro y almidonado, suspendieron el trabajo. La prensa se paró.

Fuimos todos a una dependencia contigua muy amplia y una vez reunidos, el Comité tomó la palabra aleccionando los obreros y diciéndonos que no debíamos olvidar que los tiempos habían cambiado.

La fábrica ya no era del dueño sino de los obreros y su producción nos interesaba a todos por igual. No había que confundir la libertad con el libertinaje y que, lo que algunos tomaban ofensivamente por disciplina no era otra cosa que necesidad de orden y eficacia: el encargado ya no era un servidor incondicional del «Amo» de la fábrica, como antes de la revolución, sino una cabeza ordenadora en la

distribución del trabajo entre sus compañeros y a quien había que obedecer para la buena marcha de la producción.

El encargado permanecía en silencio pero se advertía que estaba de acuerdo en que se valorizara su cometido. También los demás, pero el obrero que en su discusión con el encargado había originado el paro, fruncía el ceño y, uno de los del Comité, dándose cuenta de que el trabajador se quedaba con algo que decir, le concedió el uso de la palabra. Un obrero de la sala de cepillados, protestó vivamente: «Estoy conforme, pero en lo que no lo estoy es en que el encargado me llame como me ha llamado.» El encargado, entonces, intervino por su propia iniciativa, preguntándole con voz fuerte y al mismo tiempo reconviniéndole: «¿Y tú crees que por tu causa debe pararse toda la fábrica, por lo que te he dicho?» «¡Me has llamado burro!» protestó el primero, el encargado, muy serio, replicó de inmediato a su vez: «¿Es que, acaso, no lo eres?» Y añadió, dirigiéndose a todos humorísticamente y sin malicia: «Ése es de aquellos de los que decía mi padre, que se mueren de viejos y todavía no saben dónde tienen la cara». La carcajada fue general por la ocurrencia del encargado. Hasta tal punto que el mismo obrero acabó por reírse a las palmadas a la espalda que le daban jovialmente sus compañeros.

El Comité, por boca de Agustín, dio por solucionado el conflicto y todos regresaron a su puesto de trabajo. Las máquinas volvieron a funcionar.

Mientras las madejas extendidas entre los cilindros de metal dorado giraban frotadas por los cepillos y el operario iba separando habilidosamente las fibras entre las puntas de los dedos, hasta convertir la madeja en una suave cortina de hilos deslindados entre sí, alguno sonreía todavía recordando la ligera trifulca habida en la reunión y cómo, por motivos tan baladíes, se había interrumpido el ritmo productivo de la fábrica. No era cosa fácil aprender a ser dueños de lo que jamás habíanlo sido.

Tal como había dicho don Ramón del Valle Inclán, «los obreros se reproducen populosamente, de un modo comparable a las moscas. En cambio, los patronos, como los elefantes, como todas las bestias poderosas y prehistóricas, procrean lentamente».

Según las anteriores palabras del gran Valle Inclán, en *Luces de bohemia*, a los obreros les iba a costar mucho tiempo aprender a ser dueños, no sólo de todo, sino lo más importante, de sí mismos: iban a malograr el aprendizaje, por múltiples causas, aunque muchas de ellas iban a ser totalmente ajenas a ellos.

La madre de mi amigo Santiago Pasanau, cada día sentíase más angustiada por la vida de su esposo que estaba herido en Aragón. No habían vuelto a saber nada más desde el día anterior.

En la sociedad del humilde comedor de su hogar obrero, donde sólo había la mesa y las sillas indispensables para tomar asiento alrededor de ella a las horas de la comida familiar, la madre de mi amigo permanecía callada y pensativa, con el ánimo encogido y sobresaltado por la constante inquietud, lo mismo que si su corazón fuese un pájaro asustado.

En el sindicato de «La Farigola», seguían admitiendo voluntarios para las columnas que combatían en el frente aragonés.

Por la calle San Juan de Malta, a la altura del Clot, pasó uno de los coches blindados con destino a Aragón. Iba pintado con grandes letras de «CNT-FAI» y, además la frase «A POR ZARAGOZA». La gente se detenía a mirar la impresionante armadura rodante. Unos decían que había sido construido en los talleres «Girona» en Pueblo Nuevo, otros aseguraban que lo había sido en los talleres «Elizalde», cercanos a la Travesera de Gracia y en el paseo de San Juan.

Uno de los ocupantes del coche asomaba medio cuerpo por la torreta metálica del blindado. Lucía gorro rojinegro y pañuelo alrededor del cuello con los mismos colores. Levantaba el brazo con el puño cerrado y gritaba en su entusiasmo: «¡Ceneté-fai! ¡Ceneté-fai!» Y cuantos se encontraban en la calle, en balcones y ventanas, hombres y mujeres, correspondían al saludo levantando a su vez el puño cerrado, al desfile del descomunal vehículo-fortaleza.

Pero, indudablemente, no todo el mundo asomaba a la calle, ni a los balcones y ventanas.

Uno de los obreros de la fábrica, compañero de toda confianza de los que formaban el Comité de Control, me había dicho confidencialmente que el señor Mercader estaba escondido en su casa de Horta y que el mismo Comité de la fábrica había extendido su influente tutela sobre la seguridad de su persona con objeto de protegerle para que ninguna patrulla volante fuera en su busca para asesinarle.

Por las noches, los coches de patrulla recorrían las calles dormidas y se detenían ante las puertas de las casas de aquellos que por razones de su posición social económica o idiosincrasia antes del estallido de la guerra, eran clasificados como enemigos del nuevo estado de cosas surgido.

Las delaciones eran o infundadas y siempre insuficientes para los extremos irremediables de su trágico desenlace para las víctimas de antemano escogidas y señaladas. Durante los días de julio y de los meses que siguieron había niños que despertaban de su sueño nocturno con el terror pintado en sus grandes ojos abiertos en la oscuridad de las habitaciones. Hombres y mujeres que siempre durmieron en sosiego, sentían detenérsele el corazón cuando un automóvil rondaba por las sendas de la ciudad envuelta en tinieblas.

Martes, 28 de julio de 1936

El Comité de la Colectividad decidió crear un Laboratorio Central de la misma, en el que se colocó como responsable al químico tintorero José Fabregats, considerado como uno de los mejores químicos del Ramo. Fabregats, que era dueño de una de las fábricas incautadas, había modificado desde el triunfo de los anarcosindicalistas su atuendo personal acostumbrado. Desde días después de la primera quincena de julio, había dejado los zapatos y calzaba sandalias sin calcetines en los pies; se subía el cuello abierto de la camisa sobre la chaqueta y, como era calvo desde su juventud y de cráneo desafortadamente dolicocefalo, su estampa personal cobraba aires de sabio científico, semblanza que cultivaba añadiendo a su prestancia la lectura del tratado de química analítica de Kurtman. Iba a diario andando al laboratorio de la calle Ali-Bey, leyendo el voluminoso tratado. Lo mismo hacía a su regreso.

Sabía que desde que la clase obrera perdió su respeto por la Biblia, hizo extensiva su veneración a todos los libros en general y distinguió ingenuamente, con el mismo respeto, a todos cuantos llevasen un libro en sus manos, entendiendo en los mismos gran amor a la cultura y, en consecuencia, a todos los seres humanos ya que, de otra manera, ¿para qué servía el ser culto, de no ser para desarrollar entre los hombres mejores relaciones de existencia?

El antiguo dueño de su fábrica, el químico Fabregats, se había metamorfoseado astutamente en su apariencia de pensador vegetariano, distante en el ensimismamiento de lector, de otro patrimonio que no fuese el de la cultura y, por su aspecto callejero, se le confundía con un propagandista de la revista «Pentalfa» dirigida por el profesor Capo que gozaba de gran predicamento en los medios naturistas y ácratas.

En el mismo Laboratorio Central, el Comité de la Colectividad, en cuya dirección se habían introducido algunos fabricantes para mejor proteger sus antiguos intereses, se había destinado como laborantes, a las órdenes del químico Fabregats, a los hijos de los patronos cuyas fábricas habían sido colectivizadas, respetando los mismos Comités obreros el derecho al trabajo de los hijos de sus antiguos patronos.

Los barriles de colorantes de las diversas fábricas del Ramo habían sido todos reunidos en el almacén del Laboratorio Central de la Colectividad para su clasificación. Sin que se supiera la verdadera causa, muchos de aquellos barriles y latas de colorantes, aparecían con sus etiquetas clasificadoras, rotas o arrancadas parcialmente, habiendo por tanto desaparecido los datos de sus características y la marca de la fábrica de colorantes desde las que, en su día, habían sido expedidos.

La labor subsiguiente de análisis cualitativo del colorante de cada barril hasta ser concretadas correctamente sus

características, iba a ocasionar una gran pérdida de tiempo por el crecido número de barriles existentes y en consecuencia su laboriosa clasificación.

El químico colorista Fabregats, que conocía perfectamente el italiano, iba trasladando minuciosamente los resultados de los análisis y su enriquecimiento profesional en los procedimientos de análisis, a una libreta de tapas duras y de colores jaspeados, en la que, para su conocimiento exclusivo, escribía en italiano su trabajo cotidiano en las grandes páginas, con letra menuda y apretada, trazada en tinta verde brillante, su color preferido. Cuando alguno de sus auxiliares de laboratorio le observaba el olvido de la libreta sobre la mesa, sonreía irónicamente, sobreentendiéndose que ningún obrero iba a saber lo que en ella se había anotado.

El trabajo, en las fábricas de tintes del Ramo, debido al desorden originado en aquellos días de julio que se transformaban en el preludio de una guerra atroz y duradera, había desquiciado toda la organización laboral anterior. Una de las pocas industrias que concentraba los pocos pedidos de producción era la fábrica Illa, de la calle Pedro IV, que conduce a Badalona.

En grandes titulares, en la primera página de «Solidaridad Obrera», había aparecido una frase que era, al mismo tiempo, un grito de combate: «¡A TREINTA KILÓMETROS DE ZARAGOZA!»

Miércoles, 29 de julio de 1936

Cuando regresaba de visitar a mi amigo, el vendedor de cacahuetes, vi venir en sentido contrario por la misma calle, al viejo Chalmeta, el estampador. No le había vuelto a ver desde que me trasladaron desde la fábrica de la calle Dos de Mayo, a la de «Can Casas».

El viejo Chalmeta me vio a su vez, pues noté que me dirigía una breve mirada por debajo de la visera de la gorra, con su expresión de habitual malhumor.

Posiblemente se hubiese cruzado conmigo con un sólo saludo de cabeza a no ser que yo, que me alegraba de volver a verle, no le hubiese salido al encuentro, porque su original personalidad y rareza de carácter me era simpático, debido al contraste que ofrecía con su aspereza y adustez, la ternura que demostraba al hablársele de su hijo torero.

Se detuvo, mirándome sin manifestar en su rostro surcado de múltiples arrugas, ni contento ni contrariedad. Los surcos de su rostro, finos y entrecruzados, así como los pliegues nasolabiales con expresión de amargura inveterada, mantuvieron la misma desgana que manifestaba en silencio, con los reveladores signos del lenguaje facial hacia todas las cosas de la vida que le rodeaban de manera más inmediata.

Vestía con sencillez ropas de calle. Sobre la camisa, alrededor del cuello, llevaba anudado un pañuelo de seda blanco, con las puntas metidas debajo de cada lado de la chaqueta. La gorra oscura, con la visera alicaída sobre los ojos, siempre irritados, acentuaba todavía más la palidez marchita del rostro. Las mejillas flojas parecían despegadas de la escasa carne, como vejigas deshinchadas y flácidas. Sus ojos me miraron con relampagueante impaciencia, pues no adivinaba el motivo de la detención sólo para saludarle. Pero, al punto, cuando le pregunté por su hijo, su cara, lo mismo que en todas las veces anteriores, se transformó mostrando al descubierto la única pasión por la que, posiblemente, seguía vivo. Vertió, al instante, su preocupación por aquél al que sentía tanto amor, contándome que, con el nuevo estado de cosas no eran solamente los ricos y los dueños de las fábricas los que peligraban, sino también el futuro de los toreros. ¿Qué le importaba a él la revolución social si terminaba con las corridas de toros? La revolución no sentía simpatías por la Fiesta Nacional, a la que consideraba embrutecedora para el pueblo y bárbara en su significación de dar muerte a un noble animal que sólo manifestaba su poderío agresivo, obligándosele a ello. Si la revolución estaba en contra de las corridas de toros, entonces, él, Chalmeta, el obrero de toda la vida, se declaraba enemigo de la revolución que impedía y frustraba la carrera y el talento de diestro de su hijo torero.

El viejo Chalmeta se mostraba abatido e irritado al mismo

tiempo. Movía desesperanzado la cabeza, de un lado a otro. Después, me dijo que lo mismo le daba trabajar en una fábrica que en otra. Toda su vida había sido un obrero explotado y lo mismo iba a serlo en adelante. Su existencia no tenía otro signo que el ser, hasta el fin de sus días, un pobre obrero sin redención económica y así, él aseguró con el pulgar del puño cerrado, indicando hacia arriba, en la tarde soleada, que estaba escrito en los astros, en las estrellas, y la suya debía poseer muy poco esplendor y si alguna luz había en ella sería la de haberle dado aquel hijo en cuya carrera había cifrado tantas esperanzas y angustias y que, ahora, frustrándose, parecía indicarle que la pequeña estrella del destino de Chalmeta había tenido solamente una pálida y tristona luz.

Procuré animarle pero sin resultado, porque, ¿quién presta atención a las inexpertas palabras de un mozalbete que sólo comienza a vivir?

Cuando prosiguió su camino, le miré unos instantes viéndole alejarse con su paso corto, rápido y nervioso, un poco corcovado, más por enojo contra todo que de años vividos y hasta quizá por ambas razones. Como sea, poco podía yo imaginar que jamás volvería a ver al viejo Chalmeta y que hasta muchos años más tarde, cuando él ya no existiría, sabría de su muerte.

Jueves, 30 de julio de 1936

Me enteré de que el padre de Pasanau había sido trasladado urgentemente desde Aragón a una clínica de Barcelona debido a que la gravedad de su estado se había acentuado y apremiaba salvar su vida. Se estaba muriendo. Ya era demasiado tarde.

Se llamó a los suyos que acudieron a su lecho de muerte, viéndole expirar.

Por la noche hablé con su hijo, Pasanau, en la puerta de la escalera de su casa. Me contó que su padre, antes de fallecer, le habló dándole sus últimos consejos y contándole por qué había combatido y perdido la vida en la lucha. No había hecho otra cosa antes del advenimiento de la guerra, y en los breves días que ésta llevaba comenzada, que dedicar su vida para hacer más hacedora la existencia de los obreros. Para eso había combatido siempre: para que los pobres fueran menos pobres moral y materialmente. Algo así fue lo que le dijo mientras expiraba: que jamás había sentido odio contra nadie pero sí siempre rebeldía contra la injusticia.

En tanto se despedía de su hijo, los compañeros del que moría, permanecían al pie del lecho, con el dolor reflejado en el semblante por el amigo que perdían.

La madre de mi amigo Pasanau, junto a la cama, tenía los

ojos arrasados de lágrimas. Nada decía. En tanto, retenía sobre el halda a la niña pequeña.

Con la voz entrecortada y los ojos desmesurados, encendidos y febriles, el padre de Pasanau le fue hablando a su hijo con la voz queda pero llena todavía de entusiasmo por lo que moría, hasta que, de pronto, sus pupilas quedaron inmóviles con fulgor vidriado y la boca entreabierta expiró el último aliento.

Aquella noche, en la puerta de la escalera, me contó Pasanau que quizá su padre se hubiese salvado de morir de la herida recibida a no ser por el error que cometieron al darle de beber en el cortijo donde le tuvieron encamado.

Desde aquel momento su gravedad se acentuó, llevándose irremediablemente a la muerte.

Mi amigo, que todavía no había cumplido los dieciséis años, me dijo, con la voz apagada pero serena, lo mismo que si hubiese recibido con las últimas palabras de su progenitor, la herencia de un aplomo y energía diamantinos que debían acompañarle hasta el fin de sus días.

Era un adolescente como yo, sin embargo, en aquellos tristes instantes de pérdida tan grande como insustituible, reflejaba una gravedad impropia de sus jóvenes años y sería, quizá porque cada vez que un hijo pierde a su padre y todavía más cuando es pobre, adquiere inmediatamente, mayoría

de edad y sin que exteriormente se advierta, interiormente se vuelve, infortunada y dolorosamente, en un hombre.

Me refirió que el entierro había sido dispuesto para el día siguiente. El cadáver sería trasladado por deseo de sus compañeros de ideas y de trabajo, así como con el consentimiento de la viuda, a la misma fábrica «Damm», donde había trabajado durante años. En una de las dependencias, el Comité había dispuesto que se instalara la capilla ardiente. El entierro saldría de la fábrica.

Cuando después de despedirme de mi amigo, diciéndole que a la mañana siguiente acudiría a su casa a dar el pésame a su madre, mientras me alejaba por la calle, camino de la mía, pensé en la madre de Pasanau, imaginándola en el vacío de su hogar humilde, llorando la pérdida, por siempre más irreparable, del hombre que, amándola, había dado su vida por amor también a una España que soñara distinta, al desearla mejor para todos los españoles indistintamente.

Viernes, 31 de julio de 1936

Por la mañana fui a visitar a la madre de Pasanau. Me abrió la puerta mi amigo y me condujo por el pasillo hasta el comedor, donde su madre se encontraba sentada silencio-

samente en un magnífico sillón que contrastaba con la humildad de su vestido.

Noté al instante que todo el mobiliario del piso había sido cambiado y que las sencillas sillas de barniz opaco, por haber perdido el brillo con el uso de años, habían desaparecido.

Dije algunas palabras a la desventurada mujer y ella asintió brevemente con la cabeza, mirándome un instante con sus ojos tristes.

Acompañándola se encontraban algunos de los amigos de su fallecido esposo. Guardaban silencio porque sabían que en aquellos momentos la ausencia de palabras era la mejor expresión de su sentido respeto.

Después, Pasanau me llevó a su habitación y me contó que los compañeros de su padre, deseaban a toda costa demostrarles que no quedaban solos y que, en adelante, la familia contaría siempre con el apoyo incondicional de aquella otra inmensa familia que formaba la clase obrera.

A su manera, habían querido compensarles y demostrarles su dolor y afecto, llevándoles muebles diversos, sillas y sillones para su comodidad, todos ellos de las requisas de aquellos últimos días.

Pasanau me mostró la cómoda de su habitación, sobre cuyo mármol blanco se apilaban libros que trataban de las

más heterogéneas materias. Me enseñó un par de diccionarios, de latín y griego, diciendo que los compañeros de su padre se los habían regalado para que le sirvieran en sus estudios pues querían demostrarle a toda costa, de una u otra manera, su interés por la familia que con la muerte del padre había perdido su más recio puntal.

Cuando me marché, vi a la pobre viuda, sentada en el fondo del corredor del piso, en la sala comedor, hundida su sencillez de madre y esposa en el magnífico sillón que la habían regalado y advertí en su gesto la profunda soledad de su corazón herido por la muerte de su esposo y la soledad de los hijos rodeándola como alrededor del tronco del árbol de la vida al que habían desgajado, como en otros tantos hogares, la más poderosa y amada de las ramas.

Por la tarde se llevó a cabo el entierro de Benito Pasanau, cuyos restos se habían depositado en la improvisada capilla ardiente, cubierto el ataúd con la bandera rojinegra, en la fábrica «Damm».

También, en su homenaje y memoria, se le había dado nombre a la calle Rogent del Clot, que, en adelante y durante toda la guerra se llamó de Benito Pasanau.

Los obreros de muchas fábricas de la barriada estuvieron desfilando ante el sencillo ataúd, durante horas. Cuando llegó el momento del definitivo traslado, el patio exterior de la entrada a la fábrica de cerveza «Damm» aparecía lleno de

los obreros de la misma y de otros de muchas industrias que deseaban despedir a uno de los primeros caídos en la lucha de Aragón, con la columna «Durruti».

En la calle, a ambos lados de la puerta de verja de hierro de la entrada a la fábrica, estaban al aire las banderas rojinegras con las iniciales de la CNT y de la FAI, en cada ángulo de los dos triángulos.

El cortejo fúnebre encabezado por el ataúd, llevado a hombros de los obreros, salió de la fábrica, avanzando lentamente entre el gentío que se apiñaba en las dos orillas de la amplia calzada.

Detrás del féretro, encabezando el duelo, iban dos muchachos y un niño de corta edad. Uno era mi amigo, el hijo de Benito Pasanau, que llevaba de la mano a su hermano menor; el otro chico era Liberto Sarrau. Después, seguía el millar de obreros de la fábrica de cerveza «Damm» mezclados con los de las otras fábricas del textil de los barrios del Clot, Pueblo Nuevo, San Andrés y Pueblo Seco.

De pronto, en el silencio imperante, al mismo tiempo que el ataúd llevado a hombros abandonaba la fábrica, donde el obrero fallecido había trabajado como conductor de uno de los carros de transporte de barriles de cerveza, rompió, atronadoramente en el aire, el bronco y profundo sonar de la sirena de la fábrica «Damm».

Sonó una vez y otra y otra. Así, hasta diecisiete veces, tantas como años había trabajado en la fábrica el obrero que sus compañeros llevaban a enterrar.

La comitiva fúnebre cruzó la calle Dos de Mayo y enfiló por la de Fresser hasta alcanzar la longitud de la calle Montaña, descendiendo por ésta, poco a poco.

En el aire, seguían los toques de la sirena de la fábrica extendiendo sobre el barrio obrero la gravedad profunda de su poderoso rugir agigantado.

El sonido extendía las alas en el aire, volaba sobre los hogares y los tejados sobre los que sobresalían las chimeneas de las fábricas. Vibraba la sirena extendiéndose como amplias y grandiosas alas abiertas alrededor de su boca que gritara a voces, por doquier, a las galerías de las casas, a sus ventanas y balcones que un obrero había dado su vida por el soñado bienestar futuro de todos los españoles y que aquellas diecisiete afirmaciones de sonido rotundas como gritos dados en el aire, eran los años de la existencia de trabajo de aquel hombre ofrecidos y dedicados a lo que él había estimado la más generosa entrega en la esperanza del logro de un mundo mejor.

En tanto el sonido retumbaba grave y resonante sobre las casas del barrio obrero, por entre las viviendas alineadas, en la larga calle, surco y cauce de río repleto de varios millares

de trabajadores, pasaba lento el interminable cortejo del entierro acompañado por cientos de obreros, sobre cuyas cabezas flotaban tristes las telas de las banderas.

El vecindario asomaba a ventanas y balcones; los tenderos salían a la entrada de sus comercios; los que iban de calle se detenían y, todos, fijaban los ojos en el ataúd sostenido a hombros y en los tres chiquillos que encabezaban el duelo.

El entierro dobló el comienzo de la calle Montaña tomando por la carretera de Ribas prosiguiendo su marcha lenta e incansable, hacia el cementerio de San Andrés.

Tras la sencilla caja negra seguía el gentío con las banderas y de las que, también, una de ellas, iba a ser la última bandera en dejar España cuando la derrota.

La primera bandera había sido la de Buenaventura Durruti al partir con su columna hacia el frente de Aragón. También rojinegra había sido la última en abandonar España, y sus componentes, los de la unidad División 26, «Columna Durruti», al mando de Ricardo Sanz, cruzaron formados disciplinadamente la frontera francesa. Aquéllas, pues, las rojinegras, habían sido las primeras y últimas banderas de la Guerra Española.

EPÍLOGO

Han transcurrido treinta y ocho años desde aquella ya lejana época y he vuelto al antiguo barrio del Clot donde transcurrió parte de mi adolescencia.

Todo ha cambiado. La fábrica Rius ha desaparecido; ni siquiera de aquélla que fue poderosa industria textil, queda una sola piedra. En la extensa superficie donde se levantarán grandiosas naves, separadas por calles interiores de la fábrica a la que popularmente se apodaba «Can galledes» («Casa baldes», pues se aseguraba que su fundador había comenzado su incipiente industria usando baldes de color para llenar las barcas del tinte), ya no quedaba nada de lo que fue. Nuevos arquitectos la hicieron demoler levantando en los grandiosos solares gigantescos y modernos edificios de viviendas modernas.

A su vez, lo que fue destartalado caserón, antro de trabajo sin las menores condiciones laborales –la fábrica Mercader

de la calle Dos de Mayo—, fue echada abajo por obra de la demoledora y, a veces, eficaz piqueta y, en su terreno levantáronse altas casas de pisos, en cuyos balcones asómanse, ríen, cantan y se olean, gentes más felices que aquellas que en el mismo sitio acudían a diario a la sórdida fábrica como a un lugar inevitable de castigo cotidiano al que estaban obligados a perpetuidad.

Indagué, no respecto a las piedras de las antiguas fábricas sino, por la carne y el destino de los hombres que lo fueron en aquellos ya muy lejanos y trágicos años de la Historia de España y supe de algunos de ellos, su evolución y último destino.

El señor Mercader, que durante la guerra adelgazó notablemente, volvió a recobrar su gordura cuando recobró su fábrica. Luego, el «señor Peret», su sobrino, le sustituyó. En cambio, el obrero Agustín, se quedó sin cargo cuando desapareció el Comité de Control; dejó de usar el automóvil del dueño, quitóse la corbata y el cinto de correa y volvió a envolverse con las vueltas de la faja negra aquella barriga que tanto se parecía a la del «Amo» de la fábrica. Desde entonces aseguró que los obreros eran un rebaño de asnos sólo aptos para la carga y para llevar sobre sus lomos a los listos a caballo.

El químico Fabregats tiró las sandalias y otra vez se puso las botas y volvió a dirigir su fábrica. A veces, sonriéndose

contaba su habilidad en los negocios y en sortear las dificultades de la vida, recordando los días aciagos de la guerra civil.

El estampador Martínez, terminada la contienda, consiguió al fin ser nombrado encargado de la fábrica.

Más infortunado fue Escrich, el silencioso estampador, aficionado a los aparatos de radio que, en un combate, enloqueció de tanto horror y terminó su existencia en un manicomio.

Santiago Pasanau, poco después de la muerte de su padre, marchó al frente para sustituir en la lucha a su progenitor y, a su vez también perdió la vida. Su madre, con los dos hijos menores que le quedaron, abandonó España cuando la derrota de la República, siguiendo el trágico exilio de los vencidos en los campos de concentración franceses, sin que se supiera cuál fue su destino.

Liberto Sarrau combatió en la Columna Durruti, a las órdenes de Ricardo Sanz y, en la posguerra prosiguió luchando por los ideales de su padre, el cual había sido fusilado al finalizar la guerra. Sarrau fue detenido y encarcelado diez años por guerrillero y cuando salió libre se trasladó a Francia, donde todavía reside.

Pineda, el sindicalista, se enroló en las fuerzas de choque del cuerpo de Carabineros, combatió toda la guerra y pasó la

frontera al fin de la guerra, muriendo de enfermedad en uno de los campos de concentración.

El hijo del remendón de la esquina Rogent, llegó a oficial piloto de aviación y le sorprendió la Segunda Guerra Mundial en la Unión Soviética, a donde, se dijo, había huido al fin de la guerra española.

El joyero Pedro Neumenko, que tenía su tiendecita en la calle Montaña, se marchó a Rusia formando parte del séquito del cónsul ruso en Barcelona Antonov Ovseenko, ignorándose cuál había sido su destino y el de su esposa catalana y la hija de ambos.

Mi amigo José Ardenas, mecánico ajustador y de ideología anarquista, pacífico, bondadoso, culto y evolucionista, sobrevivió a la contienda pero, unos años después, viejo, solitario y sin familia, murió olvidada su persona en el almacén en desuso, donde se le permitía pernoctar en un catre y pasar las horas en un sillón viejo de mimbre, paticojo. Nadie le vio morir hasta que unos días más tarde de ocurrido su fallecimiento, le encontraron muerto en el sillón. Había perecido de hambre.

Chalmeta, a su vez, murió sin conseguir ver realizado el triunfo de su hijo, el torero.

* * *

Actualmente, nadie recuerda después de casi cuarenta

años transcurridos desde los comienzos de la guerra española, a todos aquellos que son cenizas en alguna parte de la tierra pero que, un día, fueron hombres con la grandeza humana de su anónima pequeñez.

El antiguo barrio obrero ha cambiado.

La vía del tren que partía de la estación del Norte, cruzando el barrio del Clot, transcurre ahora por el túnel subterráneo y, en la superficie, la Avenida Meridiana, antes orillada de campos y huertas, se ha transformado en una amplia e interminable alfombra de cemento, con puentes para peatones debajo de cuyos senderos colgantes, a diario, desfilan incesantes y vertiginosamente en direcciones opuestas, millares de automóviles a los que el sol arranca reflejos a sus carrocerías multicolores.

Antes, la tierra, estaba dividida en ricos y pobres; ahora, en automovilistas y peatones.

Las banderas rojinegras y de todos los demás colores, pasaron a la historia de las luchas sociales y han sido sustituidas por los anuncios publicitarios adornando las cúpulas de los Bancos y de monolíticos edificios gigantescos.

Lejanísimo, en las heladas soledades de las alturas del Himalaya, un nuevo Juan Bautista yogui, predica en vano, con voz inaudible, su Apocalipsis y la anticipadamente malo-

grada –por nonata– «Revolución del Asesinato del Automóvil», gesticulando airada contra la matinal y cotidiana «Comunión de la Gasolina».

Donde fueron campos en despoblado surgieron autopistas subrayadas con la firma triunfal del scalextric, rúbrica voladiza trazando bienvenidas de tirabuzón encementado, a los nuevos invasores por Tarifa, los prosaicos Adberramanes creadores de los «Califatos de la Bencina».

NOTICIAS DE PRENSA DESDE EL 22 HASTA EL 31 DE JULIO DEL AÑO 1936

ANTES DEL MOVIMIENTO

(De «El Diluvio», 22 de julio de 1936)

Durante toda la noche del sábado al domingo circularon por la ciudad alarmantes rumores. Se decía que la oficialidad del ejército en colaboración con fascistas y monárquicos, intentaban dar de madrugada un golpe de fuerza y apoderarse de la ciudad. Conforme iba acercándose la madrugada, la inquietud iba siendo mayor en la gente. Se tenía casi la certeza de que el movimiento sería una realidad.

El Gobierno de la Generalidad adoptó en seguida todas las medidas oportunas para hacer fracasar el intento, en el caso de que llegara a producirse.

Asimismo todas las organizaciones obreras, sin distinción de matices se aprestaron a la defensa de la República.

SE INICIA EL MOVIMIENTO

El levantamiento militar que se inició en Melilla y Ceuta, ha repercutido en las principales provincias de España.

La rebelión militar que tenía amplias ramificaciones, ha repercutido también en Barcelona y en algunos lugares de Cataluña¹.

1 Posiblemente, según considera Maximiano García Venero en su Historia del Nacionalismo Catalán, tomo II, pág. 421: «el Alzamiento pudo haber triunfado en Barcelona, lo que era tanto como dominar Cataluña, aunque surgieran focos de resistencia, si las tropas voluntarias hubiesen salido de los cuarteles y se hubiera aplicado la técnica del golpe de Estado, a media mañana del sábado 18 de julio. La noche del 17 de julio, el delegado de José Antonio Primo de Rivera, en Cataluña, cursó un mensaje a la Junta Militar, en la que era figura relevante el capitán de Artillería, Luis López Varela, exponiendo un plan urgente. Aquel mensaje lo portó Santiago Martínez Busútil, capitán de complemento, falangista; caído al frente de la primera centuria catalana de Falange, en la raya de Burgos y Santander.

»El plan consistía en utilizar la mañana del sábado 18, durante la cual el proletariado y toda clase de empleados y dependientes acudieron al trabajo que sería interrumpido a primera hora de la tarde, por aplicación de la semana inglesa. Se trataba, en suma, de aprovechar las horas de jornada laboral y de sorprender a la Generalidad, cuyos dirigentes tenían ya confidencias acerca del Alzamiento y del instante en que se produciría. El capitán López Varela calificó el plan desdeñosamente y lo hizo saber por Santiago Martínez Busútil, al delegado de José Antonio Primo de Rivera.»

EMPIEZA LA INSURRECCIÓN EN BARCELONA

Como se temía, en la madrugada del domingo empezó la rebelión militar en nuestra ciudad. Las guarniciones de casi todos los cuarteles de Barcelona, se declararon en franca rebeldía contra el régimen. A las seis de la mañana, un pelotón de soldados del cuartel de Pedralbes, salió a la calle con piezas de artillería con el propósito de declarar el estado de guerra.

El plan que se decidió, pretendía hacer converger las tropas desde los diversos cuarteles hasta la plaza de Cataluña, calculándose que, seguidamente, sería labor muy fácil someter la ciudad.

En *La España de ayer* (Editora Nacional), Madrid, 1967; págs. 423 y 424, su autor Víctor Frago del Toro, expone la situación en África, con estos datos:

«Las maniobras en el Llano Amarillo se celebraron desde el 5 al 12 de julio. Las maniobras eran el equivalente de un ejército que se pone en marcha. Seis Banderas de la Legión; 10 Tabores de Regulares, 6 de Mehala; 7 batallones de Infantesa; 10 escuadrones de Caballería, 6 baterías. Casi 20.000 hombres y unas 5.000 cabezas de ganado descansaron después en Llano Amarillo.

»El día 12 de julio se celebró el fin del ciclo de maniobras con una gran parada. El banquete de gala se celebró al aire libre y los oficiales profirieron a gritos una palabra que era el anagrama del significado de la lucha que iban a emprender: "¡CAFE!" (Camaradas: ¡Arriba Falange Española!).

»El mismo día 17, en el zoco de Arbara de Beni Hassan, a las diez de la noche, se recibió en clave una orden que decía: «Ha llegado la hora.» Tal así lo refieren A. Olmedo Delgado y el general J. Cuesta, en su libro *General Queipo de Llano*. Edt. «AHRR», pág. 98. Barcelona.

LOS INSURRECTOS CAÑONEAN UNA BARRICADA CAUSANDO OCHO MUERTOS

La tropa procedente del cuartel de Pedralbes llegó sin dificultad hasta la plaza de España enfocando una batería con dirección a la barriada de Sants. El pueblo había levantado una barricada frente a la Tenencia de Alcaldía de Hostafranchs. La tropa disparó un formidable obús contra la barricada, sin hacer blanco, cayendo el obús sobre un grupo de compañeros parapetados frente a la calle de Riego, destrozando los cuerpos de ocho de ellos, e hiriendo a once más.

A consecuencia de la explosión, parte de la cabeza de una mujer fue a parar a setenta metros de distancia del referido lugar, y otros trozos de los cuerpos humanos quedaron colgados de los balcones y en los árboles.

LOS REBELDES LLEGAN HASTA LA PLAZA DE CATALUÑA

A las tres y media de la tarde, los militares, a pesar de la enorme resistencia que encontraron consiguieron instalarse en la plaza de la Universidad, en la plaza de Cataluña y en sus inmediaciones.

Grupos de las organizaciones obreras salieron a su encuentro desarrollándose un combate que duró más de ocho horas.

Hubo bastantes bajas por ambas partes, siendo finalmente vencidos.

RENDICIÓN DE UN PELOTÓN

Anteriormente, a las cuatro y media de la mañana del domingo, las tropas del cuartel de Pedralbes llegaron hasta la barriada de Gracia. En la calle Menéndez y Pelayo les salió al encuentro fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto, llegando a someterlos después de un breve combate.

Por parte de las fuerzas del ejército hubo dos muertos y seis heridos.

SE APODERAN DE LA PLAZA DE LA UNIVERSIDAD

En la plaza de la Universidad un grupo de las organizaciones populares que se había dado cuenta de la avanzada de las tropas intentó oponerse a su paso, y se inició el ataque al edificio de la Universidad.

Los jefes se rindieron sin condiciones siendo hechos prisioneros por las fuerzas populares y la Guardia Civil.

Los soldados fueron desarmados y, de acuerdo con las disposiciones del Gobierno, dejados en libertad. Los jefes y oficiales que los mandaban fueron trasladados a la Comisaría de Orden Público. La apropiación de la Universidad tuvo efecto a las cuatro de la tarde.

RENDICIÓN DE LA CAPITANÍA GENERAL

Alrededor de las siete de la tarde del domingo, sabiendo que el general Goded se había hecho fuerte en el edificio de la Capitanía General, los leales se dirigieron a dicho edificio, al frente del cual fueron emplazadas las piezas de artillería, y como desde el interior del edificio no saliese la orden de rendición se lanzaron las primeras granadas. Después de corto combate fue izada la bandera blanca. Los oficiales y soldados rendidos fueron llevados a la Delegación de Orden Público.

A raíz de las detenciones el Consejero de Gobernación, señor España, dirigió un telegrama al ministro de Gobernación para pedirle órdenes respecto a los prisioneros, siéndole ordenado su inmediato traslado al Castillo de Montjuïc. Para efectuar el traslado, como ya era noche cerrada, se acordó aplazarlo hasta la madrugada del lunes.

CONCURSO EFICAZ DE LA AVIACIÓN

Tanto en el transcurso de la jornada del domingo como en la de ayer, lunes, la aviación contribuyó eficazmente a la victoria conseguida por las fuerzas leales.

UNA AMETRALLADORA EN LA CÚPULA DEL MONUMENTO A COLÓN

Al mismo tiempo que ocurrían los hechos que acabamos de reseñar, unos oficiales sublevados intentaban hacer salir a sus soldados de los cuarteles de Atarazanas. Los sublevados emplazaron dos ametralladoras en la cúpula del monumento a Colón y unas piezas de artillería en la Puerta de la Paz, en dirección a las Ramblas. La ofensiva la iniciaron con un fuego intenso contra las masas obreras que se habían situado, en previsión de los acontecimientos, en frente del C.A.D.C.I. (Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria), y de los Sindicatos de Transporte y Metalúrgica de la CNT.

La lucha duró toda la mañana del domingo sin que los soldados consiguieran, como era su propósito, avanzar por

las Ramblas. Hay que resaltar que las víctimas habidas en este encuentro fueron muy numerosas.

ES REDUCIDO UN NÚCLEO REBELDE

Parece ser que en el edificio de la Comandancia de Marina se habían refugiado fuerzas del ejército, pues desde el citado edificio se hostilizaba a las fuerzas del Frente Popular.

A primeras horas de anteayer, a la tarde, fue llevado a término un enérgico ataque contra aquéllos y después de una fuerte lucha sometidos. Murieron en esta acción dos guardias de Asalto.

ENCARNIZADO ASEDIO Y ASALTO AL CUARTEL DE ATARAZANAS

Una vez llegada la columna a las inmediaciones del cuartel, fueron tomados sus alrededores, se emplazaron ametralladoras y se inició el verdadero ataque a este último foco, que tantas vidas costó.

El tiroteo, el asedio obstinado y temible del pueblo y amigos adictos duró toda la tarde del domingo y lunes por la mañana. La lucha en esta zona adquirió caracteres de epopeya. Los actos de heroísmo dados por los militantes confederados y específicos no tienen precedentes.

A las puertas de la casa de los Italianos y Comandancia de Carabineros cayeron muertos más de treinta, la sangre cubría el pavimento pero el entusiasmo aumentaba. Se trajo un cañón que empezó a tronar contra los supuestos lugares donde el enemigo disparaba. Un camión avanzó, con una ametralladora vomitando metralla pero no pudo lograr su objetivo.

El lunes por la mañana el cerco se hizo más estrecho, el valor rayó en temeridad. La bandera blanca se agitó en el extremo de un palo. Se había minado, con el sacrificio de todos y la culminación del heroísmo, el postrer reducto en Barcelona.

MUERE FRANCISCO ASCASO

En el asalto al cuartel de Atarazanas murió el conocido jefe de la CNT, Francisco Ascaso².

² Francisco Ascaso Budria, de profesión camarero, formaba parte del Comité

LOS PRESOS DE LA MODELO EN LIBERTAD

Por la tarde, cuando los presos de la Cárcel Modelo de Barcelona tuvieron noticias de que la sublevación había sido dominada, se produjo en la prisión un pequeño conato de motín. Los oficiales de prisiones, ante la actitud de los presos, pusieron a éstos en libertad, que fueron recibidos con aplausos por parte del pueblo que estaba concentrado frente a la cárcel.

Naturalmente, la libertad no se había hecho extensiva a los elementos derechistas que se hallan presos, entre los cuales figura el jefe de los antiguos Sindicatos Libres, Simón Sales³.

de Defensa constituido unos días antes e integrado por Buenaventura Durruti Domingo, mecánico ajustador, Juan García Oliver, camarero; Aurelio Fernández, mecánico; Ricardo Sanz, obrero del Ramo Fabril y Textil; «Valencia» y Gregorio Jover. Francisco Ascaso fue abatido por un balazo disparado desde el cuartel de Atarazanas, cayendo mortalmente herido en la acera de la calle Santa Madrona, casi en la esquina de la misma con la calle Montserrat. Durante semanas, en el lugar donde cayó muerto estuvo en el suelo una gran corona de flores con los colores rojo y negro de los anarcosindicalistas. Ascaso recibió sepultura en el cementerio de Montjuïc, junto a la tumba de Francisco Ferrer y Guardia.

³ El nombre de la nota periodística está equivocada. El fundador del llamado «Sindicato Libre» no se llamaba Simón sino Ramón Sales. Fue el presidente de la «Unión de Sindicatos Libres» fundada el 11 de diciembre del año 1919. Ramón Sales pertenecía al Sindicato Único Mercantil. Se pretendía la

DOSCIENTOS OCHO MUERTOS EN EL HOSPITAL CLÍNICO

(«La Humanitat», 22 de julio.)

El depósito judicial del Hospital Clínico resultó insuficiente para dar cabida a los cadáveres de las víctimas de los sucesos de los últimos días.

Debido a ello han sido habilitadas nuevas dependencias empleándose los depósitos de cadáveres de los cementerios.

creación de un sindicato obrero dedicado exclusivamente a la resolución de las cuestiones laborales y totalmente carente de ideología política alguna y que tampoco tuviera un contenido anarcosindicalista. La primera junta presidida por Ramón Sales, tuvo como secretario a José Baró y por tesorero a Salvador Framis; fueron vocales, José Gayá, Antonio Cabestany y Ruperto Liado. Se establecieron delegaciones sindicales en barriadas densamente fabriles como San Martín (Clot), San Andrés, Badalona y Hospitalet. La reacción de la CNT fue de gran violencia y no se hizo esperar, acusando al «Libre» de ser un ardid y una trampa preparadas por la Federación Patronal de Barcelona. Se declaró el empleo de la acción directa contra la nueva organización que, según la CNT, no tenía otra finalidad que la de dividir y destruir la unidad de los obreros y de la Confederación Nacional del Trabajo, en provecho de la patronal quebrantando, con tales medios, la unión obrera.

El Sindicato Libre, con objeto de proteger a sus afiliados, les sustituía el nombre por un número y la identidad personal del afiliado sólo era conocida por la directiva de la organización. La lucha entre los dos sindicatos manchó de sangre las calles de los barrios obreros; la CNT logró fácilmente persuadir a sus militantes de que el nuevo sindicato era una maniobra burguesa ideada por la Patronal de Barcelona con objeto de desarticular la solidaridad de los obreros y así dominarlos mejor.

PARA LOS SERVICIOS DE POMPAS FÚNEBRES

Se pone en conocimiento de los ciudadanos de Barcelona que por todo lo relativo a los servicios de Pompas Fúnebres, deben dirigirse a las oficinas instaladas en la calle Muntaner, n.º 82, teléfono 80.020.

EL DÍA DE AYER TRANSCURRIÓ CON NORMALIDAD

Los establecimientos de comestibles abrieron sus puertas en los que el vecindario pudo proveerse de cuantos artículos necesitaba. Los mercados se hallaban surtidos de frutas y verduras en abundancia suficiente, dando todo ello una sensación de absoluta tranquilidad.

Fuerzas de seguridad, Asalto, policía y las milicias ciudadanas estaban encargadas de mantener el orden, el cual no fue alterado en ningún momento, salvo pequeños «paquetes» que eran rápidamente acallados por los elementos adictos al Gobierno.

Rápidamente, Barcelona va adquiriendo su vida normal,

sintiéndose una sensación de absoluta autoridad en todos los aspectos.

SOBRE LA RECUPERACIÓN DE EFECTOS EMPEÑADOS

(«Solidaridad Obrera», 22 de julio)

Por la presente hace constar el Comité Regional que nadie tiene derecho a desempeñar ninguna joya sin que haya liquidado su importe quienes quieran desempeñar.

La CNT sólo autoriza para que se entregue cuanto haya empeñado que no sean joyas u otros objetos de lujo.

ES NECESARIO QUE LOS PESCADORES SE HAGAN A LA MAR

(«La Humanitat», 22 de julio de 1936)

«Un representante del Comité Regional de la CNT se ha dirigido por radio a los pescadores confederados y a todos

los pescadores en general, para que reempresan inmediatamente el trabajo, pues hay que considerar de primera necesidad todo cuanto hace referencia al aprovisionamiento del pueblo.»

UN ULTIMÁTUM A ZARAGOZA

(«El Diluvio», 22 de julio de 1936)

«Por el teniente coronel en jefe de las fuerzas de aviación de Barcelona, señor Díaz Sandino, ha sido cursado el siguiente telegrama al general de la Quinta División (Aragón):

»De no rendirse a autoridades civiles legalmente constituidas, será bombardeada Zaragoza sin respetar ningún baluarte del fascismo.»

PERIÓDICOS INCAUTADOS

(«El Diluvio», 22 de julio de 1936)

«En cumplimiento del decreto de incautación de la Prensa

desafecta al régimen y la de información, dictada por el Gobierno de la Generalidad, ha sido nombrado Comisario de Prensa don Joaquín Vilá, quien se ha posesionado seguidamente de su cargo, y por orden del consejero de la Gobernación ha procedido a incautarse de los periódicos "La Vanguardia", "El Noticiero Universal", "La Veu de Catalunya", "Las Noticias", "El Correo Catalán", "El Día Gráfico", "Diario de Barcelona", "Diario del Comercio", "Diario Mercantil", "El Eco", "La Jornada", "L'Instant", "El Matí" y "Renovación", los cuales pasarán a depender de la consejería de Gobernación, mientras no se acuerde en definitiva lo más procedente.»

SON DETENIDOS DIEZ Y SEIS PORTEROS Y SEIS PROPIETARIOS

(«La Publicitat», 23 de julio de 1936)

«Madrid, 22.— A las siete de la tarde fueron retransmitidas por Unión Radio, las siguientes noticias:

»Se acuerdan las órdenes dadas ayer referente a la responsabilidad en que incurren los propietarios, inquilinos y porteros de las casas en las que se compruebe que se han efectuado disparos. Todos los porteros están obligados a impedir la entrada a cuantas personas las infunden sospechas

o que no justifiquen su presencia en las fincas que están confiadas a su custodia. Como consecuencia de las medidas indicadas y la consabida responsabilidad en su incumplimiento, fueron detenidos diez y seis porteros que pasan a procedimiento judicial. También han sido detenidos seis propietarios al comprobarse que en sus fincas se habían disparado armas.»

EN LA CASA DE SOCORRO DE LA CALLE BARBARA, MIENTRAS LLEGABAN HERIDOS, NACIÓ UN NIÑO

(«La Publicitat», 23 de julio de 1936)

«En la casa de socorro de la calle Barbará ingresaron el domingo seis cadáveres y 117 heridos, la mayoría de éstos de pronóstico leve, los cuales después de ser atendidos pasaron a sus respectivos domicilios. Uno de los que ingresaron muertos se llamaba B.C.L., natural de Pontevedra que había llegado a Barcelona para tomar parte en la Olimpiada Popular. Cuando se hallaba desayunando en la Pensión Mayoral, de la Rambla, fue herido por una bala que le atravesó la cabeza.

»Más de un veinticinco por ciento de los heridos socorridos fueron causados por heridas de perdigones recibidas en las piernas.

»La misma noche del lunes, mientras ingresaban más heridos, fue conducida a la misma casa de socorro una mujer que estaba de parto. Dio a luz felizmente a un niño. Más tarde, fueron trasladados, madre e hijo, a la Casa de Maternidad.

»También en esta casa de socorro hubo que prestar asistencia domiciliaria a un parto y un aborto. Es necesario destacar el trabajo del director de este establecimiento, el doctor Feliu Margarit, de 84 años, quien a pesar de su avanzada edad, prestó servicio permanente y sin descanso durante 50 horas seguidas.»

EN EL DISPENSARIO DE LA CALLE DEL ROSAL

(«La Publicitat», 23 de julio de 1936)

«El domingo ingresaron en el dispensario de la calle del Rosal cinco cadáveres. Recibieron también asistencia dos heridos graves. Los heridos que recibieron asistencia casi todos lo fueron por armas de fuego en número de 18 que fueron calificados de pronóstico reservado y otros 17 de carácter leve.»

IDENTIFICADOS EN EL CEMENTERIO NUEVO

(«La Humanitat», 23 de julio de 1936)

«En el Cementerio Nuevo fue conducido directamente desde el Hospital de la Santa Cruz, el cadáver de F.G.S.

»En la actualidad se hallan depositados en este cementerio unos doscientos cadáveres a los que se va dando sepultura a medida que son identificados, a pesar de que muchos de ellos fueron llevados sin dato alguno sobre su personalidad.

»Los cadáveres identificados en este cementerio son los siguientes: (Sigue una relación de quince nombres que omitimos de los cuales dos son de mujeres. N. del A.).»

SE PREPARAN PARA IR A ZARAGOZA

(«Solidaridad Obrera», 23 de julio de 1936)

«Las milicias antifascistas están terminando de formar caravanas para ir a Zaragoza. En todos los Sindicatos hay muchos voluntarios que se alistan a los cuadros de trabajadores para dar la batalla.

»Durante el día de ayer en las fábricas de la "Hispano Suiza", los trabajadores, han estado blindando coches para ir a Zaragoza»⁴.

APELES MESTRES HA MUERTO

(«La Humanitat», 23 de julio de 1936)

«El domingo por la mañana, 19 de julio, en Barcelona, dejó de existir Apeles Mestres.

4 Días después, salieron hacia Caspe las columnas de Durruti y Ortiz; la de José del Barrio, hacia Tardienta, la de Domingo Ascaso, asesorado por Alabreldrecu, hacia Huesca

La columna Durruti que estableció su cuartel general primero en Venta de la Monzona y después en Bujaraloz estaba compuesta por más de un millar de cenetistas, algunos soldados, guardias civiles y tres baterías de artillería. Como asesores militares de Buenaventura Durruti figuraron el jefe de Mozos de Escuadra, capitán Enrique Pérez Farrás, adicto a la Generalidad de Cataluña y el sargento Manzana, que habíase pasado a los anarcosindicalistas abandonando el sitiado bastión de las Atarazanas, el día 19 de julio de 1936.

La columna Ortiz, estaba asesorada militarmente por el coronel Salavera. Estaba compuesta por unos 2.000 cenetistas y parte del Regimiento de infantería, número 340.

Juan García Oliver, se hizo cargo del mando de la columna «Roja y Negra» y también de la de «Los Aguiluchos» formada por miembros de las «Juventudes Libertarias» de la Federación Anarquista Ibérica. Oliver estaba asesorado por el coronel Guarner.

»Apeles Mestres, genial como escritor, poeta, dramaturgo, músico y dibujante, era uno de aquellos hombres del ochocientos muy superior a su época. Nació en 1854, tenía pues en la actualidad 82 años y durante toda su vida la consagró al arte en sus más diversas y elevadas manifestaciones.

»En él se hermanaron el más refinado temperamento artístico con el sentido certero y exacto de lo popular sin transigir con el mal gusto. Conforme lo antedicho la popularidad de su “Cango de taverna” (Canción de taberna), reimprimida infinidad de veces, así como también aquellas dulces marinas escenificadas en las que se manifiesta en toda su ruda e ingenua verdad el alma de los pescadores de nuestra tierra.

»¡Descanse en paz, Apeles Mestres, maestro de maestros!»

CONTRABANDO DE ARMAS EN LA FRONTERA CON HENDAYA

(«La Publicitat», 23 de julio de 1936)

«Bayona, 22.—Se ha trasladado a Hendaya un importante contingente de guardias móviles con objeto de ejercer una activísima vigilancia en diferentes lugares de la frontera

franco-española para evitar el importante contrabando de armas y municiones que se está llevando a cabo por una verdadera organización.»

ES NECESARIO EVITAR EL PILLAJE

(«La Humanitat», 23 de julio de 1936)

Los saqueadores ingresan en la cárcel

«Han ingresado en la Cárcel Modelo varios individuos que fueron sorprendidos por las milicias cuando cometían actos de pillaje y saqueo.

»Los individuos de las milicias entregarán a las autoridades a todos aquellos que lleven a cabo actos delictivos parecidos.»

RECOGIDA DE LOS CABALLOS MUERTOS

(«El Diluvio», 23 de julio de 1396)

«Ayer por la mañana comenzaron a salir, procedentes del

"Canyet" unos camiones que iban recogiendo de cuarteles y calles animales muertos cargándolos para trasladarlos a los muladares de la ciudad.

»Los empleados en la ingrata, pero tan necesaria tarea, iban provistos de unas vendas protectoras que les cubrían boca y nariz, a fin de evitar las emanaciones pestilentes de las bestias muertas.»

AVIONETA QUE HA VOLADO

(«Solidaridad Obrera», 23 de julio de 1936)

«Madrid, 22.–(Información especial por radio). Comunican de Valencia que desapareció de aquella capital, antes del movimiento, una avioneta del aeródromo de Manises, tripulada por Luis Meropel Gómez, de 30 años. Llegó a Barcelona y desde allí se marchó a Palma de Mallorca. Se interesa su detención, por ser un fascista peligroso»⁵.

⁵ La Base Aérea Militar del aeródromo de Barcelona siguió del lado gubernamental con el apoyo del teniente coronel Felipe Díaz Sandino. Cuatro aviones «Breguet» que eran los que se encontraban en la Base colaboraron en la toma del cuartel de San Andrés lanzando pasquines y bombardeando a los militares y ametrallándoles para que desistieran en su resistencia. Los asaltantes de los cuarteles de San Andrés fueron militantes de la CNT y la FAI, los cuales ansiaban conseguir, además de la toma de dichos cuarteles,

UN HECHO DIVERSO

(«La Humanitat», 23 de julio de 1936)

los fusiles y municiones que en el parque del mismo se encontraban, con el propósito de proporcionar las armas que necesitaba el gran contingente de anarcosindicalistas a los que la Generalidad se resistía a facilitar armas. Muchas de las primeras que usaron los anarcosindicalistas procedían del asalto a varias armerías barcelonesas, entre las que figuraron la prestigiosa armería «Beristany» de las Ramblas; las otras habían sido conservadas escondidas hasta aquellas fechas desde los sucesos del 6 de octubre del año 1934. Las armas de los cuarteles de San Andrés cayeron en manos de los sindicalistas y entre las municiones, se dio la causa de los cartuchos que posteriormente explotaban cuando eran disparados y que, en algunas ocasiones se atribuyó erróneamente a sabotajes. Lo que sucedió fue debido a que en la confusión de aquellos días de julio, al ser asaltados los cuarteles, no se advirtió en que aparte del municionamiento estaba separada una partida de cajas que procedían de la guerra de África y cuyos cartuchos fueron de exprofeso cargados con dinamita y no con pólvora. Cuando la guerra de África, se utilizó en alguna ocasión la argucia de abandonar cajas de municiones para que se apoderasen de ellas los moros, los cuales cuando disparaban sus fusiles con los cartuchos del botín encontrado, les estallaban, al ser disparados, reventando el arma y ocasionando en muchas ocasiones la muerte del mismo tirador. Al término de la guerra, sobrantes de tales cajas de municiones fueron devueltas a la Península y colocadas aparte, en los depósitos de municionamiento, más como sea que las masas al apoderarse de las municiones ignoraban las circunstancias se mezclaron con la munición normal y posiblemente, algunos de los accidentes ocurridos posteriormente en Aragón y en Madrid cuando las fuerzas milicianas acudieron a la capital de España en el mes de noviembre del año 1936, fueron debidos a tales confusiones iniciales. Una vez las armas del cuartel de San Andrés estuvieron en manos de los anarcosindicalistas éstos se convirtieron, prácticamente, en los dueños de la ciudad y de toda la región catalana.

«Ayer por la tarde, en la calle Francisco Giner, discutieron por cuestiones de trabajo A.L. y F.G.

»De las palabras pasaron a las acciones y el segundo disparó un tiro a A.L., causándole una herida grave.»

»El agresor fue detenido y pasó al juzgado de guardia.»

MIRAVITLLES HABLA POR RADIO

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Ayer por la mañana el señor Miratvilles, miembro del Comité Central de las Milicias Antifascistas, en representación de la UGT, ha dirigido una alocución por radio en la que, después de manifestar que una banda de desalmados ha querido dar un golpe de Estado y ponerlo a disposición de aquellos hombres, fuerzas e instituciones que desde hace siglos vienen escribiendo una historia de iniquidad no vacilando en el derramamiento de sangre generosa del pueblo con tal de saciar sus apetencias y egoísmos, ha hecho un breve resumen de lo acontecido antes del movimiento añadiendo que en España, no pasa como en Italia y Alemania, como en Austria, porque el proletariado español que ha sufrido represiones terribles no puede tolerar el fascismo. La

insurrección armada no triunfa cuando no se apoya totalmente en las masas productoras, y esta insurrección se ha apoyado en lo superfluo, en lo inútil de la Nación.

»Condena duramente la sublevación, y dice que el proletariado español ha terminado la segunda parte de la jornada del 6 de octubre, y dirigiéndose al proletariado aragonés, añade que España tiene clavada una cuña en su corazón y que esta cuña es Aragón, agregando que son ellos mismos los que han de arrancarla.

»Para terminar ha recordado unas palabras de Trotsky, y ha dicho que el proletariado puede vivir sin los tiranos, pero éstos no pueden hacerlo sin el proletariado».

QUEIPO DE LLANO CONSIDERA PERDIDA LA PARTIDA

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Madrid, 23.—Según noticias de Sevilla, en esta ciudad se considera vencida la rebeldía.

»El general Queipo de Llano ha lanzado un manifiesto de cuyos términos se deduce que considera perdida la partida, suponiéndose que está a punto de rendirse.»

ARMAS E INSIGNIAS MONARQUICAS EN EL CLUB NAUTICO

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Por la policía marítima, cumpliendo órdenes superiores, se efectuó un registro en el Club Náutico, sito en el muelle de Barcelona, ocupando dos cajas con bombas de mano, una regular cantidad de municiones y varias armas.

»Además, se ocuparon unas banderas monárquicas, gallardetes, insignias y varios sellos de caucho.

»Todos estos efectos, la policía marítima los entregó al jefe de Aeronáutica.

»Poco después, ignorándose por quién, se pegó fuego al edificio flotante, que quedó en breves instantes convertido en una gran hoguera.

»Al poco rato, el Club Náutico, totalmente destruido, desapareció bajo las aguas.

»Los prácticos del puerto habían tomado algunas medidas para evitar daños a otras embarcaciones ajenas al Club y a algunas mercancías depositadas en el muelle.»

UN ILUSTRE ESCRITOR FRANCÉS ANTIFASCISTA

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Madrid, 23.– (Información oficial por radio). Se ha recibido un telegrama de Francia anunciando que el ilustre escritor francés André Maurois, el más destacado de los antifascistas mundiales, saldrá en avión desde París a Madrid siendo portador de toda la ayuda posible para los bravos luchadores españoles.»

ARMAS EN UN YATE

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Personal de esta Delegación Marítima efectuó un registro a bordo del yate de recreo español “Rosa”, anclado en el puerto, muelle de Barcelona, hallando algunas armas y municiones.

»También se incautaron de una vajilla con insignias monárquicas.

»La vajilla fue arrojada al mar.»

OFRECIMIENTO HUMANO

(«Solidaridad Obrera», 24 de julio de 1936)

«El profesor Capo, consecuente con el llamamiento de solidaridad humana, se ofrece espontáneamente a aquellos que se hallen enfermos y quieran revitalizarse, estando a la disposición de todos, sin distinción de ideologías, con sus conocimientos de la medicina natural o del naturalismo integral, que formó parte del pleno de Zaragoza.

»Su domicilio es calle Alcoy, 2 y 10, Plaza Bonanova. Teléfono, 79771.»⁶

GARCÍA OLIVER HABLA POR RADIO A LOS ZARAGOZANOS

(«La Humanitat», 24 de julio de 1936)

«Ayer, al mediodía, habló por radio el dirigente de la CNT, García Oliver, quien hizo un llamamiento dirigido a los obreros de Zaragoza. García Oliver les dijo que en Barcelona, las fuerzas obreras, conjuntamente con las de los partidos

⁶ El profesor Nicolás Capo era el director y propietario de la revista naturista «Pentalfa» y divulgador de numerosas obras propias sobre medicina natural, siendo uno de sus folletos entre los más divulgados y populares el titulado «El ajo, el limón y la cebolla», del que se vendieron miles de ejemplares.

políticos del Frente Popular, habían aplastado el levantamiento. Les recordó que en Zaragoza hasta entonces se había proclamado un alto sentido de liberación y no comprendía como disponiendo de armas, cuchillos, con palos si era menester, no se levantaban contra los militares.

»García Oliver terminó anunciando a los compañeros de Zaragoza que las milicias catalanas estaban dispuestas a emprender la marcha sobre Zaragoza y que, por tanto, era necesario que ellos se levantaran contra los militares sublevados.»

DE LAS VÍCTIMAS DE LOS SUCESOS

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Durante la refriega resultó herido en el pecho, de carácter leve, el dirigente de la CNT, Buenaventura Durruti; la herida, sin embargo, no le impidió continuar al frente de sus fuerzas, batiéndose denodadamente.

»Los primeros entierros de las víctimas caídas durante la refriega se efectuaron el lunes por la tarde, en número de setenta y nueve. Fue necesario utilizar, para conducir los ataúdes, cuantos coches pudo proporcionar la Casa de Caridad y la Brigada de Sanidad. Incluso se utilizó el furgón de la Brigada raticida.

»Los entierros del martes rebasaron la cifra de un centenar.

»Todos los cadáveres fueron colocados en ataúdes humildes, proporcionados por la Casa de Caridad.

»Doña V.R., viuda del capitán Arenas, del Cuerpo de Seguridad, que murió defendiendo la República en la plaza de Cataluña, ha visitado al consejero señor Gassol, para pedirle que el entierro de su esposo se haga aparte de los demás.

»El cadáver del citado capitán Arenas, después de ser embalsamado fue trasladado al depósito de la calle Campo Sagrado. Los heridos graves que eran llevados al Clínico, los muertos y los que en el hospital fallecieron presentaban terribles heridas. Entre los cadáveres hay que contar los de dos mujeres.

»Suman un número extraordinario las operaciones de estómago y vientre que ha sido necesario realizar.

»Entre las mujeres muertas figura una de 18 años a quien alcanzó una bala en el momento de cerrar las persianas del balcón de su casa.

»También han ingresado en el hospital un niño de tres meses y otro de cinco, heridos.»

EL PROBLEMA DE LOS ENTIERROS

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Uno de los problemas que preocupan al Ayuntamiento es el de los entierros, a causa del gran número de cadáveres que existen en los depósitos de los cementerios.

»Con objeto de resolver este problema el Ayuntamiento se ha visto obligado a tomar medidas extraordinarias.»

ENTREGA DE DOS MIL PESETAS

(«Solidaridad Obrera», 24 de julio de 1936)

«En la requisa efectuada por unos compañeros en los edificios de las monjas, se han incautado de 2.600 pesetas, de las que han hecho entrega al Comité Regional para sufragar los gastos que ocasiona la lucha antifascista. El compañero que hizo la entrega se llama F.R.»

EL AYUNTAMIENTO SE PREOCUPA DE QUE NO FALTE DE COMER A LOS CIUDADANOS

(«Solidaridad Obrera», 24 de julio de 1936)

«El problema de dar de comer a los ciudadanos mantenedores del orden y a las personas desvalidas, ha sido también resuelto.

»Empezaron ya a repartirse en las delegaciones de distrito bonos de pan, arroz, jabón, carne, judías, etc. Las colas, formadas a las nueve de la mañana, duraron hasta las tres de la tarde. Todos obtuvieron bonos que fueron repartidos por nuestro Ayuntamiento con una generosidad ejemplar. Se advertía solamente a las personas que formaban la cola, que llevasen un documento acreditando ser habitantes del distrito. Nadie –repetimos –se fue sin los bonos y algunos hasta abusaron, para, con ellos, adquirir en las tiendas lo necesario a cuenta del Ayuntamiento.

»Para la alimentación de los milicianos y personas en extremo necesitadas, que no era posible olvidar, el Ayuntamiento, en colaboración con los Sindicatos de la Alimentación y Transportes, han instalado unas oficinas en la calle Vía Layetana, 16 (Oficinas del Censo Electoral) y desde donde se sirven comidas en los ocho grupos escolares que tienen cantinas y, por tanto, cocinas, servicios organizados con la colaboración del consejero de Cultura, doctor Cristino Cortés.»

SE ORGANIZA LA RECOGIDA DE BASURAS

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Ayer por la mañana fue radiada la siguiente orden:

»En cumplimiento de un acuerdo tomado por los diferentes Comités del Frente Popular, se ordena a los obreros de los diferentes servicios de limpieza pública se reintegren al trabajo, con objeto de proceder a la limpieza de la ciudad.

»Asimismo se ordena a los ciudadanos que depositen las basuras en la plaza más próxima a sus respectivos domicilios, haciendo una sola pila, con el fin de facilitar el trabajo a los obreros encargados de este servicio.»

REGISTROS EN LOS DOMICILIOS DE AURELIO LERROUX Y MELQUIADES ÁLVAREZ

(«El Diluvio», 24 de julio de 1936)

«Madrid, 23.—Las fuerzas de Asalto han realizado hoy un registro en los domicilios de Aurelio Lerroux, sobrino de don Alejandro Lerroux, que fue presidente del Consejo de

Ministros, y de don Melquíades Álvarez. En la casa del primero la fuerza se incautó de gran número de armas y de toda clase de municiones. En la del segundo aunque no se encontraron armas, fueron halladas dos cajas de municiones.»⁷

SINDICATO ÚNICO DE SERVICIOS PÚBLICOS

Sección limpieza pública

(«Solidaridad Obrera», 25 de julio de 1936)

⁷ Durante el mes de agosto de 1936, se declaró un incendio en la Cárcel Modelo de Madrid. Las causas exactas de este incendio es posible que jamás se sepan cuales fueron entre las distintas versiones que circularon del triste suceso. Sin embargo había corrido por Madrid la voz de que los presos políticos se habían rebelado y como consecuencia de ese rumor se concentró ante la Cárcel Modelo un gran gentío exteriorizando su voluntad de exterminar a los presos. Se presentaron distintas personalidades políticas del momento con objeto de apaciguar los ánimos, mas no lo consiguieron. El gentío entró en la cárcel y procedió al asesinato de cuarenta de los presos. A la mañana siguiente en una terrible selección eligiendo como víctimas a los detenidos políticos más destacados, fusilaron a otros treinta, entre los que figuraron Melquíades Álvarez, Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio, Ruiz de Alda, el doctor Albiñana y el general Villegas relacionado con el Alzamiento del Cuartel de Montaña. Singularmente entre los que fueron asesinados en la Cárcel Modelo de Madrid figuró también Pedro Durruti, afiliado a la Falange y hermano del famoso anarquista Buenaventura Durruti. Se libraron de la muerte, Serrano Suñer, Antonio Lizarga y Fernández Cuesta.

«Se comunica a todos los trabajadores de esta Sección, estén en armas o no lo estén, y que faltan al trabajo, que se presenten en este Sindicato con suma urgencia.

»La Comisión Técnica.»

EL «URUGUAY» HABILITADO COMO PRISIÓN

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«El Gobierno de la Generalidad ha procedido a la requisa del vapor "Uruguay" el cual ha sido remolcado hasta el muelle y situado junto a los hangares de la Aeronáutica. Será convertido en prisión.»

EN LA COMISARÍA DE ORDEN PÚBLICO SE HALLAN 142 DETENIDOS

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«Ayer al mediodía se encontraban en la Comisaría General de Orden Público de Cataluña, 142 detenidos.

»Desde el domingo hasta la fecha, han desfilado gran cantidad de detenidos por aquellas dependencias pero en su gran mayoría fueron puestos a disposición de la justicia y otros a la prisión en espera de determinar su situación.

PARECE SER QUE SE TRATABA DE FASCISTAS QUE ESCAPABAN

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«Ayer por la mañana se dio cuenta a la Comisaría General de Orden Público que por las bocas de salida de las cloacas del Bogatell se había visto a algunos individuos saliendo con evidentes muestras de agotamiento. Se supuso que se trataba de fascistas fugitivos.

»Se han dado las órdenes oportunas para la averiguación de quiénes eran tales sujetos.»

TODOS SE VISTEN

(«Solidaridad Obrera», 25 de julio de 1936)

«Hemos podido presenciar el espectáculo tan magnífico en

el Sindicato del Vestir en el reparto de ropas, que nuestro corazón rebosa de alegría al poder constatar una vez más que el pueblo puede organizarse. Muchas personas que desconfiaban de los trabajadores y decían que no nos podríamos entender sin la autoridad y sin el capital, ahora ven que sucede todo lo contrario.»

EXTRAVIADOS

(«Solidaridad Obrera», 25 de julio de 1936)

«Varios compañeros anarquistas que llegaron de Francia, Montpellier, extraviaron por la altura del Pueblo Nuevo a dos de los suyos, que andan completamente perdidos. Se llaman Ángel Romero y Tomás Pérez Calvet.

»Dirigirles al Sindicato de la Construcción, Mercaders, 24.»

AL COMITÉ REVOLUCIONARIO DE IGUALADA

(«Solidaridad Obrera», 25 de julio de 1936)

«El compañero C.G.A., militante de este Sindicato de la

Madera, nos encarga nos mandéis el carnet, el arma y cuanto llevaba consigo, lo más rápidamente posible, pues se encuentra completamente indocumentado.

»El Comité Revolucionario de la Barriada del Pueblo Seco.»

UN CASO MAS

(«Solidaridad Obrera», 25 de julio de 1936)

«Con la intervención del delegado en Barcelona del Comité Nacional de la CNT, el secretario del C.R. de Cataluña, los compañeros A.C., del Sindicato del Transporte; M.C., del Partido Obrero de Unificación Marxista y los guardias de Seguridad, J.M.C. y J.J.M., se incautaron de una caja rota y abandonada en la que encontraron billetes de Banco por valor de 62.375 pesetas y pliegos de la Deuda y joyas por valor aproximado que supera a 300.000 pesetas.

»Convenientemente custodiado se hizo entrega al C. de M.A. de este importante "tesoro", levantando la correspondiente acta para satisfacción de todos.»

MAGNITUD DE LA TRAGEDIA

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

¡CERCA DE CUATROCIENTOS MUERTOS!

«Es muy difícil precisar el número exacto de víctimas de los trágicos sucesos de estos días. Sin embargo pasan de trescientos cincuenta los muertos, ya que en el Hospital Clínico, hasta ayer por la tarde, habían pasado por el depósito judicial trescientos cuatro; en el Hospital Militar treinta y siete y en otros hospitales en conjunto, más de veinticinco.

»Casi todos los cadáveres han recibido sepultura en el Cementerio Nuevo. Aquellos que no pueden ser identificados son fotografiados, con objeto de que, posteriormente, puedan ser identificados por familiares y amigos. Todos éstos reciben sepultura en tumbas separadas de las demás.»

DETENCIONES

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«Las milicias del Prat procedieron a la detención de dos individuos que deambulaban por aquellos lugares y a los cuales se les ocupó documentación de Renovación Española.

»Al parecer se trata de una pareja que participaron en los

sucesos del domingo los cuales consiguieron huir por las cloacas. Los dos han sido puestos a disposición del Comisario general de Orden Público.»

ITALIANOS DETENIDOS

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«En la plaza de Cataluña dos súbditos italianos se negaron a obedecer indicaciones que sobre la circulación les hicieron algunos milicianos, siendo por tal motivo detenidos y conducidos a la Delegación Superior de Policía.»

CUIDADO CON LOS SAQUEADORES

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«Fue puesto a disposición de las autoridades un sujeto que ayer fue sorprendido por unos milicianos a la salida del templo de Santa María del Mar. Al ser registrado se le encontraron más de cinco mil pesetas que declaró haber encontrado detrás de un altar.»

LA POLICÍA TRABAJA ACTIVAMENTE

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

Se han practicado numerosos registros, y han sido detenidos numerosos supuestos fascistas.

«La policía continúa llevando a cabo registros en los domicilios de aquellas personas conceptuadas como fascistas o sospechosas de haber participado en la pasada revuelta.

»Los resultados de estos registros han sido por ahora bastante productivos, pues han sido encontrados diversas armas, documentos e insignias monárquicas.»

OTRA DETENCIÓN

(«La Humanitat», 25 de julio de 1936)

«Ha ingresado detenido en la Dirección General de Seguridad, el ex-jefe de guardias de Asalto, teniente coronel Muñoz Grandes.»⁸

⁸ La idea de la creación de la fuerza pública que fue llamada Guardia de

Asalto, fue inspiración de Miguel Maura, de común acuerdo con Ángel Gallarza, que fue jefe de la Dirección de Seguridad. Puestos ambos en contacto con el coronel del Ejército, Agustín Muñoz Grandes –hombre de indiscutible gran capacidad organizadora–, se le confió la realización y puesta en marcha de la Guardia de Asalto. El en aquel entonces, coronel Muñoz Grandes, dotó a dicho cuerpo de magnífico armamento, disponiendo de ametralladoras, bombas de mano, autos de desplazamiento y gran capacidad, dispuestos con largos bancos para guardias en la plataforma de los vehículos y sin obstaculizaciones laterales de carrocería, lo que permitía gran movilidad a los componentes de dicha fuerza pública. También dispuso, la Guardia de Asalto, de coches blindados. Su creación fue debida al propósito de substituir, parcialmente, a la Guardia Civil en las luchas urbanas ocasionadas por los constantes problemas obreros ya que, en opinión de los entendidos, la Guardia Civil además de su famosa disciplina carecía de la cada vez más necesaria agilidad de movimiento y desplazamientos rapidísimos exigidos en las luchas callejeras.

El comienzo de la Guerra Española sorprendióle en Madrid. Muñoz Grandes fue encarcelado y condenado a muerte. Mediante gestiones de la otra zona consiguió salir de la zona gubernamental y alcanzar la nacional, solicitando inmediatamente un puesto en primera línea. Mandó la IV Brigada de Navarra con el grado de coronel. Ya general mandó una División del Cuerpo de Ejército Marroquí y posteriormente, el Cuerpo de Ejército de Urgel. Terminada la guerra fue nombrado ministro secretario general del Partido y Jefe de Milicias de FET y de los JONS. Más tarde, fue el jefe de la «División Azul». En 1955, ya ascendido a teniente general, fue ministro del Ejército. En 1957 ascendido a capitán general, la única persona que, conjuntamente con el Jefe del Estado, disfrutó de tal empleo en la historia regimental, ya que el general Moscardó fue capitán general «post mortem». En el año 1962, al crearse la Vicepresidencia del Estado, fue nombrado para ocuparla. El 27 de enero del año 1966, por decreto del mismo día, publicado en el «Boletín Oficial del Estado», pasó el 7 de febrero del mismo año a la reserva del Ejército, al cumplir los setenta años de edad. Había nacido el 27 de enero del año 1896, murió en 1970.

CAMBÓ PREVISOR

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«Parece ser que Cambó, meses antes de que se declarase el movimiento trasladó a Londres obras de arte que había adquirido y que, según entendidos en pintura, están valoradas en varios millones de pesetas.

»Cambó abandonó Barcelona quince días antes de estallar el movimiento militar. Embarcó a bordo del yate "Catalonia", de su propiedad, acompañándole en el viaje el consejero del Ayuntamiento, Javier Calderón. Los sucesos le sorprendieron en pleno Adriático.

»El yate "Catalonia" tiene instalada a bordo una magnífica instalación de radio receptora y no cabe duda de que le ha sido posible seguir el curso de los acontecimientos del movimiento.»⁹

⁹ Francisco de Asís Cambó, nacido el día 2 de septiembre de 1876, en el Ampurdán (Gerona). El nombre y la vida de Cambó están fuertemente unidos a la historia del catalanismo, siendo una de las figuras políticas relevantes de Cataluña que jamás se desarraigaron totalmente de su vinculación con el resto de España, como así le definió en el retrato de esta personalidad, Gregorio Marañón con las siguientes palabras:

«Cambó, tal vez, en posesión de la autoridad que merecía y con tiempo suficiente, hubiera podido contribuir en primera línea a transformar a España en un gran país, dentro de los límites modestos que impone nuestra realidad

geográfica y humana, pero extrayendo el máximo rendimiento a nuestras posibilidades de progreso y abriendo las ventanas del espíritu ibérico a la vida del mundo.»

Por su parte, Joaquín M.^a de Nadal, secretario de Cambó, define su postura política en el libro *Seis años con Cambó*.

«Cambó, sin abandonar su lucha por conseguir un régimen de autonomía para Cataluña, consideró el resto de España como un vasto mercado de consumo para la producción catalana a la vez que un gran campo de materias primas. Estas eran las motivaciones de carácter económico.»

Su afán por la grandeza de Cataluña no estaba reñido en modo alguno con su, al mismo tiempo, acendrado españolismo. Representante y dirigente de la «Lliga Catalana» agrupó a su alrededor a las más altas personalidades de la industria, el comercio y la Banca catalana así como también a intelectuales entre los que descollaron como sus más incondicionales adictos, entre otros, Octavio Saltor y Juan Estelrich.

Así como la «Esquerra» representaba a los pequeños comerciantes y a la clase media de Barcelona, la «Lliga» era la representación de los grandes industriales que colaboraron en el renacimiento del catalanismo del siglo precedente.

Francisco Cambó se hallaba en su yate «Catalonia», cuando el movimiento del 18 de julio, navegando por el Adriático. Al conocer el desenvolvimiento de los acontecimientos en Cataluña y el resto de España, colaboró activamente financiando todos los gastos ocasionados por las personas fugitivas de Cataluña. Montó una poderosa y eficaz organización de ayuda a cuantos se encontraban en el extranjero fugitivos de Barcelona y se rodeó de colaboradores que le ayudaron eficazmente en la labor de propaganda en favor de la España Nacional. Muchos de sus amigos más adictos habían conseguido escapar de Barcelona, personalidades de la industria y del comercio, así como también de la nobleza catalana. Desde el extranjero, tal como refiere su secretario Joaquín M.^a Nadal en la obra ya citada, *Seis años con Cambó*, atendió a centenares de personas y montó un servicio de espionaje que facilitó numerosos y estimables servicios, desde su residencia y oficinas en la villa de Repallo (Italia), donde se había establecido desde comienzos del año 1937. Terminada la Guerra Española murió en la Argentina en el año 1947.

AUTOBUSES. AVISO IMPORTANTE

(«Solidaridad Obrera», 26 de julio de 1936)

«Ante las anomalías surgidas ayer al negarse parte de los viajeros a abonar en el autobús el importe del billete, lo que implica una seria complicación en estos momentos en que nos acabamos de incautar de la Compañía General de Autobuses, cébenos dejar bien sentado lo siguiente:

»No ha habido ningún acuerdo en la Organización que determinara el que cada pasajero se tome la libertad de no pagar. Así es que, fuera confusionismo. La situación respecto al pago de los billetes sigue igual, hoy por hoy. Esperamos, pues, que todos en general, y en particular los trabajadores, se darán cuenta de la situación y sabrán a qué atenerse. *El Comité.*»

LLEGADA DE CARBÓN A BARCELONA

(«Solidaridad Obrera», 26 de julio de 1936)

«Han llegado a Barcelona, tres buques cargados de carbón procedentes de Inglaterra.

»Dos buques son ingleses y otro español.»

DOS REACCIONARIOS CASTIGADOS POR EL PUEBLO

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«Ayer por la mañana, una señora se puso a tocar el piano, con el balcón abierto, la marcha real y otros himnos no menos populares. Como es de suponer los vecinos del barrio así como los milicianos obreros entraron en la casa, situada en una calle derecha del Ensanche.

»Por la tarde, un grupo de milicianos, visitó con el propósito de realizar un registro, el piso de un canónigo, situado en la casa que hace esquina con la calle del Obispo, en la plaza de la República. Encontraron además de documentos interesantes, varias armas cortas, muchas municiones. No es necesario decir que los muebles y libros fueron arrojados al adoquinado de la plaza con el natural interés y entusiasmo de la multitud.»

CUIDADO CON LAS PROVOCACIONES

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«Anoche, a las doce, desde los micrófonos instalados en el Palacio de la Generalidad fue radiada la siguiente nota:

»"Parece que un grupo hostiliza con sus disparos algunos consulados extranjeros de esta ciudad con el propósito de ocasionar incidentes entre los países extranjeros y el Gobierno de la Generalidad y el Frente Popular."

»"Se recomienda el máximo respeto a los Consulados así como a personas extranjeras. No vayamos a caer en la trampa que los rebeldes nos quieren tender."»

UN GRUPO DE OBREROS DESTRUYE EL FICHERO SOCIAL DE LA COMPAÑÍA DE TRANVÍAS

(«Solidaridad Obrera», 26 de julio de 1936)

«Un grupo de obreros se presentó en las oficinas de la Compañía de Tranvías de Barcelona, situada en la Ronda de San Antonio, esquina Campo Sagrado, incautándose del fichero social que de los obreros tranviarios poseía la Compañía, siendo quemado en mitad de la calle.»

HA SIDO INCENDIADA LA FAMOSA VILLA «LA VIOLETA»
QUE PERTENECIÓ AL SEÑOR LERROUX

(«Solidaridad Obrera», 26 de julio de 1936)

«Anteayer tarde se declaró un incendio en la villa «La Violeta», unida, como se sabe, a la historia política de Cataluña por haber pertenecido al jefe del partido radical señor Lerroux. En dicha torre se celebraron en épocas pretéritas reuniones de trascendencia política. Actualmente, dicho inmueble era propiedad de Emiliano Iglesias.»

PARA EL APROVISIONAMIENTO DE VERDURAS

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

Es indispensable terminar con el saqueo en las carreteras

«"L'Unió de Rabassaires" manda de continuo cargamentos de verduras para el aprovisionamiento de la ciudad. Muchos de tales envíos van destinados a los hospitales.

»"L'Unió de Rabassaires" ruega que den fin los actos de

bandillaje que llevan a cabo muchos pueblos apoderándose de las verduras destinadas para surtir a la ciudad. El Comité de Milicias Antifascistas, por su parte, está dispuesto a terminar severamente con tales malhechores que hacen imposible el normal aprovisionamiento de Barcelona.»¹⁰

10 Se llamaba «rabassaires», en Cataluña, a los campesinos que cultivaban la tierra a «rabassa», es decir que partían con el amo de las mismas el producto de su trabajo. Fue Luis Companys quien fundó la «Unió de Rabassaires» con el propósito de agrupar a todos los campesinos catalanes formando un bloque de resistencia a la llamada «Institució Agrícola Catalá de San Isidre» (Institución de San Isidro), que era la agrupación a la que estaban afiliados todos los propietarios de tierras.

La «Unió de Rabassaires» fue fundada en el año 1922 fusionando en ella a todas las cooperativas, entidades y hermandades de campesinos catalanes.

Luis Companys Jover había nacido en El Tarrós (Lérida) el año 1882. Se tituló abogado en la Universidad de Barcelona al mismo tiempo que se dedicaba a la política. Amigo de Francisco Layret y de Francisco Seguí, conocido con el sobrenombre de «El noi del sucre» (El chico del azúcar) consiguió el acta del primero a la muerte del mismo siendo elegido diputado por Sabadell. En 1928 se entrevistó en París con Sánchez Guerra tramando un complot con el que derrocar la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera y en consecuencia destituir al rey Alfonso XIII. La conjuración en principio ya fracasó en 1929 a causa del desacuerdo entre sus componentes, respecto a la fecha a señalar para su realización.

A la proclamación de la República en España, el 14 de abril de 1931, fue designado por Francisco Maciá, gobernador civil de Barcelona. Al fallecimiento de Maciá, ocurrido el 24 de diciembre del año 1933, el Parlamento catalán eligió a Companys en enero de 1934, Presidente de la Generalidad de Cataluña. A consecuencia de la sublevación del 6 de octubre de 1936, en Cataluña, fue detenido y condenado al mismo tiempo que todo el Gobierno catalán a 30 años de prisión, siendo recluido en la cárcel del Puerto de Santa María. En las elecciones del 16 de febrero de 1936 fue indultado; el 28 del mismo mes, fue reelegido Presidente de la Generalidad

EL CHALET DE LERROUX DESTINADO A HOSPITAL DE SANGRE

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«Las organizaciones socialistas han instalado un hospital de urgencia en el chalet que en la calle O'Donnell habitaba Alejandro Lerroux.

»En el Palace Hotel también se ha instalado un hospital de sangre.»¹¹

de Cataluña. Cinco meses después, el 18 de julio de 1936 se inició la tragedia de la Guerra Española. En 1939, a la derrota de la República huyó a Francia. Detenido, en Bélgica, durante la Segunda Guerra Mundial por las tropas alemanas de ocupación fue devuelto a España, procesado y condenado a muerte. Obsequió a su defensor con unos gemelos de oro, con las siguientes palabras: «No tengo dinero para pagaros. Aceptad estos gemelos en prenda de agradecimiento.» Fue fusilado en los fosos del Castillo de Montjuïc el 15 de octubre de 1940. Recibió sepultura en el cementerio del sudoeste, en Barcelona, en un nicho de la Avenida de San Jorge, 7.ª Agrupación, n.º 7182.

11 Alejandro Lerroux García, nació en La Rambla (Córdoba), en el año 1864. Se dio a conocer en Madrid como periodista de ideas republicanas. Fue director de «El País», fundó posteriormente «El Progreso», «El Radical» y «El Intransigente». A causa de sus artículos fue condenado en varias ocasiones. Había sido secretario del Dr. José M. Izquierdo. En el año 1901, según algunos, por sugerencia de don Segismundo Moret se trasladó a Barcelona, con el propósito de captar a las masas obreras. En Barcelona colaboró inmediatamente en «La Publicidad» de la que Emilio Junoy y

TODAVÍA QUEDAN FASCISTAS EN LOS CUARTELES

(«Avant», 26 de julio de 1936, Órgano del POUM)

Gelabert le abrió las puertas llegando a convertirse en el director del periódico. Se presentó a las elecciones con Francisco Pi Margall saliendo triunfante. Desde entonces arraigó en Barcelona donde desplegó violentas campañas políticas y captó a las masas obreras en sus discursos flameantes de metáforas anticlericales y revolucionarias. Creó las llamadas «Casas del Pueblo», y los grupos de activistas conocidos con la denominación de «jóvenes bárbaros». Alejandro Lerroux habíase tratado con todas las personalidades más relevantes de la democracia española, Ruiz Zorrilla, Salmerón, Pi Margall, Castelar... Era un orador enérgico que ejercía una poderosa influencia sobre sus oyentes arrebatándoles con verbo encendido, sarcástico y demoledor; se mostraba como anticlerical furibundo, socializante y gran audacia convirtiéndose en tribuno de multitudes a las que electrizaba con su verbo torrencial, lleno de imágenes de hiperbólico grafismo y colorido. En el año 1901, a la edad de 37 años, siendo diputado se graduó bachiller en Figueras (Gerona) y muchos años más tarde, a edad muy avanzada, se licenció en Derecho. Los gobiernos de la monarquía le toleraron en su demagogia hasta considerarla innecesaria, en el año 1907 pero ya entonces la influencia de Lerroux en los medios obreristas barceloneses había dado los frutos que él había deseado y logrado constituir el poderoso «Partido radical» también llamado lerrouxista. Cuando los terribles días de «la semana trágica» de 1909, Alejandro Lerroux marchóse anticipadamente, para eludir responsabilidades, a Buenos Aires (La Argentina) a causa de una condena por un artículo suyo aparecido en un periódico. No regresó hasta el mes de noviembre del mismo año cuando Ferrer y Guardia, creador de la «Escuela Moderna» a quien se había responsabilizado de los sucesos de la semana sangrienta ya había sido condenado a muerte y fusilado. Alejandro Lerroux en su dilatada vida de hombre público, evolucionó políticamente en una ininterrumpida metamorfosis que fue la expresión más representativa del camaleonismo político. Murió en Madrid en el año 1945.

«En el cuartel de la guardia civil de la calle Navas de Tolosa, de nuestra ciudad, discutieron sobre los acontecimientos de los últimos días, un sargento y un cabo. La discusión derivó en riña y ambos usaron las armas, tiroteándose y dieron muerte el uno al otro. El cabo se llamaba A.R.L. y el nombre del sargento todavía no se conoce.»

EL COMITÉ EJECUTIVO DEL POUM

A TODOS LOS TRABAJADORES

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«El Comité Ejecutivo del POUM estima que, en las circunstancias actuales, se impone la satisfacción inmediata de las siguientes reivindicaciones:

»1.—Semana de trabajo de 36 horas.

»2.—Aumento general de un 10 por ciento sobre los salarios, inferiores a las 500 pesetas mensuales.

»3.—Rebaja de un 25 por ciento de los alquileres, supresión de los depósitos de alquiler y servicios públicos.

»4.—Pago de los jornales de los días de huelga.

»5.–Subsidio a los obreros en paro.

»6.–Control de la producción por Comités de Fábrica, taller y mina.

»7.–Reparto de las tierras de los grandes propietarios entre los campesinos pobres y liberación de todas las cargas que pesan sobre el campesinado (tierra muerta, parcelería, arrendamientos, etc.) a la cual es liberada la tierra en usufructo.

»8.–Revisión del Estatuto de Cataluña en sentido progresivo.

»9.–Pensión a las familias de las víctimas antifascistas.

»10.–Depuración inmediata de los cuerpos armados. Elección de los jefes por soldados y guardias.

»11.–Mantenimiento de las milicias armadas.

»12.–Consejo sumarísimo contra los cabecillas de la insurrección fascista.

»Nuestro partido ha sometido a las otras organizaciones obreras este programa de reivindicaciones inmediatas, con la esperanza firme que sea la base de una acción conjunta iniciada ya en el frente de combate durante estos días.»

PARA LA DISTRIBUCION DEL TABACO

(«Avant», 26 de julio de 1936. Órgano del POUM)

«El interventor del Gobierno de la Generalidad de Cataluña en la Compañía de Tabacos, comunica a las Milicias y centros autorizados a que están enrolados que para facilitar la distribución del tabaco es necesario que únicamente se haga entre los ciudadanos defensores de la República y la Libertad.

»Con objeto de controlar tales disposiciones es indispensable que los respectivos Comités sean los únicos que puedan solicitar de la oficina distribuidora, situada en la plaza Sepúlveda, el tabaco indispensable para el consumo diario de los afiliados. Se ruega, por tanto, a las Milicias que procuren el buen orden que tiene que ser norma general.»

HAN TUMBADO AL «PACO» DE LA RAMBLA DE SANTA MÓNICA

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Domingo, 11:30.—Hace días que en la Rambla de Santa

Mónica iba paqueando a los trabajadores un «paco» cuyo paradero, hasta ahora no ha podido ser determinado, ni él, detenido. El lunes y el miércoles pasado, este «paco» hirió a bastantes compañeros.

»El Sindicato de la Metalurgia, por no querer molestar a los vecinos, no ha hecho ningún registro en los pisos de las casas de las Ramblas.

»Pero hoy ha tenido la confianza de que dicho «paco» se hallaba en la casa de «Madame Rita», mujer que vive de la trata de blancas.

»Los metalúrgicos se presentaron hoy en dicha casa, la cual les abrió la puerta y les enseñó todas las habitaciones, menos una.

»En cuanto se acercaron a esta habitación, les salió al encuentro una mujer, diciéndoles:

»–Ésta es mi habitación, aquí no hay nada.

»–Abra la puerta, si no hay nada–, le contestaron los compañeros.

»En cuanto se acercaron a la puerta e intentaron dar algún golpe a la misma, les dispararon desde dentro, con un fusil ametrallador.

»Los disparos hirieron a la mujer en una mano, pero acto

seguido un compañero metalúrgico ha roto la puerta y después de un nutrido tiroteo lograron reducir al "paco".

»El nombre del individuo era J.F.F. (omitimos los nombres. N.A.)»

NUEVO DESTINO DEL SEMINARIO

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«El consejero de Cultura ha destinado el edificio del antiguo Seminario, apropiado con destino a Instituciones de Cultura del Pueblo, a Universidad Obrera.

»Se está estudiando su inmediato funcionamiento y se procederá en seguida a la formación de un Comité que lo organice, con intervención de las organizaciones obreras y en contacto con la Universidad Autónoma.»

EL DESEMPEÑO DE ROPAS Y EFECTOS

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Ante la noticia inexacta de que el Ayuntamiento de Madrid facilitaba vales para retirar de las casas de préstamo los objetos empeñados, se notifica que el Ayuntamiento no tiene la menor noticia de tal determinación, ni puede intervenir para nada en ello, por lo que es completamente inútil dirigirse a él, a tales efectos.»

3.000 MAQUINAS DE COSER DESEMPEÑADAS Y TRES MILLONES DE PESETAS DE ROPAS Y COLCHONES

(«La Rambla», 27 de julio de 1936)

«Durante estos días han sido incautados los establecimientos de empeños para que sean restituidos los objetos que la gente tenía depositados. Hay que tener en cuenta que tal clase de gente suele ser de condición modesta, viéndose con frecuencia en la necesidad de empeñar objetos para satisfacer sus necesidades más elementales para poder vivir. Además, estos objetos son regularmente de utilidad diaria e imprescindible y sólo circunstancias extremas han obligado a sus dueños a desprenderse de ellos.

»La incautación de los establecimientos de tal especie, en muchos de los cuales se practicaba la usura, ha causado buena impresión y gran contento entre las clases necesitadas. Ante las puertas de estas casas se han formado largas

colas de gentes que acudían a recuperar los objetos y prendas empeñados.

»Sabemos que entre la multitud de objetos que han sido recuperados, figura la cifra de unas 3.000 máquinas de coser y ropas por valor de tres millones de pesetas. Naturalmente este rescate ha producido una gran satisfacción entre los beneficiados.»

NO SE PUEDEN SUBIR LOS PRECIOS DE LAS SUBSISTENCIAS

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Todos los tenderos, desde los primeros días de huelga tienen órdenes terminantes de que, bajo ningún pretexto, no tienen derecho a subir los precios de los productos de primera necesidad. Algunos tenderos han querido aprovechar los momentos revolucionarios para hacer el negocio con un 200 por ciento de ganancias. La policía detuvo a algunos patronos, pero no todos han sido detenidos.

»En la calle de Entenza, entre Valencia y Mallorca, un carnicero ha subido el precio de la carne, casi el doble. Una vecina ha protestado contra tan indigno proceder, pero al no hacerle caso el carnicero, llamó a una camioneta de las milicias y les expuso el caso.

»Al enterarse los vecinos que el tendero no tenía ningún derecho de subir los precios, con ayuda de los milicianos han destruido la tienda.

»Las milicias antifascistas cuidan de que los tenderos no suban los precios, y los vecinos deben ayudarles.»

SE NECESITA UN COMPAÑERO O COMPAÑERA FRANCESA
PARA ESCRIBIR A MÁQUINA

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Las Oficinas de Información y Propaganda, en la Sección Extranjera, necesitan a un compañero o una compañera que sepa escribir a máquina en francés.

»Se le ruega que se presente en la casa CNT-FAI, Vía Layetana, 12-4.º-34.»

LA FAI NO HA REQUISADO NINGUNA CAMISA DE SEDA.
SON LOS DE...

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Los elementos de la CNT y de la FAI que han sido siempre sistemáticamente atacados y desacreditados por todos los elementos políticos sin distinción de programas ni matices, están llevando a cabo el más grande sacrificio que se conoce en la historia de las revoluciones.

»Estos abusos han de cortarse. Nosotros no queremos el saqueo. No decimos que si esto sigue así, lo saquearemos todo, no; lo que queremos decir con toda energía y con toda la responsabilidad que nos caracteriza, es que nosotros, los desarrapados de la FAI no vamos a tolerar que se retiren de los almacenes requisados y controlados por los obreros –organizados– elegantes trajes de noche, camisas de seda, artículos de postín, y lujo de toda clase, bagatelas, trapujos y porquerías burguesas que deberían ser desterradas para siempre– o su utilización relegada, hasta que todos los ciudadanos tuviesen un vestido modesto igual– no en uniforme sino en calidad y confort, pero así el privilegio y la jerarquía traperil no desvirtuasen la existencia de esta formidable movilización popular contra la alta finanza explotadora.»

LOS ANARQUISTAS DESPRECIAN EL DINERO

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Los compañeros de la CNT y la FAI acaban de entregar al

Comité de Milicias Antifascistas, la cantidad de diez y seis millones de pesetas, que han sido encontradas en el Palacio Episcopal y en las iglesias de Vich. En la segunda edición de este boletín, que saldrá a las siete de la tarde, daremos noticias detalladas sobre la incautación de la suma mencionada.»

UNA INSPECCIÓN A LA CÚPULA DEL MONUMENTO A COLÓN

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Esta mañana un gran gentío se ha reunido al pie del monumento a Colón en espera del resultado de la inspección que iba a verificarse en la cúpula por creerse que se encontraban allí los cadáveres de los sublevados que servían dos ametralladoras que estuvieron funcionando durante el asedio por las fuerzas leales al cuartel de la Maestranza de Artillería.

»Había quien decía que desde abajo se notaba el hedor que despedían los cadáveres, pues se suponía que habían muerto, tal vez a consecuencia del disparo que sobre la cúpula hizo un artillero.

»Se decía que cuando las fuerzas leales lograron asaltar la

Maestranza de Artillería, un guardia de Asalto logró interrumpir la corriente que hace funcionar el ascensor que comunica con la cúpula del monumento a Colón con la planta baja, con objeto de que los rebeldes que se hallaban en la parte superior quedasen aislados. Esto es lo que hacía suponer que se hallaban los cadáveres en la parte alta del monumento.

»Los preparativos para ascender a la cúpula han durado largo rato y, por fin a primeras horas de la tarde, varios individuos provistos de grandes cestas y cuerdas han comenzado la ascensión valiéndose de una escalera de gato que se halla en el interior del monumento.

»Según se nos ha manifestado, los que han subido a la cúpula se han encontrado que no había ni cadáveres ni seres vivientes en la misma, suponiéndose que los que servían las ametralladoras lograron descender inutilizando el propio cable del ascensor.

»En la parte alta del monumento ha sido colocada la bandera de la décima sexta compañía de Asalto.»

UNA ORDEN DE RETORNO AL TRABAJO

(«El Noticiero Universal», 27 de julio de 1936)

«Esta mañana el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña, y el secretario regional de la U.G.T., han dirigido un comunicado a los trabajadores de Barcelona, advirtiéndoles que había decidido conjuntamente dar la orden de retorno al trabajo hoy mismo, excepto aquellos que estuviesen enrolados en las milicias antifascistas, ya que así lo exigía el orden revolucionario de la clase obrera.»¹²

12 La rivalidad tradicional entre anarcosindicalistas y comunistas se advirtió desde los primeros días de julio y se fue acentuando a lo largo de los meses que siguieron hasta desencadenarse en una lucha abierta y armada durante los días sangrientos de mayo del año 1937. Ya en el día 9 del mes de agosto del año 1936, se celebró un mitin monstruo en el «Teatro Olimpia» de Barcelona, en el que los anarquistas manifestaron públicamente su protesta y oposición contra la medida del Gobierno de Madrid, apoyado por el de la Generalidad, llamando a filas algunas quintas, ya que, con la creación de las milicias, el ejército regular había desaparecido. Erróneamente, el Gobierno de la República, desde el 19 de julio del mismo año 1936, equivocadamente y con objeto de neutralizar hasta su total ineficacia el levantamiento militar, había decretado el licenciamiento del Ejército, determinación equivalente a la disolución del mismo en toda la zona republicana mas no en toda España, medida que se volvió cuchillo de doble filo ya que la única zona de las dos en que la Nación quedó dividida, fue republicana, la que se quedó sin un ejército regular desde el mismo comienzo de la guerra y cuya reorganización disciplinada requirió una pérdida de tiempo que se malogró. El mitin o concentración celebrado en el Olimpia fue debido a que la organización cenetista advirtió al punto que, seguidamente de la creación de un ejército regular, se procedería a la paulatina eliminación de las «Columnas de milicias obreras» que quedarían absorbidas en el conjunto del «Ejército Popular» que iba a tomar inicial realidad en Cataluña en enero del año 1937, lo cual motivaría el desarme de los obreros sindicalistas quienes, desde el punto de vista de la CNT–FAI lo mismo que para los afiliados al POUM constituía la única fuerza auténticamente revolucionaria, existente. Por tanto, los anarcosindicalistas a partir del 9 de agosto de 1936, intentaron oponerse a las

medidas gubernamentales, porque las mismas iban a significar la neutralización de su poderío. Hay que tener en cuenta que la CNT–FAI llegaron a disponer de 8 diarios, así como de gran cantidad de revistas para la propaganda y difusión ideológica. Entre otras cosas la constitución de un ejército regular suponía la institución de graduaciones, diferencias de pagas en relación con los distintos empleos y a la vez la implantación de una rigurosa disciplina.

Tal como indica James Cleugh, en su obra *Spanish Fury* (La Guerra de España), pág. 105. Colección «Z». Editorial Juventud, Barcelona, 1967, la situación evolucionó hasta darse las circunstancias siguientes:

«De hecho, siendo los últimos (los anarquistas), en particular los oponentes más peligrosos al estalinismo, era preciso tratarles con guante de terciopelo. En resumen, había que construir gradual y quedamente, sobre todo en el ejército republicano, un equilibrio entre el verdadero patriotismo español y las teorías del comunismo soviético tal como entonces se formulaban, hasta que se crease un sólido bloque de hombres que no se parasen en barras con tal de obedecer las órdenes del Kremlin. Mientras tanto habría que mantener la habitual máscara española del noble celo que se ponía en la defensa del hogar y de la familia y seguirla esgrimando en todo tiempo en las negociaciones con Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, en vista de que estos países estaban ya tan profunda y favorablemente impresionados con este aspecto de la situación de España.»

Éstos, según dicho autor, eran los consejos dados por Stalin a Largo Caballero en sus cartas desde Moscú.

Pero la represión armada contra la CNT–FAI. y el POUM no se desencadenó hasta el mes de mayo de 1937. Comenzaron los sucesos el día 3 a las dos y media de la tarde y terminaron el día 7 los últimos disparos con la llegada a Barcelona de 5.000 guardias de Asalto enviados por el Gobierno desde Valencia. Los hechos de mayo causaron más víctimas que las habidas el 19 de julio: más de 500 muertos y un millar de heridos.

En junio, como prolongación y remate de la purga iniciada en mayo fue eliminado Andrés Nin, sucesor de Joaquín Maurín en la transformación del Bloque Obrero y Campesino, en el Partido de Unificación Marxista, conocido por el anagrama de POUM.

Andrés Nin Pérez era de un pueblo del Vendrell, hijo de un zapatero al que

ayudó en su tienda hasta que se hizo maestro de enseñanza. Se trasladó a Barcelona donde conoció a Ferrer Guardia y a Soledad Villafranca trabando con ambos gran amistad. Andrés Nin pasó a ser maestro de la «Escuela Moderna». Posteriormente, separado de su esposa, se trasladó a Rusia donde se ganó la amistad y confianza de León Trotsky del que llegó a ser secretario. Regresó a España casado (unido) con una rusa que le dio una hija con la que volvió a Barcelona, donde con Maurín transformaron el P.O.C. en el POUM que, en Cataluña llegó a contar con un importante núcleo de adheridos. Andrés Nin, fue detenido, a raíz de los hechos del mes de mayo, en su oficina el 15 de junio de 1937, desapareciendo misteriosamente, sin dejar rastro alguno de su persona. Posteriormente se averiguó que había sido trasladado a Valencia y desde ésta a Madrid. El 21 de julio comenzó a circular por Barcelona el rumor, que acabó en certidumbre, de su muerte. Los activistas del POUM pegaban en los muros de fábricas y talleres los pasquines que repetían incesantemente la misma pregunta: «¿Dónde está Nin?» El proceso que se celebró contra Julián Gorkin y otros dirigentes del POUM., en el que se les acusaba de espionaje y traición, terminó con la legalidad de dicho partido que, por ser más débil que la organización de la CNT y la FAI, había sido elegido por los comunistas estalinistas como primera víctima propiciatoria.

La vuelta al trabajo llevó consigo, al mismo tiempo, la inmediata aplicación de la creación de los Comités de Control en cada factoría así como la pronta colectivización agrícola en Cataluña y sobre todo en Aragón, cuyo Consejo Regional de Defensa estaba constituido por dirigentes de la FAI cuyas determinaciones eran obstaculizadas, en lo posible, por los componentes de la sindical UGT. El Consejo de Aragón tenía su sede establecida en Fraga y ejercía un poder casi absoluto en toda la zona aragonesa republicana. En Cataluña se procedió a la colectivización de todas las empresas que fueron administradas por los mismos obreros quienes previamente habían elegido entre sus compañeros a un Comité director. La falta de experiencia y por añadidura las dificultades surgidas con motivo de la guerra originaron múltiples problemas de por sí difíciles de resolución, cuanto más en las extraordinarias circunstancias surgidas, originándose muchos errores complicándose, con frecuencia, con problemas de disciplina laboral que eran necesariamente perjudiciales para la producción. El proceso de adaptación al nuevo estado de cosas era lento y en perjuicio del desenvolvimiento de las

industrias. En algunos ramos, cómo el textil, la escasez de trabajo debido a la falta de materias primas para la producción y la falta de créditos del Gobierno de Madrid para poder obtenerlas del extranjero, ocasionó una pronta agravación de la industria de la sección del Ramo del Agua. Muchos de sus obreros se trasladaron a las nacientes industrias de guerra que prometían un pronto florecimiento y mejor retribución con el pago de horas extraordinarias. El sector del Ramo del Agua limitó su horario semanal a veinticuatro horas, equivalente a tres días de trabajo semanales. Bien pronto, el Comité de la Colectividad se enfrentó con el grave problema de no disponer de dinero con que pagar los semanales. Celebróse una reunión extraordinaria del Ramo en el «Cine Cataluña» de la barriada del Pueblo Nuevo comunicándose a los obreros la extremada situación y la imposibilidad de resolverla, invitando a los obreros a que buscaran trabajo en otras industrias, especialmente en las fábricas de material de guerra. Otras ramas de la Industria, como la empresa colectivizada de la fábrica de cerveza «Damm», podían retribuir generosamente a los obreros que figuraban en su nómina, cuya plantilla por aquel entonces, debía ser aproximadamente la de un millar de obreros. Surgió, por tanto, una realidad desconcertante y a un tiempo paradójica: la existencia de empresas ricas y poderosas en contraste de otras muy limitadas y hasta pobrísimas. Si una fábrica tenía dinero suficiente de reservas o mercaderías almacenadas en el período inicial de la Colectivización pagaba a sus obreros y, en caso contrario, se abstenía forzosamente de hacerlo.

La ineludible necesidad de dinero para impulsar la marcha de la industria motivó que Diego Abad de Santillán, anarquista y consejero de Economía de la Generalidad fuese, representando a ésta, a Madrid para solicitar un crédito de 800 millones de pesetas y otro de 30 millones para la adquisición de material de guerra, así como además otro crédito de 150 millones de francos para la compra de materias primas para la industria. Como el resultado fue negativo, posteriormente, apremiados por la situación económica de Cataluña, se procedió en vano en un nuevo intento para conseguir dinero, con el que se deseaba dar un nuevo giro a la guerra y, en consecuencia, al logro de una más pronta victoria.

Cuando el asedio de Madrid por las tropas nacionales era más temible y peligroso se quiso evitar la posibilidad que el oro del Banco de España cayera en manos del enemigo ofreciéndose la idea del traslado de parte del oro a

Cataluña, apoyándose dicha argumentación en la necesidad de evitar que el oro cayera en poder del ejército nacional y las consecuencias y responsabilidades que, en caso de suceder, se derivarían. Además, cada vez resultaba más apremiante la necesidad de adquirir armamento extranjero para proseguir la guerra.

También, por su parte, la Generalidad, consideraba que, con el oro, podría comprar materias primas para la industria o la maquinaria necesaria para la fabricación de armamento. En la visita de Abad de Santillán en compañía de Díaz Sandino al presidente del Consejo de Ministros, Giral, sucesor de Casares Quiroga, sustituido posteriormente por Largo Caballero, la cuestión del oro de España fue tratada con todas las consideraciones que merecía el caso pero el traslado del oro encontró oposición y quedó finalmente pospuesta toda determinación, siguiendo, el oro, en el Banco de España. No obstante, el 25 de octubre del mismo año 1936, el oro abandonó la patria, por determinación exclusiva del doctor Juan Negrín. El 25 de octubre fueron embarcadas en Cartagena, destino Odesa (Rusia), en cuatro barcos soviéticos, 7.000 cajas de oro de un peso aproximado a las 125 libras cada una de ellas, con un peso total de unas 600 toneladas. La cantidad más importante de las reservas oro alcanzaba un capital de 1.581.642.400 pesetas, integrante parcial de un total de 2.258.569.908 pesetas de las cuales un 70 por ciento era en libras esterlinas. La mayor parte del resto del oro, se encontraba en Francia, pero cierta cantidad siguió en Madrid hasta el fin de la guerra. España era el cuarto lugar de todo el mundo que poseía la reserva de oro más importante. A la muerte del Dr. Juan Negrín, ocurrida en París en el año 1956, dejó en su testamento, los documentos referentes al oro de España –entregado a Rusia a cambio de la ayuda de este país a la República–, para que fueran transferidos al Generalísimo Franco y éste en nombre de España, en su momento oportuno, proceder a su reclamación. La pérdida y enajenamiento del oro de España, debe ser motivo de honda reflexión para cualquier español, al considerar la irresponsabilidad de tan descomunal error y al mismo tiempo la cruel y desalentadora paradoja de que tan valioso tesoro, cuya riqueza ya con anterioridad a la Guerra Española, hubiese servido, en manos y mentes más preocupadas del verdadero bien de España, para solucionar graves problemas de enseñanza, base de múltiples creaciones para el progreso del país y no su utilización para la adquisición de armas para que los españoles se dedicaran a exterminarse entre sí. Mas la historia

¡EL TABACO NO HA SIDO ENVENENADO!

(«La Humanitat», 28 de julio de 1936)

«La Federación de la Expendeduría de Tabacos comunica que habiendo circulado rumores creados por elementos fascistas que el tabaco estaba envenenado, hace constar que este rumor carece de fundamento.»

JACINTO BENAVENTE EN LA LISTA DE LOS DETENIDOS

(«La Humanitat», 28 de julio de 1936)

«Esta mañana después de la selección efectuada por la policía entre los detenidos que se encontraban en los calabozos de “Jefatura”, quedaron 94, de los cuales, 30 han sido trasladados al vapor “Uruguay”.

»Entre los detenidos figura el ex-delegado de Orden Público señor D..., el cual fue detenido la pasada noche por unos elementos del “Estat Catalá”.

demuestra con sobrada frecuencia que el sentido común que debería regir muchas determinaciones de los guías de la Nación, es el menos común de los sentidos.

»También ha sido conducido esta mañana a la Delegación general de Orden Público, el literato Jacinto Benavente, el cual con su secretario particular y un amigo ingeniero de minas fueron encontrados en un restaurante. El señor Benavente y sus acompañantes permanecieron detenidos en este centro.

»También han sido detenidos M.S.G. y M.S.F., de veinte años. A este último le fueron ocupados documentos nazis cuando se hallaba en la frontera.»

MALAS INTENCIONES DE UN SACRISTÁN

(«La Humanitat», 28 de julio de 1936)

«Valencia, 27.—(Por teléfono). Ha sido detenido el sacristán de San Valero.

»Se ha confesado autor del incendio de la iglesia para ocasionar desprestigio a los partidos izquierdistas.»

NO SE PERMITE VISITAR A LOS DETENIDOS

(«La Humanitat», 28 de julio de 1936)

«El general jefe de la Cuarta División, comunica a los familiares de los detenidos que es del todo inútil que insistan en visitarles porque se hallan incomunicados.»

LA POLICÍA TRABAJA

(«La Humanitat», 28 de julio de 1936)

Numerosos registros, incautación de armas, veinte mil pesetas en billetes y otras cien mil en valores del Estado

«Continuando la serie de registros que se están realizando, la policía después de sofocada la última rebelión ha procedido a la incautación de muchas armas de fuego.

»Casi todos los dueños de estas armas de fuego se encontraban ausentes de esta población y los que se encontraban en Barcelona, disponían de la licencia y guía correspondientes.»¹³

13 En la obra de José del Castillo y Santiago Álvarez, Barcelona, objetivo cubierto, Ed. Timón. Barcelona, 1958, se dan extensas referencias y pormenores en abundancia respecto a las actividades de la llamada «Quinta

Columna» y organizaciones afines tanto en Barcelona como en el resto de Cataluña:

«Los grupos de Información para el Ejército Nacional, la organización de la Falange clandestina y el facilitar los medios para pasar los perseguidos a Francia, cundieron rápidamente a pesar de los cuadros del S.I.M., de las declaraciones y de los registros.

»Los pasos de los Pirineos registraron en las noches un continuo tejer por cuerdas humanas de fugitivos, las trochas fronterizas. Hubo quien, como el carlista Manolo Bustenga, pasó catorce veces en acto de servicio de una a otra zona.

»Grupos desconectados entre sí cumplían valiosísimas misiones. Luis Parrosa estableció una importantísima red de información, denominada "Luis Ocharán", que cumplía con eficacia el cometido de sus cinco secciones: Información, Sabotaje, Milicias, «Socorro blanco» y paso de personas a la Zona Nacional. En su organización se integraron los grupos análogos de Segismundo Carals. Los más destacados sucumbieron por el S.I.M., como Emilio Martínez y Diego Vera Capella, Scheverne, Ferrer, Cirea, el Dr. Degollada y otros quince más.

»Entre los carlistas estaba el grupo "Concepción", que tuvo que deshacerse en mayo de 1938 por la traición de un enlace francés. Otros fueron los grupos "Todos", "Círculo Azul", "Córdoba", "Osote" y "Felman".

»La organización creada por Beltrán Musitu "SIFNE" no sólo destacó, sino que fue la base del Servicio de Información Política Militar (S.I.P.M.) del Estado Español, por decreto dado en Burgos el 28 de febrero de 1938.

»La "Lliga" enmendaba así sus pasadas culpas con la nutrida colaboración de personalidades del partido al servicio de España, desde la organización que tenía ramificaciones en las ciudades de la zona roja y en Marsella, Lyon, Perpignan, Tolouse, París, Burdeos, Ginebra, Zurich, Amberes, Bruselas, Rotterdam, La Haya, Londres y otras poblaciones extranjeras.

»Las conexiones con Burgos por onda extracorta perfeccionaron el funcionamiento de la Falange clandestina barcelonesa.»

NO SE HAN ENCONTRADO CADÁVERES EN LA CÚPULA DEL MONUMENTO A COLÓN

(«Diari de Barcelona», 28 de julio de 1936)

«Ayer por la tarde, el Comité de la Barceloneta se dirigió al monumento a Colón con el propósito de subir hasta la cúpula, donde se aseguraba debían encontrarse unas ametralladoras, con las cuales se había disparado contra el pueblo el día 19 último, así como también los cadáveres de los que las dispararon, ya que como sea que el ascensor se hallaba estropeado, nadie había logrado subir ni bajar.

»Los componentes del mencionado Comité se encontraron con numerosas dificultades y tuvieron que desistir de su propósito de subir a la cúpula.

»Hoy, sin embargo, los guardias del cuerpo de Asalto, que habían intervenido en aquel tiroteo, capitaneados ahora por el cabo H.E. y secundados por algunos paisanos, han logrado después de numerosas dificultades subir a la cúpula del monumento.

»La tarea de la ascensión ha empezado a las nueve de la mañana y ha terminado a las dos de la tarde. Han subido, A.P., T.A., e I.M., y una vez arriba únicamente han encontrado cascotes de bombas de mano.

»En las paredes de la parte superior del monumento, se advierten numerosos destrozos causados por los disparos de cañón que se efectuaron desde la Barceloneta, resultando sorprendente la puntería del guardia que disparaba, que logró hacer tres blancos.

»Los que han efectuado la ascensión, iban provistos de mascarillas protectoras por si encontraban algún cadáver, y una bandera que han colocado en lugar bien visible.»¹⁴

14 Comenta Luis Romero en «Historia y Vida», n.º 1 «La Batalla de Barcelona» que, en sus indagaciones sobre la autenticidad del hecho que la noticia comunica, no es posible afirmar la verdad sobre el emplazamiento de las dos ametralladoras en la cúpula del monumento a Colón, en Barcelona. Por otra parte, en el contenido de la noticia de referencia, llama la atención en sus pormenores cuando dice: «únicamente han encontrado cascotes de bomba de mano», lo cual no deja de causar la natural extrañeza, pues la explosión de una granada de mano en el recinto interior de la cúpula resulta inexplicable, puesto que el estallido del artefacto hubiese sido con gran peligro de quienes se encontraban en la cúpula y no se comprende que utilizaran la granada contra sí mismos. Más aceptable resultaría el que dichos cascotes no fueran de bomba de mano sino de fragmentos metálicos los ligeros destrozos ocasionados por los tres disparos artilleros que se asegura, en las noticias de prensa, alcanzaron la difícil diana conseguida por un guardia de Asalto, desde el puerto de la Barceloneta que usó el cañón, a lo que parece sin ser artillero. Por añadidura, es plausible que de haber sido emplazadas las famosas ametralladoras en la cúpula, realizando fuego sobre tan amplia zona que desde tal posición se dominaba, parece razonable la sugerencia de que hubiesen sido hallados en el recinto de la cúpula algunas de las cápsulas de los proyectiles disparados, mas nada se dice en las noticias de aquellos días sobre tal supuesto, lo que, al mismo tiempo, es índice de con cuanta frecuencia entre las noticias de prensa se mezclara la versión popular alterando la objetividad de la información facilitada. Tal como se indica en la prensa de aquellas fechas, fue colocada en lo alto del monumento la

NOTA DE LA GENERALIDAD

(«La Humanitat», 29 de julio de 1936)

bandera de la 16 Compañía del cuerpo de guardias de Asalto. Ya con anterioridad al 18 de julio, el monumento había sido aprovechado para fines políticos propagandísticos, fiando en su altitud y difícil acceso si se utilizaba el ascensor. En una de las ocasiones, con anterioridad al 6 de octubre de 1934, algunos de los miembros pertenecientes a la organización denominada «España Club», dependiente del U.M.E. (Unión Militar Española), a cuyas indicaciones obedecía y de la que recibía ayuda económica, decidieron colocar la bandera roja y gualda en la cúpula del monumento al Almirante. La primera tentativa resultó fallida ya que la bandera se des-prendió cayendo a la calzada del Paseo de Colón. El intento se llevó a cabo por segunda vez, ésta con éxito. Sujetaron firmemente una bandera de 29 metros en lo alto del monumento como signo de afirmación españolista. Se colocó aproximadamente a las siete de la tarde, hora en que el ascensor interior de la columna de hierro dejaba de funcionar para la ascensión del público hasta la cúpula. Seguidamente, una vez de regreso a la base del monumento, procedieron a averiar el mecanismo del ascensor para obstaculizar, en lo posible, los trabajos que seguirían para retirar la enseña. Al día siguiente apareció a los ojos de la ciudad la bandera ondeando libremente. Hasta la intervención de los bomberos, auxiliados de sus escaleras contra incendios, no se consiguió retirar la bandera.

«España Club» fue una entidad nacida a consecuencia del movimiento del 6 de octubre y uno de sus objetivos consistía en cohesionar a todos los componentes del Somatén así como a los de la Acción Ciudadana Armada.

Asimismo, la torre de Jaime I, del transbordador aéreo del puerto de Barcelona hasta los jardines de la montaña de Montjuïc fue, en algunas circunstancias, utilizado para finalidades de propaganda política pero, tales casos se dieron en pocas ocasiones y muy espaciados en orden de tiempo.

«Habiéndose ordenado por todas las organizaciones obreras el retomo al trabajo se ordena a todos los industriales, que hoy abran sus establecimientos para llegar a la definitiva normalización de nuestra ciudad.»

¿QUÉ HAY DE CIERTO EN ELLO?

(«El Diluvio», 29 de julio de 1936)

«En el Juzgado de Guardia se presentó un miliciano, haciendo entrega de dos cigarros puros de los que fueron repartidos entre los ciudadanos que lucharon durante los días 19 y 20, por suponer que estaban envenenados.

»El juez de guardia admitió los cigarros y dispuso que fuesen mandados al Laboratorio Médico Legal para su análisis.»

DETENCION DE UN SUJETO QUE AMENAZABA A LOS
TRANSEÚNTES

(«La Humanitat», 29 de julio de 1936)

«M.A.A., fue conducido al Juzgado de Guardia, por haber sido detenido amenazando a los vecinos de las calles del distrito quinto.

»El detenido que está condenado a la pena de ocho años de prisión ingresó en los calabozos del Juzgado de Guardia.»

LA PRIMITIVA ESPAÑOLA

(«El Diluvio», 29 de julio de 1936)

Asociación de Artistas de Variedades y Circo Convocatoria General

«Se pone en conocimiento de todos los socios que se convoca una asamblea general extraordinaria para tratar del ingreso en la Confederación Nacional del Trabajo y nombramiento del Consejo directivo por aclamación, que tendrá lugar en jueves, día 30 del actual, en el local del “Cine Diana”, situado en la calle San Pablo, a las cuatro de la tarde de primera convocatoria y a las cuatro y media la segunda.»

EL EX MONASTERIO DE MONTSERRAT

(«El Diluvio», 29 de julio de 1936)

«Una vez desalojado el Monasterio de los monjes de Montserrat, se procedió a la incautación de todos sus bienes que éstos tenían en el mismo, y realizándose, como es natural, un minucioso registro, puesto que las impresiones eran que en dicho convento existían armas.

»Los resultados del registro fueron negativos, aunque hay creencia de que las armas existen. Una vez comunicada a las autoridades de Barcelona la incautación llevada a cabo, la Generalidad delegó al diputado señor Puig y Ferrater para ponerse al frente de la administración de Montserrat.

»El señor Puig y Ferrater dijo que estaba dispuesto a hacer buena limpieza del personal, es decir, a echar de Montserrat a todo el personal adicto a los monjes, como asimismo, a los que habían tenido algún roce con éstos, como los que estaban trabajando a sus órdenes.

»El monasterio ha sido transformado en sanatorio, en el que se han instalado en éste enfermos y heridos de Barcelona.

»Por fin, Monistrol se ha librado de esta terrible pesadilla que le permitirá vivir en medio de una tranquilidad absoluta y una prosperidad ilimitada.»

NUEVOS EDIFICIOS INCAUTADOS

(«La Humanitat», 29 de julio de 1936)

«He aquí una nueva relación de edificios incautados por orden del Comisario de Cultura de la Universidad y destinados a escuelas del pueblo:

»Antiguo Convento de Franciscanos, (Calaf, 7 s.), Antiguo Colegio de Jesús y María (Paseo de San Gervasio, 64 y 66), Antiguo Convento y Colegio de las Reparadoras (Ganduxer, 130) y Antiguo Colegio de la Merced, (Provenza, 283).»

DISCURSO DE «LA PASIONARIA»

(«El Diluvio», 29 de julio de 1936)

«Madrid, 28.– Mañana a las diez y media de la noche, debidamente autorizada por el ministro de la Gobernación, hará uso de la palabra desde el micrófono de la Unión Radio

en los estudios de dicha entidad la diputado comunista Dolores Ibarruri, "La Pasionaria".»¹⁵

CAPTURA DE UN COCHE FASCISTA

(«Solidaridad Obrera», 30 de julio de 1936)

«Las fuerzas milicianas de Grañén han capturado un automóvil en el que viajaban cuatro fascistas y que por lo visto se dirigían a Huesca, y que, desorientados se introdujeron entre las fuerzas milicianas.»¹⁶

15 Dolores Ibarruri, de sobrenombre «La Pasionaria», nació en el año 1903. Desde muy jovencita comenzó ganándose el sustento vendiendo pescado que llevaba en una cesta sobre la cabeza. Se casó con un minero afiliado al partido comunista; tuvo varios hijos de su matrimonio a los que perdió después de dolorosas experiencias y dramáticas circunstancias. Alta de figura, fuerte, cabello negro y abundante que peinaba con raya en medio y recogía en moño en la nuca. Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», vestía siempre de negro con severa sencillez no exenta de cierta prestancia personal. Colaboró en el movimiento de Asturias del año 1934. En el año 1936, se aferró tenazmente a la causa republicana, desde su puesto en el partido comunista y se hizo famosa por sus frases dirigidas al pueblo madrileño, durante la epopeya y épica lucha sostenida. Sus discursos en la que se mostraba como una consumada artista de la oratoria revolucionaria, eran por su energía y su fuerza sugestiva un arma de poder convincente. Se hizo famosa su frase inflamatoria de lucha durante la resistencia de Madrid en los días más peligrosos de su asedio por las tropas del ejército nacional: «Más vale morir en pie que vivir de rodillas.» A la derrota del ejército republicano huyó a Rusia.

16 La captura de los supuestos coches fascistas que se decía recorrían las

DETENIDOS A LOS QUE SE LES OCUPA GRAN CANTIDAD DE DINERO

(«Solidaridad Obrera», 30 de julio de 1936)

«En la estación de Sarriá fue detenida una mujer que infundía sospechas, a la que se le ocuparon 11.500 pesetas, cuya procedencia no supo explicar.

»La detenida que dijo llamarse D.G.E. ingresó en la Comisaría General de Orden Público.

»También fue detenido en su domicilio de la calle Bruch, el

calles, por las noches, sembrando el pánico con sus ataques por sorpresa, fue una obsesión durante los días que siguieron al 18 de julio de 1936. Los coches «fantasma» eran vigilados por los puestos de alerta montados en las mismas calles cortadas en muchos puntos por las barricadas de adoquines levantados del pavimento. Por las noches, en la calle Mallorca en su esquina con la calle de Rogent, en el barrio fabril del Clot, varios milicianos permanecían incansablemente apostados detrás de los árboles que orillan todavía la calzada en aquel trecho, atentos a la posible y sorpresiva aparición del «coche fantasma», ocupado por fascistas. De vez en cuando, inesperadamente, corríase la voz de alarma de que «el coche fantasma» había aparecido en uno u otro punto disparando de improviso sobre los milicianos. Sin embargo, al parecer, a pesar de la oscuridad nocturna, había sido posible tomarle el número de la matrícula, el cual era inmediatamente comunicado a todas partes y escrito con yeso en la pared para el conocimiento de todos. Por las noches, los autos incautados y con los anagramas de «CNT–FAI» y «PSUC», «UGT» y «UHP» recorrían las avenidas efectuando rondas volantes de control y vigilancia incansablemente, dispuestos a aplastar cualquier imprevisto o resurgente foco de aislada rebeldía.

sacerdote P.F., encontrándosele en su casa una cantidad de monedas de plata, de oro y valores por un total de más de un millón y medio de pesetas.

»Este detenido también ingresó en la Comisaría de Orden Público.»

LA HONORABILIDAD DE LOS HOMBRES DE LA CNT

(«Solidaridad Obrera», 30 de julio de 1936)

«Varios compañeros de la Delegación Obrera de San Gervasio entregaron a la Comisaría de Policía del distrito la cantidad de 2.300 pesetas, 100.000 marcos, varias monedas de plata, dos máquinas de escribir y otros efectos, procedentes de un registro que se realizó en el domicilio del ex director de nuestro *estimado colega* "El Correo Catalán".

»Lo hacemos constar, porque oficialmente las autoridades no han dado cuenta del gesto de nuestros camaradas de San Gervasio.»

REGISTRO E INCAUTACIÓN DE 53.000 PESETAS

(«El Noticiero Universal», 30 de julio de 1936)

«Un grupo de milicianos efectuó un registro en el domicilio de la calle Jorge Juan, número 31, incautándose de 53.000 pesetas.»

JUDICIALES. – POR ROBO DE UN BOLSO CON ALHAJAS Y DINERO

(«El Noticiero Universal», 30 de julio de 1936)

«Procedente de Lérida, donde fue detenido, ha ingresado en los calabozos del Juzgado, E.M.O., al que se le ocupó un bolso de plata, de señora, que contenía alhajas y dinero.

»Ha dicho que lo cogió en un incendio en la calle Xuclá para evitar que se quemara.

»Dicho sujeto ha sido puesto a disposición del juez especial.»

EN SITGES SE HAN QUEMADO TODOS LOS CONVENTOS

(«Solidaridad Obrera», 30 de julio de 1936)

«La totalidad de iglesias y conventos han sido quemados. Uno de los conventos ha sido convertido en cuartel de las milicias antifascistas.

»Las milicias poseen un camión blindado con ametralladoras y controlan el movimiento las Juventudes Libertarias y POUM. La vida de la población se ha normalizado bajo el control de estas milicias.»

EN DEFENSA DE LOS INQUILINOS

(«Solidaridad Obrera», 30 de julio de 1936)

«El Sindicato de Inquilinos Unidos, en colaboración con los Sindicatos de Higiene, Construcción y Metalurgia, hace público los siguientes acuerdos:

»1.º Rebaja del 50 por ciento de todos los alquileres de pisos, industrias, comercios y despachos realquilados.

»2.º Esta entidad llevará el control de todos los alquileres menos los de carácter público.

»3.º Considerando arbitrarios los depósitos y pagos de alquileres por adelantado, el importe de los mismos será devuelto inmediatamente.

»4.º Los inquilinos tendrán que pasar por este Sindicato para efectuar el pago de los alquileres, avisando el día que tengan que pagar su alquiler.

»5.º Estas medidas se anularán al terminar los trabajos de saneamiento y reconstrucción.

»6.º Por el bien de la mayoría de inquilinos, declaramos que el que no cumpla estos acuerdos se le considerará enemigo del pueblo y se le aplicará la justicia popular.

»Sociedad de Inquilinos Unidos: Robador, 6, Barcelona.»

LAS DENUNCIAS AL COMITÉ DE MILICIAS ANTIFASCISTAS

(«El Noticiero Universal», 30 de julio de 1936)

«El Departamento de Investigación de las Milicias Antifascistas nos remite la siguiente nota:

»Según acuerdo tomado por este departamento y por el Comité Central de Milicias Antifascistas, no será admitida

ninguna denuncia sin la previa identificación del denunciante y el aval de la organización a que se pertenezca.»

DESAPARECIÓ UN SELLO DEL PARQUE DIVISIONARIO

(«Treball», 31 de julio de 1936)

«Ha sido denunciado al Juzgado de guardia la desaparición de un sello del Parque Divisionario, cuatro, del cual, según noticias recibidas, algunos desaprensivos, han hecho uso para pedir productos alimenticios.»

UNA LARGA COLA EN LA COMISARÍA

(«Treball», 31 de julio de 1936)

«Con objeto de obedecer las últimas disposiciones de las autoridades, se formó una larga cola en la Comisaría General de Orden Público de ciudadanos que iban a devolver las armas.»

ELEMENTOS DESAFECTOS QUIEREN CARNETS DE LA CNT

(«La Humanitat», 31 de julio de 1936)

«El Boletín de Información y Propaganda de la CNT, publica una nota en la cual se comunica que ciertos sujetos desafectos a la revolución pretendiendo adquirir carnets de la CNT, ofrecieron hasta cien pesetas como precio por cada carnet que se les facilitase. Con lo cual resulta evidente la intención de ciertos elementos de introducirse en la organización sindical.»